

# El ladrón de vírgenes

David de Juan Martín

HarperCollins  
*Narrativa*



**ePUB**

# El ladrón *de vírgenes*

David de Juan Mar

HarperCollins  
*Narrativa*



**ePUB**

# El ladrón de vírgenes

David de Juan Marcos



*Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)*



*Escaneo y corrección del doc original:*

PEABODY & LTC



Este fichero ePub cumple y supera las pruebas  
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.  
Si deseas validar un ePub On Line antes de  
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en  
**<http://threepress.org/document/epub-validate>**

## Acerca del Autor



**David de Juan Marcos** (Salamanca, 1980) es licenciado en Biología por la Universidad de Salamanca y máster en Gestión y Conservación de la Naturaleza y en Desarrollo Sostenible. A lo largo de su vida profesional ha trabajado como técnico de espacios naturales y como consultor medioambiental tanto en España como en el Reino Unido. Actualmente es profesor de educación secundaria e imparte clases de ciencias y de inglés.

En su faceta literaria ha visto premiados y publicados la mayoría de sus relatos, entre los que podemos encontrar *Mi niño viejo* (Premio Internacional de Relatos Cortos Cruzando Culturas), *De piratas y ladrones* (Certamen Internacional Relatos Cortos, Cortos), *El día que nevó sobre el naranjo* (Ediciones La Palma, Fundación Antonio Gala) y «Desencuentro», que forma parte del libro *Cuentos para sonreír. Antología* (Editorial Hipálage, 2009).

En 2005 es becado por la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores y allí comienza a escribir su ópera prima, *El baile de las lagartijas*, galardonada con el Premio Internacional de Novela Ciudad de Valencia Vicente Blasco Ibáñez. Una poderosa novela que le ha valido la comparación con genios como García Márquez y le ha augurado una exitosa y dilatada carrera literaria.

[Editorial Planeta](#)

[Fundación Antonio Gala](#)

*Pocos ven lo que somos, pero todos ven lo que aparentamos.*

Nicolás Maquiavelo

*Los que de veras buscan a Dios, dentro de los santuarios se ahogan.*

Proverbio árabe

*Nigra sum, sed formosa*

*Cantar de los Cantares - Ct 1,5; 1,6*

*A Basi y Miguel*

*A Cora y Samuel*



# Resumen

*Cómo iba a saber que aquel hombre traía la muerte consigo. Debí darme cuenta por su olor a cebolla rancia. Debí darme cuenta cuando la leche cuajaba a su paso en los cubos de metal. Cuando las palomas morían desplumadas por la tiña, o porque allá por donde pasaba doblaba los racimos y dejaba una pestilencia a plomo de preludios de tormenta de verano.*

*He de reconocer que en nuestras pesadillas siempre supimos que volvería, que algún día subiría el caminito en forma de culebra cercado de castaños y sus botas embarradas cruzarían con un ímpetu desordenado la única puerta de la casa por donde entraba el sol. Se sentaría en la mesa de tarugos sin pulir con la cuchara de latón y esperaría a que se le sirviera de comer como si nada hubiera pasado. Como si no nos hubiera arrancado la alegría del pecho. Era mi padre.*

Después de quince años de misteriosa ausencia, Andrés Pajuelo regresa a su casa para proyectar el robo de una serie de valiosas obras de arte religioso. Para ello necesitará la ayuda de sus dos hijos, del melindroso prometido de su hija y de un enigmático gigante experto en teología y en arte sacro. Cuando todo parece estar listo para ejecutar el último y más lucrativo de los robos, es acusado de varios asesinatos. Para sorpresa de toda su familia, Andrés reconocerá al instante su culpa ahorcándose en público.

# M

e dijeron que él mismo ligó la cuerda, se la amarró al pescuezo y la colgó de la travesa con un deleite de suicida sin apuros que a más de uno le hizo temer por su inocencia. Escuché contar muchas veces la misma historia, pero cada cual, en su macabro regocijo, la volvía más desapareja.

Dicen que hacía tanto frío que el calor regresaba al fuego y los pájaros maullaban como demonios entre la nieve. También dicen que no rezó a ninguna de las sagradas figuras que allí había. Y que ni arrestos tuvo el muy lenguatón para pedirle la última gracia o el viático al cura de la aldea vecina. Habladurías. He llegado a escuchar incluso que sonrió. Que admitió sus crímenes al palpar la cuerda con sus manos y hacerla sonar como la áspera lengua de un gato sobre la felpa. Todos se estremecieron, seguro. Pero pudieron más los apetitos medievales por ver morir a un hombre. Unos querían comprobar si era cierto que, en el momento de abandonar el cuerpo, el alma se le iba por la boca como un suspiro de vafo en invierno. Otros pensaban que la tierra se abriría y los ángeles caídos vendrían a alimentarse de la ponzoña de su espíritu como antiquísimos leviatanes hambrientos.

La mayoría de ellos, sin embargo, solo quería ver morir a un hombre colgado del artesonado de la iglesia. Así que allí se quedaron todos, muy valientes en su compartida cobardía, para poder contar con orgullo que fueron secretarios de la Justicia Divina.

Dicen que murió sin memoria, con los ojos bermellones por el reflejo de las teas y los cirios, y con el libro de estampas en el bolsillo que nadie se atrevió a abrir.

Solo se arrepintió de no poder pasarlos a todos a cuchillo como había hecho pocas horas antes con el cura.

Y allí quedó, bailando con la cadencia del crujido de vigas. Dormido bajo el madero y el hierro.

He escuchado muchas necesidades sobre aquella noche perversa: que no hubo luna y los lagartos dormían, lanzando llamaradas en su resoplar por los orificios nasales; que en el pantano se vieron fuegos fatuos como de aurora boreal —aunque pocos supieran lo que era eso—; que el aire apestaba a canela quemada y a silencio; que, en la ermita, el sagrario y su conopeo se cayeron sobre el aguabenditera y las obleas de ácimo que contenía se transmutaron negras y se hincharon como pelotas de manteca calcinada. Hasta llegaron a decir

que aquellos que aún le queríamos nos colgamos de sus piernas para que muriera rápido, sin la agonía de los ahogados. Pero eso también son añagazas de gentes que se creen con dos vértebras más que el resto.

Cuentan que ni siquiera gimió. Y no hubieron de faltar los que atestiguaron que la estridencia de su cuello al partirse se quedó repercutiendo igual que un arma de fuego de repetición venida del más allá, de esas que aún se escuchan en las iglesias donde se fusilaba en los tiempos de la guerra.

Lo único cierto es que en la aldea se buscó a las niñas durante varios días con sus noches. Así empezó todo.

El clima parecía haberse puesto en contra de los rastreadores. Estos no se amilanaron e intentaron encontrar a las gemelas en las montañas, en los recodos del río, en las laderas escarpadas, en los refugios de contrabandistas, en las alambradas que impedían el paso del ganado, en las majadas de pastor, en los cotos de caza y en los castaños sin dueño. Se organizaron batidas en grupo. Se pidió ayuda en los pueblos vecinos. E incluso algunos subieron a los cerros para interrogar a los ermitaños y a los cabreros. No quedó piedra por voltear, ramaje por descubrir ni cueva por iluminar. Aun con todo, la fortuna no hubo de salir al encuentro.

A la mañana del tercer día, el tiempo se volvió tan hostil que, bien por sensatez, bien por hastío, se desistió de los métodos tradicionales. Piélagos de agua bailaban en el cielo como olas boreales. Hasta los hombres más avezados en el rastreo de sendas y caminos perdieron en ocasiones el sentido de la marcha. Cuando se aceptó que jamás aparecerían con vida, cada quien comenzó a remendar el rompecabezas y a hilvanar ficciones oídas o supuestas. Nadie estaba a salvo de sospechas, y en el mismo caldero de recelos, temores y escrúpulos, las partidas de búsqueda se disolvieron. Solo unos pocos amigos de la familia continuaron peinando el monte más por compromiso que por fe.

Las gemelas habían salido de casa en la mañana de la festividad de san Teodosio, día en que cumplían catorce años. Se pusieron sus vestidos de comunión, los calcetines calados, la limosnera de rayón y los zapatos barnizados de celulosa. Con los cuartos que nos costaron había que darles uso, explicaría después su madre como única razón válida. Pasaron parte de la mañana adornándose el pelo la una a la otra con lazos y bayas silvestres. Salieron tan lindas, con tanta delicadeza en sus maneras, que bien parecían dispuestas a tomar la gracia de un nuevo sacramento.

Todo cuanto tenían previsto hacer esa mañana era bajar a recoger agua del pozo para preparar un dulce. Tan solo debían recorrer apenas medio kilómetro

hasta el pueblo, atravesar la plaza, y tomar cualquiera de las angostas callejuelas atiborradas de geranios que terminaban en la ribera. Esa fue la historia que contó la madre de las niñas, que sería corroborada más tarde por varios aldeanos que las vieron ascender el caminito pecuario de la dehesa con la cacimba para el agua.

Más por costumbre que por inquietud, su madre las siguió con la mirada a través de la cristalera de la cocina como siempre que salían de casa para ir al pueblo. Las niñas rodearon el corral y se perdieron en el soto. Fue la última vez que su madre las vería con el esmalte con el que la vida tapiza a sus hijos.

Al menos seis personas de diferente índole testificaron que las gemelas en verdad pasaron junto al Camino Viejo; y otras tantas recordaron haberlas visto jugar con un sapillo extraviado en el crucero rojo de piedra de flordelisados que marcaba antaño la ruta jacobea y la linde imaginaria del pueblo. Como cada mañana se detuvieron a oler la salida del pan recién horneado de la tahona, pero esta vez no aceptaron el colín del panadero. Queremos hacer apetito para disfrutar mejor del hojaldre de mamá, le dirían cuando este las abordó sacudiéndose la harina del mandil.

A partir de aquí las opiniones y alegatos empiezan a enrarecerse y contradecirse. Ni tratando de eliminar las explicaciones más inverosímiles de individuos que quizá solo querían darse importancia, las autoridades fueron capaces de concluir con un itinerario lógico que pudieran seguir las niñas la mañana de su desaparición. Un esquilador, asiduo a los velatorios y las adoraciones, aseguró haberlas visto desfilar por el pasillo central de la iglesia, hacer una reverencia a la vez cual espejismo de borracho, y salir por la puerta oeste con igual diligencia. Parecía que solo habían entrado en la iglesia a modo de atajo hacia el río, relató a las autoridades, las vi tan idénticas que se diría que eran la misma persona.

De ahí, hasta el pozo de agua de manantial, apenas quedaban trescientos pasos.

Don Honorio, el cura, no las vio cruzar frente al retablo para tomar la salida por el pórtico oeste. Según explicó dos días después de la desaparición, llevaba toda la noche haciendo inventario del robo que había sufrido la iglesia. No fue difícil comprobar su versión. Las paredes de la ermita parecían las de una casa tras una mudanza: el altar estaba cubierto con sábanas como si fueran a pintar la bóveda, y algunas de las esculturas de las capillas laterales estaban mutiladas o hechas añicos por el suelo. El robo fue el segundo de los misterios ocurridos esos días en la aldea que jamás se esclarecieron. De la noche a la mañana

desaparecieron los tesoros de arte sacro del templo sin que los portones fueran forzados ni las llaves sustraídas del baúl de la sacristía. Solo puede ser un acto del maligno, se quejaba el cura como si hablara de una devastación bíblica.

Fue, sin duda, un robo consumado por profesionales. No por la limpieza y perfección del expolio, sino porque pronto resultó evidente que los ladrones habían trabajado con la idea muy clara de lo que debían llevarse. La maniobra fue exquisita en su planteamiento y ejecución, hasta el punto de que nada hubo de saberse de los responsables. Entre otras muchas cosas desaparecieron tres piezas sin ninguna vinculación histórica pero de indudable valor económico en el mercado clandestino: una Virgen negra del siglo XII de la que todo el pueblo era devoto; un mantel bordado en seda de candongos e hilo de oro que protegía una astilla de la Vera Cruz de Jesucristo rescatada por santa Elena y traída al norte de España por santo Toribio y que terminó en el pueblo por avatares del destino en su camino a Liébana; y uno de los cientos de santos giales que la tradición popular, en contra de la curia pontificia, había reconocido como el posible cáliz que Jesucristo utilizó en la Última Cena.

Cuando llegó a oídos de los aldeanos el valor de lo que ellos tomaban por hierro viejo, arremetieron contra el padre Honorio por dejarles pasar hambre cuando con la venta de una sola de aquellas reliquias se podría haber llenado la andorga de todo pueblo durante generaciones.

Pero el cura no estaba para atender a súplicas impías cuando los tesoros de su congregación estaban cruzando el país camino de la casona de algún coleccionista adinerado. Tampoco tendría ocasión de enmendar su culpa: a las pocas horas murió degollado.

Pronto este robo y sus consecuencias cayeron en el olvido y nadie volvió a preguntar por el paradero del patrimonio usurpado. La Guardia Civil no encontró vínculo alguno entre el saqueo de la iglesia y la misteriosa desaparición de las gemelas, así que se centraron más en esclarecer esta última por presión popular.

Aunque el vellonero fue el único que las vio entrar en la iglesia, el último en hablar con ellas, según quedó reflejado en el sumario, fue Jacinto, el Millas, poco antes de que las niñas llegaran al río.

Fue el propio Jacinto, un muchacho que vivía en un corral rodeado de gallinas y vacas famélicas, quien, con tremendos esfuerzos para pasar de un sonido a otro, explicó las ganas que tenían las niñas de celebrar su fiesta de cumpleaños y convidar a varias amigas de la escuela mancomunal.

Documentos oficiales aparte, todo el mundo quiso dar voz a la inefable historia de un pastor trashumante que juró haber visto pasar a dos espectros

iguales, como dos uvas tintas vestidas de comunión que lloraban porque se les había roto el cuenco en el que llevaban agua para que su madre les preparara el relleno de queso y arándanos. En el cuenco solo había sangre, refrendó el pastor con los ojos redondos como huevos cocidos. Este testimonio nunca llegaría a validarse ante la más que conocida afición del pastor por la fabricación y consumo de orujos destilados con todas las plantas alucinógenas que encontraba a lo largo y ancho de la Ruta de la Plata. Alegatos menos precisos en el lugar, la hora y el día, se sucedieron en el acúmulo de pesquisas, pero ninguno con suficientes evidencias para que llegaran a ser aceptados en el acta sumarial.

Tomaran la senda que tomaran, lo que parece claro es que una vez que las niñas alcanzaron la vereda que lleva al río, nadie más volvió a saber de ellas en esta vida.

Todo comenzó de noche, cuando una tormenta que parecía anunciar la catástrofe sitió la aldea. La madre de las gemelas no se dejó intimidar por los truenos y, cuando se le acabaron las justificaciones para el retraso de sus hijas, salió en busca de ayuda.

El pueblo entero había acudido a la iglesia para esclarecer las artimañas que habían usado los bandidos en el expolio vespertino. Buscaban pisadas en el barro con linternas de cuaba, o rastros de huellas en la sacristía y en el arcón de las llaves que explicaran cómo habían podido entrar sin forzar ninguno de los portones y salir con un cuadro que de ninguna de las maneras entraba por el pórtico. Tendrían que haber desmontado una de las vidrieras o salir volando por el campanario, repetía el cura una y otra vez.

Fue entonces cuando vieron aparecer a la madre, lo mismo que un cuervo bajo la manta de agua. Augurio de malas nuevas.

Han abusado de mis niñas. Llamen a Andrés Pajuelo. Él sabrá qué hacer.

La razón por la que la madre conocía el fatal destino de sus hijas nunca se supo. La explicación que dio fue tan inesperada como resuelta: El agua echó a hervir en el caldero antes de ponerlo en la lumbre. A fin de evitar que cayera en el mismo talego que los sospechosos, otras madres salieron en su defensa apoyadas en el sexto sentido que el embarazo les había dado para conjeturar catástrofes de su prole con solo escuchar el latido del corazón de los pájaros o el gáñido de los lobos. Frente a semejantes argumentos los hombres callaron más por miedo a poner en duda la magia de la maternidad de sus esposas que por convencimiento. De todos modos, algo de cierto debía de haber en esta suerte de pálpito que regala la gestación, pues los que la vieron pasarse el gregorillo por la cabeza empapada y dar media vuelta, rápidamente se pusieron a buscar a las

criaturas. *Desde el primer momento supimos que encontraríamos dos cadáveres,* puede leerse en el informe oficial como única declaración del alcalde, a pesar de que por entonces las gemelas no llevaban ni un día desaparecidas de casa.

La madre de las niñas no participó en las tareas de rastreo. Regresó a casa a mirar por la ventana de la cocina como si pudiera volver a verlas entre los fogonazos de la tormenta. Y esperó en silencio. Esperó como solo sabe esperar una madre: suspendida en una oración. Esperó a que viniera la noche con sus llagas y sus ojos. Y esperó otro día más con la calma con la que se espera lo inevitable. Esperó a la culpa y a sus mentiras, a sus estigmas. Pero, por encima de todo, esperó a que le trajeran el cuerpo amortajado de sus dos hijas.

El padre Honorio, sin olvidar un solo momento el robo de la ermita, tuvo que retomar su función de cura de almas. Tocó las campanas a rebato tal que si el pueblo estuviera siendo víctima de una incursión enemiga. Los mozos sacaron sus armas de casa y dispararon al cielo, y los perros aullaron igual que si lamentaran la pérdida y llamaran a unirse a la búsqueda a los de su especie.

Las primeras cuadrillas de rastreo salieron esa misma noche. Se repartieron antorchas, silbatos y botas de pescar. Los cazadores sacaron a sus sabuesos y perros cobradores mejor entrenados, y las mujeres se reunieron a velar con don Honorio. Tres días con sus noches pasaron sin el menor indicio. Las niñas parecían haberse licuado con las nieblas que anuncian diciembre, en ese otoño largo y egoísta que amenazaba con hacer olvidar toda posibilidad de una nueva primavera.

Cuando los remedios de este mundo se revelaron infructuosos, algunas mujeres pidieron ayuda a las más viejas: loberas que veían en la oscuridad mejor que alumbradas por el sol, sorguinas de Portugal y viudas a las que se les atribuían poderes mágicos y trato con los difuntos. Todas certificaron la misma providencia: Si el monte no quiere contratos, no hay nada que hacer.

Se recurrió entonces al rezo con una vehemencia fanática, a la invocación de espíritus, al culto de vírgenes paganas, a rituales de cualidades mágicas de los que nadie habla por temor a la Inquisición dormida, a güijjas, rosarios, salterios, letanías, remedios caseros y adoración de estampitas de santos. Incluso hubo quienes, seguros de que las niñas no caminaban ya en este mundo, se atrevieron a invocar a los espíritus de las dos gemelas a fin de que revelaran el paradero de sus cuerpos azules y macerados. Pero ni siquiera la Gran Madre de la que todos eran devotos fue de ayuda o consuelo.

Cuando el pueblo comprendió que no podrían castigar al dios que se negaba a escuchar sus plegarias, torcieron su odio contra alguien corpóreo. Se dejaron

de supercherías y atropellaron al más incauto, al único que no pudo negar las imputaciones. Nadie había olvidado que la madre de las gemelas había dado el nombre de mi padre, y ante lo irremediable este se dejó hacer.

Las últimas razones por las que mi padre pasó de liderar uno de los grupos de búsqueda a terminar colgado de una soga se las llevó al otro lado de la vida. Se dice que él mismo se declaró responsable de los hechos por la mala conciencia que le rizaba las entrañas. Dicen que en los días de búsqueda no paraba de sudar, daba indicaciones confusas, susurraba para sí mismo, rebuscaba en círculo, evitaba ciertos caminos y alentaba falsas esperanzas. El muy canalla se agitaba con el nerviosismo del que oculta algo bajo la chaqueta antes de cruzar la frontera, oí decir como evidencia incontestable de su culpa. Así es, corroboraban los demás para remover la culpa, Andrés Pajuelo miraba al suelo, equivocaba los rastros y contradecía sus propias coartadas.

Poca o ninguna verdad hay en ello.

También se dijo que le encontraron en el morral la Cruz de Caravaca que una de las niñas llevaba al cuello como único símbolo para distinguirlas, y que repitió con gestos obscenos todas las aberraciones que les había procurado a las gemelas mientras los ojos y los dientes se le encarnaban de gusto. Los pocos que no temían al diablo llegaron más lejos en el descrédito y contaron que mi padre tenía pleitos pendientes con el más allá de los años que pasó en la guerra. Los forasteros venidos de otros villorrios para ayudar a la búsqueda hablaron también de aberraciones sexuales y ritos licenciosos que mi padre oficiaba en las noches sin luna en cuevas prohibidas. Aunque nadie se atrevió a ir más lejos en presencia de nuestra madre.

A luengas vías, luengas mentiras, que decían por allá.

En cualquier caso, la justicia popular se pronunció. Los unos animaron a los otros, y en el pandemónium de miedos y rencores el pueblo dictó su sentencia. No hubo ley en este mundo capaz de hacerlos entrar en razón. Así que lo condenaron a la horca. Sin demandas ni asientos. Aunque enseguida llegó el rumor de que esto también lo eligió mi padre porque se dice que el ahorcado, justo antes de morir, siente un placer universal en el bajo vientre, y mi padre era un vicioso, y mi padre era un sodomita, y mi padre era un maldito, un comunista y un fornicador de bestias de corral.

De ese modo tan sutil trabaja el odio: exige siempre una víctima como agravio, sea o no culpable.

Mi padre cargó con un fardo de pecados ajenos para que muchos pudieran volver a dormir. Sin saber que el asesino aún seguía oculto entre ellos. Porque lo



que muy pocos recuerdan, o seguramente quisieron olvidar, es que mi padre fue acusado y sentenciado por asesinar al cura, a don Honorio.

Lo de las gemelas vino después.

Los primeros que acudieron a la llamada, encontraron a mi padre bajo el pórtico de la iglesia, con la cara y la camisa llenas de la sangre fresca y brillante del cura, como si hubiera querido lavar las pruebas del crimen.

¿Pero qué has hecho, Andrés, hijo?, le preguntó la viuda del hortelano a mi padre al verlo llorar.

Hacerme cargo de mis responsabilidades, señora.

En ese caso, vaya mi bendición contigo al otro mundo, añadió la vieja como si tal cosa.

Nadie más entendió las palabras de mi padre. Las tomaron como el pronunciamiento de un insensato que se sabe condenado. Pero es precisamente esta confesión indefinida, junto con la aparición del cuerpo de las gemelas a los pocos minutos, lo que permitió asegurar, sin escondate para la duda, que mi padre era el culpable de todos los crímenes.

El asesino había entrado en la dependencia y degollado al sacerdote sin ningún dilema interno. Sin indecisión alguna. Con un solo tajo limpio y certero. Después, aguardó con una calma geológica hasta que se desangró. En el altar no se encontraron signos de lucha. También se descartó el robo o la venganza como motivos del crimen. Se aceptó que no hubo más impulsos que la propia maldad que inundaba las profundidades de mi padre.

Poco me importa que encontraran la faca con puño de marfil que mi padre no se quitaba del cinto ni para dormir llena de sangre junto al cadáver de don Honorio. Menos aún que el muerto tuviera la garganta abierta en canal, como una segunda sonrisa escarlata, o que mi padre tuviera su sangre en las botas, en la cara y en sus manos; que no mostrara más pena en los ojos que la que dejan las noches de insomnio, y que allí mismo reconociera su fechoría sin coartadas ni vacilaciones.

No hubo más juicio que lo indudable ni más tribunal que los allí presentes. Se llevaron a mi padre adentro sin oposición, colocaron la silla del confesionario en el centro de la planta, cortaron la soga de la espadaña y se la pusieron en las manos:

Ya sabes qué hacer, Andrés.

Fue entonces cuando se escuchó el baladro de que las niñas habían

aparecido en la antigua casa del altiplano. Llegaron todos en tropel, como una ventisca boreal echaron abajo la puerta y entraron en la iglesia con la desvergüenza de un rebaño de ovejas. Las han encontrado, aullaron. En las tierras de Andrés Pajuelo. A las dos. Cerúleas. Dormidas. En un silencio de reclusión perpetua. Vestidas todavía de blanco. Con el color verde bajo la piel que el pastor nómada aficionado a los alucinógenos describiría en su delirio de malaventura. Yo también las he visto en ocasiones en mis sueños. Adormecidas. Sobre el lecho. Con las manos cruzadas. Con la eternidad metida ya en los ojos. Parecen mirarme. Nos miran a todos.

No hubo velatorio ni duelo. Tampoco sorpresa. Se oyeron los alaridos de las mujeres y las maldiciones de los hombres que levantaron sin piedad a mi padre para enviarlo a la profundidad de los infiernos. Enseguida comenzaron a darle palos al cadáver como si fuera un saco de estiércol. Algunos dan testimonio de que le sacaron las tripas. Allí mismo. En medio del templo. Y arrojaron sus intestinos a los caminos para que los devoraran los jabalíes. Dicen, incluso, que el olor a mierda se les quedó en las manos y en los cuchillos mangorreros para siempre. Lo abrieron en canal y de sus vísceras salieron mariposas de espuma que hicieron a más de uno santiguarse y caer de rodillas. También aseguran que ni el cura de la aldea vecina que vino a officiar los funerales, ni el alcalde, ni la Guardia Civil, ni sus amigos más cercanos, alzaron la voz para evitarlo.

Bajaron el cuerpo, lo despedazaron sin ningún ritual y lo echaron a los cerdos. Para que no quedara ni el polvo de sus huesos. Para que a nadie se le ocurriera jamás darle sepultura, mezclar sus restos en algún osario anónimo o marcar con una señal un lugar donde dolerle. Nos quitaron su vida y tomaron buen cuidado en arrebatarnos también su muerte.

Los años han dado para seguir arrojando más hienda y para que florezcan nuevas calumnias sobre ella. La mayoría eran falsas. Ahora ya ninguna cierta.

No hubo más condenados. Tampoco se buscó a los bandidos que saquearon la parroquia. Como si en la ignorancia colectiva purgaran todos sus miedos, en la aldea se asumió para siempre que el diablo se hizo carne por unos días en la figura de mi padre y fue el causante de todos los crímenes.

Así es como ha quedado marcado el sino de mi familia con la cuña indeleble de los protervos y adoradores de Satanás.

Pero el ajusticiamiento de mi padre solo fue otra muerte en la cuenta del asesino del cura y de las gemelas.

Porque mi padre sería culpable de más pecados que nadie en este mundo,

pero de aquello era inocente.

Y aquí voy a contarlo.

# **PRIMERA PARTE**

## **MANERAS DE VOLVER A CASA**

# أَوَّل

## ¿C

ómo iba a saber que aquel hombre traía la muerte consigo? Debí darme cuenta por su olor a cebolla rancia. Debí darme cuenta cuando la leche cuajaba a su paso en los cubos de metal. Cuando las palomas morían desplumadas por la tiña, o porque allá por donde pasaba doblaba los racimos y dejaba una pestilencia a plomo de preludios de tormenta de verano.

He de reconocer que en nuestras pesadillas siempre supimos que volvería, que algún día subiría el caminito en forma de culebra cercado de castaños y sus botas embarradas cruzarían con un ímpetu desordenado la única puerta de la casa por donde entraba el sol. Se sentaría a la mesa de tarugos sin pulir con la cuchara de latón en el puño y esperaría a que se le sirviera de comer como si nada hubiera pasado. Como si no nos hubiera arrancado la alegría del pecho.

Era mi padre.

Llegó con el frío y los lamentos del lobo. Llegó sin alforjas ni reproches. Llegó, bien es cierto, casi tres lustros después de su marcha, que no de su olvido. Trajo consigo un tufo a fondo de baúl, a tierra devastada y a otoño que a mi madre hubo de secarle el romance de la gitana cautiva que tarareaba cada noche junto al pozo mientras daba puntadas suaves a las heridas de nuestra ropa. Para siempre.

Tenía el rostro sorbido, como si apenas soportara piel sobre la calavera o como si esta fuera de cuero adobado al sol. De la mirada se le deslizaban comisuras blancas. Llevaba labrados en la tez los desiertos de Tánger donde se marchó a empuñar el fusil de la libertad, a conocer el sabor tierno al paladar de la palabra «victoria».

Aunque los hombres del pueblo que no tuvieron arrestos para acompañarle decían que mi padre solo se fue a perder el tiempo en la inmundicia. Todo puede ser a un mismo tiempo.

Esos hombres lenguaraces, todos los conocemos, esos hombres que se sientan a mirar con recelo cómo la naturaleza se adorna de flores para después, cuando sus pétalos se marchitan, pregonar que ellos ya sabían de la llegada del invierno, sin percatarse de sus propias pieles ajadas. Esos hombres. Los que arremeten contra el mundo tras la cobardía de los susurros. Los que aguantan solo hasta que ven caer a los valientes —todos caen algún día—, y entonces anuncian la idea de que ellos ya lo vieron venir, que aquellos que tuvieron un sueño era lógico que perecieran. Todos esos hombres. Nacidos ya muertos en sus costumbres. En sus cascarones.

Por eso odiaban a mi padre. Porque él no era como ellos. Porque él quiso ver lo que había más allá de las montañas.

Así que mi padre marchó a la batalla hasta que la guerra, fuera la que fuese, terminó. También los muertos se acaban.

Entonces debió pensar que la causa que él apoyaba bien merecía otros ocho años alejado de la familia, por lo que siguió combatiendo lejos de todo y de todos.

Y es que como pronto aprendí siempre hay guerras donde poder luchar si uno las lleva dentro.

Tú debes de ser Cirilo, dijo mirándome desde arriba. Veo que tu madre no te da mucho *pa'* curtir esa espalda. Míralo, mujer —fueron las primeras palabras que le dedicó a mi madre—, tienes a tu hijo hecho una zarría. Más te vale estojar pronto, muchacho, que así no vamos a sacar provecho de ti.

Mi padre me revolvió el pelo con sus manos trabajadas en barro seco y me gustó. Estaba sucio, áspero, casi triste, y mucho más viejo de como lo recordaba. Pero era fuerte, nervudo y correoso. Tenía el bigote más corto y nevado, al igual que la hirsuta pelambreira, no así las cejas: puntiagudas como espinitas negras de cardo yesquero.

No siempre fue un hombre de vida apretada. Dijeron que se le puso ese semblante macerado y severo en la guerra. De comer poco y mal se le vino a encoger el estómago y por más pucheros y estofados de carne de ciervo que comió a su vuelta, jamás recuperó su esplendor de antaño.

Solo en sus ojos mi padre guardaba el rigor previo a su marcha. Parecía que te mirara desde más adentro que los demás hombres, como si abriera cráteres donde los sentaba para descubrir lo que uno no quiere enseñar a nadie. Él debía de saberlo. Era una mirada recia y persistente. De vaca testaruda. De cuervo viejo. Yo era incapaz de aguantarle esas bocas hambrientas con las que me

ponderaba y descifraba —como se mira a la gente que no se sabe mirada—, y siempre acababa por bajar la cabeza o involucrarme en una tarea improvisada en un gesto de forzado disimulo.

Mi madre, ya de negro, se secaba las manos en el delantal. Aunque más bien se diría que se agarraba el vientre para proteger a un hijo que ya no llevaba dentro. Mi madre. Mujer llena de miedos inconcretos. Aturdida. Con los surcos inconfundibles con los que queda marcado el nombre y el dolor del pasado. Allí se quedó. Mi pobre madre. Apoyada la espalda en la pared de piedra. Sin ni siquiera atreverse a hablar o a darle un beso en la mejilla al hombre que le había dado esa casa llena de aparecidos, que la había colmado con las contrariedades que padecen las mujeres, que le había procurado la honra de ser casada, que le había llenado las entrañas con tres hijos que bailar entre cantigas, nanas de marineros borrachos y vapores de jazmín.

No sé cuánto hubo de durar el silencio entre los tres, en esa canícula sin origen ni remedio que rodeaba todo aquello que tenía la esencia de mi padre: un sopor de comilona, de siesta de la tarde, de alma en absoluta quietud y apatía.

Fue mi hermano Matías el que nos sacó la perpetuidad de la piel como a un ahogado al que le restituyen la savia: sin permiso ni respeto. Apareció en la puerta con un resplandor de luna azul a su espalda y, al menos a mí, me devolvió la molesta inquietud de estar vivo.

Me dijeron que te habían visto en la calle Mayor pero no los creí, fue todo cuanto dijo mi hermano.

Los rumores siempre cargan con algo de verdad, hijo.

Creí que Matías iba a golpearle, que iba a soltarle un revés en nombre de todos nosotros para reembolsarle en un aliento los años de abandono. Lo tiraría al suelo y una vez allí, lo molería a patadas hasta que, hecho un amasijo de perdones, pidiera la clemencia que no tuvo con nosotros.

Pero cuando se colocaron nariz con nariz, los dos se vieron con la frente llena de heridas sin curar, de recuerdos para los que aún no habían encontrado puertas de escape. Mi padre lo abrazó con aquellos barrotes quemados que tenía por brazos y mi hermano respondió al gesto con igual presteza.

Me alegro de verte, padre.

A fe mía que es bueno estar de vuelta en casa.

Matías me llevaba doce años. Tal vez por eso, desde que nuestro padre se fue, él se encargó de dar las órdenes que le conciernen al cabeza de familia. Y digo bien: dar las órdenes. Porque lo que es bracear para que la familia medre y

tenga la despensa llena de pan, bien poco hizo.

Mi hermano no era feliz en el pueblo. Nunca se molestó en disimularlo. En cuanto Matías adivinó que se le terminaban las posibilidades de conseguir amantes nuevas en las inmediaciones de la serranía, comenzó a viajar a la capital. Allí descubrió que, a diferencia del campo, para fornicar a diario lo primero que necesitaba era tener el bolsillo tintineante. Cirilo, allí no se agarra por placer, me aleccionaba con sus maneras de sultán en la intimidad, allí son unas remilgadas y unas pejugueras, pero cuando te rascas el bolsillo para hacerlas creer que son la reina de Saba, descubres que saben hablar en hebreo. Y ponía aquella risa de conejo que tanto me aburría, convencido de mi inopia en temas de alcoba.

Ahí, en el placer de quebrar el sexto mandamiento, fue donde mi hermano Matías encontró la única razón que tuvo en la vida para trabajar. Pronto hizo un buen dinero con el negocio de la fruta y las apuestas. Aunque aquello no era suficiente para un ego tan bárbaro. Para seducir mujeres necesitaba aparentar que manejaba cuartos y en aquellos años no había mejor manera de demostrarlo que teniendo una querida. Tener amantes es signo de triunfo y parné. Sin dinero no se va a ningún sitio, que te quede claro, Cirilo.

Pero cuando la fortuna económica le llegó, Matías no tenía ni siquiera esposa, por lo que una vez tuvo elegida a su entretenida, se casó con la primera que le dio el sí quiero. Así me lo reconoció él mismo en la noche de bodas, sentados junto al pozo seco que teníamos en el patio de la casa, a la luz del candil de tea, mientras todavía se oían las voces de la fanfarria en la plaza del pueblo: Me he casado para acostarme a gusto con otras, es la única manera de poder cuidar de mi mujer sin reproches, hermanito, de amarla y respetarla como Dios manda.

Y es que para alguien con el despotismo del Marqués de York —así le llamaban por toda la sierra por su boato y aspecto intachable—, los cánones naturales de la vida no eran sino arcilla mojada que él maleaba a su antojo. En otras palabras: Dios solo era un pelele tan fácil de engañar como los empleados que según él tenía trabajando día y noche con la promesa de una paga extraordinaria que nunca se molestó en disimular que no abonaría. Que se marchen si quieren, decía siempre con una pausa para dar una larga calada a su cigarro coracero, mañana mismo tengo a otros cinco peones trabajando por la mitad, y dándome las gracias.

Mi hermano tendría negocios en la ciudad, no lo dudo, aunque nadie los vio nunca y tampoco disfrutamos de sus ganancias. De hecho, las pocas veces en



que aparecía por el pueblo era para emborracharse y visitar a su frustrada mujer. A veces venía por casa, principalmente para ver a mi madre y recoger ropa limpia. Entonces, mientras se atusaba el pelo con una almohaza de caballos me decía: Cirilo, vete pensando que más pronto que tarde nos iremos de aquí, a la Argentina, allí sí que hay dinero y mujeres bonitas para hartarse.

Argentina. Era una obsesión que le ratonaba la cabeza desde que escuchó una grabación picada con la voz del general Juan Domingo Perón en los balcones de la plaza de Mayo el 17 de octubre de 1950. Y en ese éxtasis hubo de quedarse. Embobado por el canto de sirenas de las Veinte Verdades del Peronismo. Empeñado en ser algún día un peronista de bien y llevar en el pecho la bandera del Justicialismo por toda América Latina. Si es que alguien sabe lo que eso viene a significar.

Matías me llenaba la cabeza con historias de un mundo por descubrir lleno de oportunidades y riqueza negra y pastosa. Poco menos que me hablaba de calles bañadas en pan de oro, mujeres tan hermosas que era conveniente no acercarse a ellas pues terminarían haciendo con tu corazón lo que los analfabetos con el papel de periódico, y la certeza de que hasta el hijo más pobre del peronismo conduciría un coche y tendría una residencia de verano en el Caribe colombiano.

Y la verdad es que yo también quería marcharme de aquella sierra dura y desagradecida con los que la cuidan. En la que uno no sabe muy bien si va o viene. Llena de leyendas y ritos que impiden con una obstinación indomable la entrada a la prosperidad.

El caso es que, aunque por razones distintas, ambos soñábamos con marcharnos de allí. Bueno, en realidad los dos queríamos irnos por miedo a que la vida se redujera a eso. Pero es que el miedo tiene tantas caras que uno a veces las confunde entre tanto trajín de idas y venidas.

A pesar de las miserias de aquellos tiempos, del desecho en el que se convertían los campos, y del escaso lugar que se le prestaba al protocolo entre tantas estrecheces, Matías vivió siempre como un rico sin serlo —lacra bastante común entre los vagos con ínfulas de emperador—. Iba disciplinado cual linajudo: camisa replanchada, pañuelo estampado en el cuello, pantalones de pinzas con cinturón trenzado, y zapatos impolutos de bailarín francés: blancos y negros. Desde que cumplió la edad de cultivar un bigote fino y recto debió de pensar que la vida se le escapaba sin pedir permiso y caminaba con una fina vara de castaño a modo de bastón. O quizá lo que quería es que se le viera venir de lejos. Ahí viene el señor Marqués, era la mofa habitual que se oía por los

pueblos de la sierra.

Pero a él le gustaba ese título. Claro que le gustaba. Supongo que le satisfacía comprobar que los plebeyos con los que cohabitaba reconocían así su condición de preclaro y distinguido caballero. Aunque tampoco es menos cierto que otros, como el maestro, señalaban que mi hermano lo único que conseguía con aquella altanería era mascar tocino y eructar jamón. Y eso sí que acaloraba al Marqués.

Mi hermano y mi padre enseguida cogieron una garrafa de vino y se sentaron a beber como si no hubiera nadie más en la casa. Desde la distancia parecía que escarbaban con sus lenguas el aire sin pronunciar nombres, tratando de no hablar demasiado pronto de nada que pudiera abrir llagas sin cerrar. Bien rápido empezaron a subir la voz y el humor. A darse palmadas en la espalda. A hablar de muchedumbres que yo no conocía. Mi madre me agarró del brazo y me sujetó por la frente junto a ella. Le latía el corazón muy fuerte y pensé que tenía las venas recorridas de muertos y ternuras. Qué distinta era la piel de mi madre.

¿Y la Valeria, mujer?, vociferó de repente mi padre. ¿Ande está mi hija? Quiero verla. Y trae *pa'ca* al muchacho que lo tienes *amariposao*. Que beba como el Pajuelo que es.

La Valeria tiene propósitos de casarse, padre, le respondió Matías, aunque con él no iba el asunto. Con Jacinto, el sobrino del carpintero, que dice que quiere ser aviador. Yo le he dicho que no es más que un babeioco y un bueno para nada, pero ella no me hace caso. Es más terca que las Mulas.

¿Jacinto, dices?, repitió mi padre no muy convencido de lo que acababa de escuchar. Si eso es verdad, habrá que verlo. ¿Tonto, dices?, en todos los pueblos ha de haber uno, y soltó una carcajada que culminó en una mueca de sorpresa, como si hiciera mucho que no escuchara su risa o que no diera con una idea de tanto ingenio. ¿A qué hora se cena en esta casa, mujer?, preguntó al fin hundiéndose en la mesa el cuchillo de cazador que portaba en el tahalí de cuero. Tengo perros en el estómago.

Mi madre me dio un empujoncito para que fuera a sentarme a la mesa con ellos. Entró en la despensa y sacó tocino, queso de cabra, miel, pan blanco, membrillo, cecina, unos cuantos higos secos y otra jarra de vino. Una vez que estuvo segura de que no nos faltaba de nada se fue a su dormitorio sin probar bocado.

Nada más cenar, Matías y mi padre cambiaron el vino por el cachirulo de

aguardiente anisado y me obligaron a dar buena cuenta de varias rondas de cubiletes. Sabía a sequedad y a resina de árbol, y pensé que mi padre tenía la piel tan dura de beber aquello.

Por muy Pajuelo que fuera, yo no estaba acostumbrado a tal ingesta de balarrasa. En menos de una hora caí dormido sobre el hule, borracho y alegre por haber recuperado a mi padre. No en vano, aunque fuera de aquel modo lleno de funestos presagios, el buen humor había regresado a mi casa. Y eso es algo que vale más que todas las penas de este mundo.

Cuando desperté ya se apreciaban coloraciones malvarrosas detrás del monte. Vi a Matías recostado en el poyo de la puerta como si tal cosa. Fumaba tabaco de liar con una copa de anís en una mano y una vara de castaño en la otra. Mi padre estaba a mi lado, despeinado y más viejo que todos los viejos del mundo. Se incorporó a duras penas, con un bufido ronco y aguardentoso que espesó el aire y me revolvió el estómago. Se desvistió por completo y entró desnudo en la habitación donde dormía mi madre. Matías lo miró de reojo, sin fijarse siquiera en su animal encabritado. Apagó el cigarro en el marco de la puerta y se fue a dormir a su casa.

Al cabo comencé a oír gemidos. De primeras lentos y espaciados, como llantitos de perro. Luego fuertes, porfiosos. Clamores desabridos de bestia en celo. Coronados al fin en un ronquido de marinero en tierra firme que devolvió la paz a las paredes y a los que bajo ellas vivíamos.

Horas después mi padre estaba aseado, perfumado con agua de romero y vestido con las ropas que mi madre aún guardaba en el armario y que ponían a las claras su nueva delgadez. Su indumentaria del día anterior ardía en la chimenea. Me senté junto a él y desayunamos la cecina y el pan frito con aceite que mi madre había preparado después de rebajar su luto con un vestido negro de lunares blancos. Me dolía la cabeza y no tardé en empezar a remolonear con mi cuenco de leche, tratando de disimular mis náuseas por el recuerdo del licor.

Cirilo, dijo sin mirarme, despierta a tu hermana Valeria. Después anda en *ca* tu hermano y dile que se apure. Quiero salir pronto.

La Valeria no ha dormido aquí esta noche, padre —la palabra «padre» me supo a ceniza y a barro seco—. Mi madre me buscó entonces los ojos como para advertirme de algo. ¿Ande vamos?, pregunté para cambiar de asunto. Y según salieron las palabras de mi boca comprendí que debieron quedarse adentro.

Mi padre me miró. Serio. De medio lado. De tal modo que calibrara un pensamiento que recién le atravesó a la cabeza. Seguramente dándole vueltas a la idea de que su única hija no había dormido en la misma casa que él. Tal vez

decepcionado porque tras montar a su mujer la noche pasada no había dejado el universo en orden como él pensaba.

A misa, por supuesto, sentenció poniéndose en pie para añadirse autoridad a su dictamen a pesar de poseerla toda. Hoy es el día de difuntos. Y después de derrotar a mi madre con una mirada, añadió dirigiéndose a mí de nuevo: Aséate, tú también vienes.

Al niño no te lo llevas, Andrés. Mi madre habló por primera vez desde que su marido había regresado a casa para despuntar los hilos del duelo que ella guardaba con orgullo. Mi padre ni siquiera se molestó en contestar. En lugar de eso, se acercó al perol del café para beber con calma del cacillo.

Este café es achicoria pura. ¿Desde cuándo se bebe esta porquería en casa de los Pajuelo? Tíralo. Cirilo, ¿no me has oído?, he dicho que bajas a despertar a tu hermano mayor. También quiero ir a ver al tonto ese que quiere desposar a la Valeria, al tal Jacinto. A ver si tiene los redaños de pedirme a mí su mano. Mucha yegua para poco jinete me *paece* a mí.

No hizo falta que fuera a buscar a mi hermano pues justo en ese momento asomó Matías por la puerta llenando la casa con un suspiro de agua de colonia que refrescó el ambiente y nos hizo pensar que éramos menos pobres de lo que éramos. Se sentó a la mesa, extendió su pañuelo sobre el regazo, pausado e intachable en sus maneras, y aguardó a que mi madre le sirviera dos rebanadas de pan frito con aceite y una taza de café negro. Recuerdo que en ese momento fui consciente de cuánto se parecía Matías a nuestro padre y a la vez lo alejado que estaba de su hostilidad y aridez. Matías era una copia mejorada por el refinamiento de los nuevos tiempos.

El próximo día que mientras yo esté en esta casa la Valeria no duerma bajo mi techo, el responsable tendrá que buscarse los sesos en el cuenco de la comida de los perros, ¿estamos? Estamos.

Mi padre dejó caer el juramento como si el hombre que había apartado a su hija de casa pudiera oírlo. O como si alguno de nosotros hiciera de copista de sus palabras en una cuartilla y fuera más tarde a deslizarle el mensaje bajo la puerta. El caso es que lanzó su amenaza, seguro de que el aire la llevaría donde él quería. Y como todo cuanto hizo en la vida, aquello tampoco fue baldío.

Pronto descubriría que hacía muchos años que mi padre había perdido la virtud de dudar de sí mismo.

De nuevo tuvo que ser una figura en la puerta la que nos sacó las vacilaciones del cuerpo. Nunca había visto a un hombre tan grande. Era joven a

pesar de los síntomas de calvicie prematura acentuada por la tensión con que llevaba el pelo amarrado en una coleta negra y húmeda. Tenía la piel del mismo color que mi padre, pero sin duda lacerada por menos preocupaciones que la de este. Se plantó en la puerta castellana, abierta solo por su hoja superior, y se agachó para poder meter la cabeza dentro de la casa. Nos miró muy despacio, a la larga, como si fuéramos nosotros los extraños que habíamos violentado su hogar. A continuación, se giró y escupió el tabaco que mascaba antes de saludar: A los buenos días.

El recién llegado abrió el postigo de la hoja inferior y entró como un caballo en un corral de gallinas. Llevaba un abrigo viejo y oscuro, echado a los hombros a la manera en que se lleva una capa. El resto de su ropa también era negra y algo descuidada, tal que si viniera de un tránsito de varios días a pie. Con todo, su aspecto de menesteroso contrastaba con un rostro tierno y un afeitado reciente y riguroso.

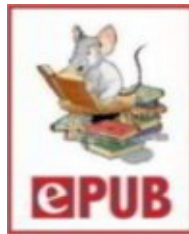
Era el hombre más corpulento que había visto en mi vida. Tenía los brazos fornidos pero no musculosos. El tórax abombado pero recio. La barriga firme pero no trabajada. Su nariz era lo que más destacaba en el rostro, recta y dilatada lo justo para no parecer tosca. Los huesos de la mandíbula inferior aparecían muy marcados, acostumbrados al trabajo incesante de triturar tabaco. Pero por encima de todas estas particularidades, lo que más llamaba la atención era su perpetua y vivaz sonrisa. Estaba contento de haber llegado, de eso no había duda posible. Y motivaba que uno tuviera ganas de habitar dentro de su gozoso pellejo.

El gigante dejó el hatillo junto a la puerta. Salió de nuevo y metió una maleta con pretinas de cuero y lo que parecía una gran caja de herramientas de carpintero, con cinceles, martillos y sierras, así como tubos de pintura, barnices y pinceles de diferentes tamaños. A continuación, introdujo a duras penas otro fardo envuelto en cuerdas y mantas, y después cerró la puerta inferior con la educación del que no quiere modificar nada cuando llega a una vivienda ajena, aunque más bien parecía que quisiera asegurarse de que nadie pudiera escapar de la casa. Respiró, aliviado, y duplicó el tamaño de su sonrisa para darle un abrazo cordial a mi padre sin énfasis ni grandes aspavientos. Se inclinó ante mi madre con un «señora» que no consiguió cambiar en nada su semblante agrio y adusto, y se sentó junto a mi hermano ofreciéndole su monstruosa mano ante la indiferencia de este. Por último, se bebió mi tazón de leche de una tragantada ante los evidentes signos de desencanto de Matías, y con las mismas maneras de bárbaro hambriento terminó cuanto había de comer o de beber sobre la mesa.

Matías, apuntó mi padre en un tono que en realidad iba dirigido a todos los presentes, recordarás a Julio Ramón Ortega, y a la vista de que ahora sobran habitaciones en la casa se quedará con nosotros unos días.

Pero, padre, se atrevió a puntualizar mi hermano, la casona de las tierras de arriba está libre, quizá sería mejor que...

Se hará como yo digo, fue cuanto añadió mi padre al asunto. Y acuchillando a mi madre con rencores arcaicos que solo ellos reconocían, volvió a inquirir: ¿Estamos? Estamos.



# ثَانِ

## D

e aquellos primeros días que vinieron tras el regreso de mi padre recuerdo el frío precursor de soles mansos que parecían querer echarse a dormir bajo las camas. Tampoco se me olvidan las nubes jironadas bajo cielos malva y turquesa. Olía a humedad, a selva y a caracoles. El aire dejaba el pelo bañado de cencellada fina y convertía el sudor en escarcha y el aliento en cristales. Recuerdo las manos agrietadas por los padrastrós y la nariz pelada por el viento. Aun con todo, reconozco que me gustaba esa atmósfera de musgo meloso. El influjo en las vidas de las nieblas densas y lentas. El tiempo remolón, atascado en el calendario y en las chimeneas de encina.

Como digo, no me importaba el frío y siempre que podía escaparme de mis labores solía buscar las cumbres para otear los paisajes de acuarela verde de la serranía: redondeada y suave, aunque con pendientes muy grandes, amenazadas por riscos y aguas salvajes. A mis ojos, los de entonces, era un lugar muy hermoso que todavía evoco cada vez que la vida me trae la pestilencia roñosa de la infancia. Así es: el tiempo solo nos deja lo que deliberadamente vierte por el camino, con las viles intenciones de emponzoñarlo a su antojo con nuestro recuerdo. Es una fuerza que no perdona ni comprende.

En las montañas los riachuelos se escondían en el fondo de los valles y los caminos iban siempre ladera arriba en busca de un sol que derritiera sus angustias de margas resbaladizas y rocas meteorizadas por el hielo. A mí me daba vahído asomarme al vértice de las peñas y pareciera que una debilidad arrebatada me subiera por las corvas como un reguero de arañas hechizadas.

Lo que más me gustaba era espiar a los lobos entre las arboledas ancestrales de la serranía. En el pueblo los consideraban alimañas porque robaban el pan de la mesa y se decía que eran hijos del maligno. Creo que en el pueblo siempre estuvimos un poco obsesionados con los demonios y todo lo virulento se les atribuía a ellos o a su influjo. Yo los veo muy parecidos a nosotros, a los lobos,

quiero decir, pues trabajan en grupo y crían sus familias lo mejor que pueden. A veces nos matan un cordero o unas gallinas, es cierto, pero como decía mi madre, hay que sobrevivir.

En la vida hay muchas dificultades, Cirilo, me decía mientras se peinaba, pero no hay otro remedio que aceptarlas y seguir con el mentón alto.

Por esta afición mía de rastrear fieras, sé que cuando mi padre volvió de dondequiera Dios que hubiera estado, los lobos dejaron de bajar hasta el pueblo. Los animales siempre han intuido los malos presagios mejor que los seres humanos. El señor maestro, un hombre muy viajado, acostumbraba a contarnos la historia de una ola muy grande que se tragó la ciudad de Lisboa. Al parecer una vez retirada el agua, las algas, sargazos, cascotes, desperdicios y sirenas muertas traídas por el océano, no se encontró ni un solo cadáver de animal, ya fuera ave, reptil o mamífero, pues habían huido horas antes tierra adentro. Por todas estas cosas a veces pienso que los lobos conocían bien las catástrofes que traía el rumor de los pasos de mi padre y decidieron quedarse en sus madrigueras hasta que todo pasara.

Aquella mañana en que bajamos a la ermita siguiendo el repicar de las campanas, nos cruzamos con poca gente. Era el día de difuntos. La mayoría se había puesto lo mejor de sus roperías para recordar a sus muertos en la misa y más tarde en el cementerio. Es lo que tienen los pueblos pequeños: todos los que allí viven guardan un muerto a quien velar y una lápida que limpiar y desbrozar.

No podía verlos, pero era fácil adivinar las maldiciones de los más rezagados que nos vigilaban tras los visillos de sus casas con una mezcla de odio porque mi padre hubiera vuelto del más allá en tan mala hora a romper su calma milenaria y, al mismo tiempo, llenos de regocijo porque iban a tener de qué murmurar durante días.

Nada más entrar por la calle Mayor, vimos a un grupo de mujeres dispuestas en hilera que zurcían cojines bajo sus toquillas de luto. Entre puntada y puntada nos lanzaban atisbos reprobatorios. Tres hombres subían con el rebaño de cabras, inclinados como monos australes por la pendiente. Los tres saludaron a la vez con un golpe de cabeza sin detener la marcha. Otros dos nos adelantaron al tiempo que se tocaban la punta de sus gorras en señal de buenos días. Solo un anciano que partía ramas de castaño con un hacha pequeña se dirigió a mi padre por su nombre. Me alegra verlo de vuelta, señor Andrés, dijo, y se acercó a darle la mano con un velamen de agua en los ojos.

Yo iba detrás del gigantón que había llegado a nuestra casa esa misma mañana. Caminaba con pasos torpes y pesados de verdugo. Se balanceaba a la



manera de una barcaza encallada en medio de una tormenta. Parecía que a cada momento fuera a derrumbarse cual borracho al que le mueven el mundo entero bajo los pies a modo de burla.

Mientras se desplazaba en ese oscilante transitar, Julio Ramón Ortega leía un libro pequeño sin fijarse por dónde caminaba o en las gentes con las que se cruzaba. Era una de esas personas que manifiestan una sonrisa como gesto natural. Pero su sonrisa no era de suficiencia —eso lo hubiera convertido en alguien a evitar—, sino que poseía una mímica alegre, con la expresión de quien sabe ver la belleza, sencillez e invención de cada instante. Obraba sin regocijo ni amargura. Esa es la verdad. Dispuesto a terminar sus quehaceres para, a continuación, recuperar la vida que dejó en algún país de fantasía donde ciertamente mantenía clavados todos sus delirios.

Sí, me gustaba la disposición de aquel hombre que supuraba pólvora y jengibre. A buen seguro, intuía yo, mi padre lo conoció en la guerra. Allí sin duda se granjeó a pulso una reputación de sanguinario implacable por su destreza para despellejar vivos a los enemigos o para quebrar sus vértebras, como un cascanueces, para después sorberles el tuétano. O, tal vez, con Julio Ramón no iba lo de guerrear, pues le cansaba esa ridiculez de abrazar a uno que un día es tu amigo y al siguiente debes matar por el bien de la patria. Y la patria es un concepto muy raro que muy poca gente entiende. Eso al menos es lo que decía mi padre. De este modo, el gigante se pasaba las tardes en las trincheras leyendo poemas y llorando a la vista de todos sin vergüenza ni vanidad. Pero claro, todo esto eran suposiciones mías, que por aquellos años era muy dado a llenarme la imaginación con cuentos venidos de más allá de las montañas. Sea como fuere el pasado del gigante Julio Ramón Ortega, lo único palpable era su aliento de menta y unos ojos curiosos e indianos que desprendían a un mismo tiempo seguridad y desapego de todo lo convencional.

Al entrar en la ermita mi padre se santiguó y nos indicó que nos sentáramos en el último banco, junto a la puerta. Él salió de nuevo a terminar un cigarrillo y cuando regresó se quedó en pie durante toda la ceremonia, sumido en una ceguera pálida. La iglesia estaba llena de convecinos e incluso habían bajado de sus refugios los pastores y comparecido los habitantes de otras pedanías. El padre Honorio subió al púlpito con su nariz de ave de rapiña, goteante y furiosa. Dio un sermón sobre los muertos y la condenación con los brazos abiertos como las alas de un águila cuando planea para caer sobre su presa. Mi padre no levantó la vista ni un momento a lo largo de la homilía, hasta que el cura bendijo a todos los aldeanos y estos salieron por la puerta oeste con sus ramos de tomillo, retamas y cantuesos hacia el caminito de cipreses que llevaba al revoltijo de

tumbas del camposanto. Eso sí, antes de cruzar el umbral, todos miraban de través, debajo de sus velos y boinas de pana, hacia el fondo de la ermita, para asegurarse que sí, que era cierto eso de que Andrés Pajuelo había vuelto de esa guerra a la que se fuera, que claro, también había asistido a misa con sus dos varones, y sí, que también era seguro como el sol que nos ilumina que había traído consigo a un ser mitológico de tez quemada que leía novelas de amor a todas horas.

Cuando salió el último de los feligreses, mi hermano Matías se levantó con sus maneras de aristócrata y acerrojó las dos puertas de la ermita, dejándonos a solas en compañía del cura y de los muertos ilustres que yacían bajo nuestros pies en tumbas de piedra. Según se cerraron los goznes del portón, mi padre salió de la sombra en la que estaba abstraído. Con una gran sonrisa que reveló en su piel todos los trastornos de la edad, le dio un abrazo al padre Honorio. Cómo imaginar entonces que pocas semanas después ahorcarían a mi padre por degollar a ese hombre. Era la tercera vez que veía a dos adultos abrazarse y las tres veces mi padre había sido uno de los protagonistas. A veces, pensé, merece la pena irse del lugar donde uno nace solo por el placer de regresar.

Qué gusto da verte, Andrés, anunció el párroco sin demasiada firmeza. Mucho tiempo ha pasado, Honorio, contestó mi padre con su mano afianzada en el hombro del cura como un halcón, veo que los buenos amigos siguen donde uno los deja, ¿no es así? Talmente, Andrés, talmente. Y veo que sigues acojonando a toda tu prole con esas historias que te inventas sobre martirios y fuegos eternos. El padre Honorio sonrió: Uno hace lo que puede, Andrés, para que las ovejas no se le avienten del redil, ya sabes lo que se dice, misa de muertos es para el disfrute de los vivos.

Mi padre le tomó la mano a don Honorio y afectando sorpresa le dijo: Vaya, es cierto lo que he oído, bonito anillo, señor obispo.

Obispo *in partibus*, certificó don Honorio sacándose el anillo obispal para que mi padre lo examinara, no más que un cargo auxiliar del obispo de la jurisdicción. Pero soy optimista.

Mi padre le devolvió el anillo pastoral. Después, guardó silencio unos segundos para barrer con su memoria el rostro de su amigo, preguntándose quizá dónde había perdido contacto con su pasado. Sigue ahí, dijo al fin en un golpe de mandíbula. Ahí sigue, Andrés, ahí sigue.

Mi padre se apartó del párroco con dos palmadas en la espalda y caminó hacia el muro opuesto. Pasó a mi lado, con sus ojos canela fijos en una pequeña capilla cerrada por barrotes dorados labrados a troquel. Al llegar a una sombra se

detuvo y allí se quedó unos instantes, contemplando el interior del oratorio. El aire se espesó al instante, la frente se le llenó de arcaicas nostalgias y no pudo contener una inclinación de cabeza. Pero mi padre no se dejó derrotar y de inmediato palmeó el aire dando permiso a la vida, a las ánimas y al cielo para que continuaran su curso. Y alzó la voz. Julio, gritó, ahí la tienes, ¿a qué es hermosa?, y soltó una carcajada que abrió senderos y flores. A fe mía que he dormido con muchas vírgenes, pero ninguna como esta.

Julio Ramón Ortega continuaba perdido en la lectura. Al mandato de mi padre, abandonó el libro sobre el reclinatorio y se elevó con una agilidad impropia para su cuerpo de jayán. Del macuto que cargaba a la espalda sacó papeles, carboncillos y un cortaplumas de mariposa.

La ermita del pueblo era pequeña incluso para los pocos fieles que la frecuentaban, pero con Julio Ramón dentro parecía no más que una casa de muñecas. Estaba levantada en piedra y tenía una sola nave con cabecera rectangular. Al parecer, hace años, las paredes estuvieron llenas de pinturas murales que poco a poco fueron terminando en museos, o eso se oía decir. Tenía un altar de roca y una serie de bancos desiguales además de sillas de madera para los fieles, muchas de ellas traídas por ellos mismos de sus casas y rematadas por cojines con sus iniciales zurcidas en relieve. Julio Ramón no se anduvo con remilgos, cogió una de las pocas sillas que entendió eran capaces de soportar su peso y la colocó justo a mi lado.

Julio, le dije, ¿puedo preguntarle de qué conoce a mi padre?, no sé, es mi padre y todo eso, pero desde que ha vuelto es como si tuviera miedo de todo lo que tiene que ver con él.

El gigantón me miró de medio lado, como se mira a los niños que hacen preguntas incómodas pero que no queda más remedio que contestar. Eso son asuntos que quizás debieras preguntarle a él, sentenció. Julio Ramón tenía un acento gracioso y raro que hacía difícil tomarse en serio nada de lo que decía. Tu padre es un buen hombre que se preocupa mucho por vosotros, chaval. Estoy seguro de que te responderá a lo que le preguntes, añadió con desgana.

Me sorprendió que un desconocido me hablara de que mi padre, que nunca pasó de ser una sombra molesta, se inquietaba por mi bienestar. No puedo explicarlo, pero la respuesta del gigantón me enfureció bastante. Viendo que por aquel camino no iba a conseguir ninguna información, traté de focalizar mis esfuerzos en entender algo de lo que allí ocurría. Mi padre seguía hablando en susurros con el padre Honorio. Mi hermano Matías sacaba de la mochila de Julio Ramón un paquete y lo depositaba en un banco al lado de los dos interlocutores.

Mi padre recogió el fardo y se lo mostró al cura. Su gesto cambió de repente, se limpió los humores con la sotana y quitó la sábana que cubría el bulto. Eran una serie de papeles viejos, cuarteados y amarillentos que el cura se dispuso a observar con las diminutas lentes que siempre le colgaban del cuello.

Me decidí a preguntarle a Julio Ramón la razón de todo aquel sinsentido de discreciones. De modo lacónico, el gigante me indicó que estábamos allí para hacer negocios. ¿Negocios?, ¿con quién? A Julio Ramón pareció hacerle gracia mi pregunta. Con quién va a ser, chaval, con la Santa Madre Iglesia.

El gigante no tenía ganas de conversación. Julio Ramón estaba plenamente concentrado en dibujar la talla encerrada en la pequeña capilla lateral de la iglesia. Era una figura hierática, seria, sin gesto alguno de dulzura o compasión tan común entre las imágenes que uno acostumbra a ver de la Madre de Dios. Tenía la nariz afilada y los ojos rasgados, casi asiáticos. Una corona de la que caía un velo desigual le cubría casi por completo la cabeza. Estaba sentada de manera muy rígida, sin gracia, más bien con autoridad, como una reina, pensé. Llevaba un manto teñido en tonos dorados y en sus piernas cargaba con un Niño Jesús mucho más tosco en el cincelado. Lo cierto es que a primera vista no era hermosa, ni en su disposición ni en su acabado, pero comparando las anotaciones de Julio Ramón con la imagen real, comprendí los secretos que desvelan las cosas que se acostumbra a ver como parte normal de nuestras vidas cuando uno se toma el tiempo de observarlas de nuevo con ojos de recién llegado. Con todo, por mucho que los rasgos y la austeridad de la escultura llamaran la atención por lo extraño de su circunstancia, había algo que la hacía especial y que destacaba por encima de lo acostumbrado: era una Virgen negra.

Siempre había pensado que la Virgen María era blanca como la nieve.

Bueno, añadió sin mirarme, eso es porque detrás de cada misterio hay una buena historia.

El gigante me explicó que la figura que estaba elevada en un pequeño altar e iluminada por una de las dos ventanas de arco de medio punto que interrumpían el macizo de las paredes era una Virgen de estilo románico. La Virgen fue encontrada por unos pastores hace muchos años, enterrada en lo profundo de una cueva. Yo ya conocía la leyenda de la Gran Madre Negra. Al parecer, fue la propia Virgen quien los citó con su lamento y les pidió que la sacaran de la tierra.

La tradición oral cuenta que fueron los Caballeros de la Orden del Temple los que trajeron a la Virgen desde Tierra Santa en el Medievo. Allí la soterraron para marcar alguna especie de lugar santo, telúrico o astronómico donde debía

ser erigida una capilla. También se habla de que marcaba caminos de Zahorís o la ruta a las Américas. El caso, chaval, es que aquí ha estado desde entonces. Ha salvado guerras, bandidaje e incluso alguna incursión morisca.

Mientras el gigante me hablaba yo ponía toda mi atención en los trazos oscuros que raspaba sobre el papel. Resultaba admirable que con unos dedos tan grandes Julio Ramón fuera capaz de pasar el carboncillo por encima del papel con aquella delicadeza vaporosa. Lanzaba trazos al aire, muy prolongados, que en el pliego se reflejaban solamente en perfiles sutiles, imperceptibles en un primer momento a mis ojos, como un arañazo suave. Poco a poco esas líneas cobraban un significado que la escultura no tenía pero que era necesario reflejar en el papel. Era capaz de esbozar muchas de estas rayas sin mirar la figura, a la manera en que un músico interpreta una partitura. O incluso mirar largamente a la imagen de la Virgen y perfilar sin fijarse en el resultado. De vez en cuando sacaba flechas del dibujo y apuntaba datos, símbolos, números y códigos con una letra minúscula y ornamentada que resultaba imposible de comprender.

Tienes que entender que gran cantidad de las imágenes que se veneran hoy en día tienen muchos años y que los cultos han ido cambiando a lo largo de los siglos. ¿O es que te crees que siempre se ha sido cristiano por estas tierras? El hombre ha pasado por muchas civilizaciones y cada una ha tenido sus dioses e iconografías. El color negro siempre hizo referencia a la fertilidad de la tierra, a la Gran Madre que nos provee de alimentos si la sabemos cuidar y escuchar. Hasta los musulmanes tuvieron bien cuidado de no dañar a estas imágenes divinas que en nada les tocaban. La Iglesia a lo largo de los años ha ido tomando muchos de estos cultos paganos y, con un par de buenas historias, la tumba de un santo y unas cuantas cruces aquí y allá, les ha dado la vuelta para convertir a sus devotos a la fe cristiana. Lo que no quita para que esta efigie que ves no sea hermosa. Y sobre todo muy apreciada por los entendidos.

Entre la armonía de los dibujos de Julio y la fascinación que me producía tanto la historia como su lenguaje fácil y envolvente, sentí por primera vez la envidia que causa la sabiduría ajena. A su lado me pareció que, aunque me convirtiera en el alumno más aplicado y en el lector más enfebrecido, había cosas que jamás llegaría a aprender. Nunca me sentí más solo que entonces. Una sensación de abandono que ahoga con el peso de un yunque sobre el pecho.

La atención a veces se me iba a la conversación que mantenían mi padre y don Honorio. La excitación por el reencuentro había dado paso a viejas cuitas que no traían nada bueno. El párroco gesticulaba con cierto enfado y movía los dedos como un marionetista. Mi padre miraba al suelo con evidentes signos de

desaprobación en su rostro.

Traté de retomar la conversación con el gigante y le pregunté qué tenía que ver todo lo que allí estaba pasando con hacer negocios con la Iglesia. Mira a tu alrededor, me dijo después de una pausa en la que sin duda calibró hasta dónde era prudente hablar. Esto es una miserable ermita de un pueblo miserable en un collado miserable, pero las obras de arte sacro que contiene valen más que toda la sierra junta. Seguramente están sin catalogar, igual que el patrimonio de todas las iglesias, conventos, ermitas, monasterios y templos que encuentres por estos montes dejados de la mano de Dios. ¿Y quién es el único que sabe lo que hay bajo estos muros? ¿Quién es el único que conoce todas sus historias y todos sus secretos?

El padre Honorio, respondí aliviado por entender finalmente algo.

No, hombre, no. Andrés Pajuelo, tu padre.

# ثالث

## L

evanté la cabeza para observar la ermita en su conjunto. Todo lo que allí había me resultaba familiar, pero nunca me había parado a examinar los detalles. En verdad era un lugar austero y hosco, una construcción que en nada armonizaba con el blanco palomar de las casas del pueblo.

A la luz de las historias de Julio Ramón, el interior comenzó a tener un brillo distinto. El retablo era sin duda hermoso, tallado en una sola pieza de madera de castaño y pintado con colores alegres: azules, rojos, naranjas y amarillos, algo deslucidos por el paso del tiempo. Un Cristo crucificado junto a dos querubines bastante sucios presidía el conjunto. Un magnífico Cristo gótico, en palabras del gigante. Debajo había dos altares de roca junto a un facistol de nogal con un águila bicéfala y una hornacina atiborrada de objetos litúrgicos: un maravilloso acetre de oro con su hisopo, un custodio de gran tamaño con un hermoso viril de cristal, evangelios, lunetas, paliás, un juego de vinajeras con estampas grabadas a mano, y un exquisito gremial de seda y encaje para el lavatorio de los pies en las misas de Jueves Santo. A la izquierda destacaba el púlpito de madera sin tejadillo ni más adorno que el cincelado de una enredadera en el pasamano de la escalera de hélice. Las paredes laterales de piedra estaban desnudas salvo por las catorce señales que marcaban el Vía Crucis y una pintura mural muy mal conservada de la resurrección de Lázaro. En el ala oeste, sobre la puerta que daba al camino del cementerio, colgaba un óleo anónimo de tamaño exagerado para cualquier casa o palacio, datado del siglo xv, en donde el soldado romano Gayo Casio da una lanzada al costado de Jesucristo crucificado para acelerar su muerte.

Pues a mí me parece que todo se está cayendo a pedazos, fue lo único que se me ocurrió decir después de la catalogación recitada por el gigante. Creo que en ese momento Julio Ramón me miró por primera vez. Quiero decir mirarme como se mira a la gente a la que queremos otorgar una identidad en nuestras

vidas. Sus ojos perfilaron una órbita como si quisiera quedarse con cada detalle para después dibujarlo.

¿Cómo te llamas, chaval?

Cirilo, señor.

Cirilo, ya recuerdo, sí. Tienes nombre de patriarca de Alejandría, añadió Julio Ramón con cierta sorna. Lo primero no vuelvas a llamarme señor, soy más joven de lo que crees, y lo segundo, tienes que entender que en los momentos de extrema necesidad el ser humano es capaz de agarrarse a las cosas más ridículas con tal de salvar el pellejo. Eso confiere a muchas de las cosas que ves en las iglesias un valor incalculable. Pero un valor que siempre alguien está dispuesto a pagar, remató con un guiño de ojo.

Yo seguía sin entender las razones que podrían llevar a alguien a gastar su dinero en todo aquel surtido de antiguallas. A Julio Ramón pareció hacerle gracia mi simpleza y su risa repercutió por la bóveda de la ermita resucitando el lugar. Estiró las vértebras, se sonó los nudillos y con el cortaplumas sacó punta al lapicero con gran facilidad. La risa se le cortó de golpe cuando mi padre empezó a discutir a viva voz con el cura.

Honorio, no vengas ahora a cogermé las sobaqueras, te lo advierto, eso no era lo que teníamos acordado. Te lo repito por última vez, Andrés, lo que me has dicho no tiene ni pies ni cabeza, no son más que interpretaciones tuyas, basadas en cuentos de un moribundo, hasta que no hayas terminado con todo lo demás no contarás con mi ayuda, ahora mismo no puedo poner en riesgo de esta manera mi carrera hacia el obispado, necesito tiempo para esto que me pides. ¿Tiempo?, maldita sea, ¿tiempo? Sé razonable, Andrés, por el amor de Dios, no tienes más pruebas que tu intuición, tú mejor que nadie deberías saber que estos trabajos hay que llevarlos a cabo a su debido orden, es... peligroso, esta sierra está maldita y ella nos protege. Me cago en mi madre, Honorio, coño, eso son cuentos, historias de viejas para asustar a los niños.

El párroco hizo una pausa bien calculada y adelgazó la voz como se hace con las conclusiones que de repente cobran una importancia inesperada. Sabes que no es así, Andrés, ¿o es que no recuerdas lo que ocurrió la última vez?, ahora debéis iros.

Mi padre indicó a mi hermano que fuera a la puerta para vigilar que nadie estuviera con la oreja puesta. Matías se levantó, se alisó los pantalones y caminó muy erguido hasta el portón de madera jugando con su bastón como un bailarín de claqué. Mi padre estaba muy irritado. Daba vueltas como un tigre de circo, con las fosas nasales dilatadas y la mano en las cachas del puñal. Cuando mi



hermano certificó que podían seguir hablando, todavía tardó unos segundos en hacerlo, en un inconcebible esfuerzo por no subir la voz:

Al menos dejarás que Julio Ramón terminé.

Don Honorio negó con la cabeza.

Lo siento, Andrés, quizá en unos días, tienes que entender que tu vuelta al pueblo ha traído demasiados rumores como para alimentar la imaginación de estos paletos para unas cuantas semanas. Maldita sea, me importan una mierda tus aspiraciones eclesiales, me he cruzado el país entero para... Mi padre miró al techo y respiró: Bien, se hará como dices, ya conoces el precio de la traición, te sugiero que no olvides tu palabra y que yo aún continúo siendo el jefe aquí. Descuida, eso lo sabemos todos, soltó el cura a modo de amenaza reprimida. Mi padre no se dejó amilanar y lo condenó a vivir con la duda: Tienes cuatro semanas, Honorio, después las cosas se harán a mi modo o tendrás que pagar las consecuencias, ¿estamos? Estamos.

En el exterior se oían ya voces de personas que regresaban del cementerio después de haber fregado sus tumbas, recitado las consabidas plegarias y colocado flores frescas sobre el nombre de sus difuntos. Mi hermano Matías hizo un ruido gutural para indicar que debíamos marcharnos. Mi padre no añadió más, y con un golpe de mentón señaló al gigante que recogiera los bártulos.

Cegado por la luz natural del exterior, no hubiera sido capaz de reconocer a las dos personas que nos esperaban en la puerta de no ser porque las palabras de una de ellas me sacaron enseguida de dudas:

Me dijeron que habías vuelto y que estabas aquí, no sabes lo que he rezado para que llegara este día.

La voz era sincera, suave e inconfundible. Mis pupilas se fueron contrayendo para acomodarse al cambio de intensidad luminosa y pude distinguir a Valeria. Su cabello castaño adornado con margaritas. Sus ojos lúcidos de tizón candente. Mi hermana.

Atrincherado detrás de Valeria se encontraba Jacinto, el Mulas, su prometido. En el pueblo se dijo siempre que el Mulas era medio lelo porque mantenía conversaciones con él mismo cuando nadie le veía. Lo cierto es que yo una vez que subí a ver a los lobos me lo encontré cantando y parloteando a grito tendido sin más compañía que su sombra, pero no le di mucha importancia. Todos en alguna ocasión hemos guardado el juicio bajo llave cuando nos pensamos solos.

Mi padre le dio un beso a mi hermana tan apacible que cabía todo el verde

de la sierra en él. Le puso la palma de la mano en la mejilla y la examinó como quien contempla un trabajo bien hecho después de mucha voluntad y congoja, como quien espera un capricho de la nostalgia para ser feliz a pesar de conocer el tamaño real de su destino. Así se pasaron un rato, cogidos de las manos, ajenos al tiempo que se perdió, o tal vez en la dulce ingenuidad del que espera a que este cambie de rumbo para recuperar las cosechas que pasaron, los juegos que se llevó la carcoma, las risas que se quedaron sin eco en el recuerdo. Mi padre y mi hermana. En silencio. Con un nido de gusanos de seda atrancado en sus gargantas.

Al cabo, como si un golpe de fechas y nombres le hubiera devuelto a su realidad, mi padre miró al personaje encogido y asustado que a duras penas mantenía una sonrisa entre la náusea y el pánico. Apartó a Valeria como un caballero que va a cambiar de pareja de baile y se acercó a Jacinto. Le puso la mano en la cara para asegurarse de que sus ojos se encontraban, y con esos oráculos de tinieblas con los que mi padre descifraba el otro lado de todas las cosas, lo condenó al igual que hizo con mi madre esa misma mañana y minutos antes con el padre Honorio. Esta tarde, *na* más anochezca, quiero verte en casa, ¿estamos? El chico asintió y bajó de nuevo la vista al suelo. En tal caso no será menester gastar más saliva.

Mi padre arreó cuesta arriba y solo quedó la huella del tacón de sus botas para que todos recordáramos su juramento. Mi hermana Valeria aprovechó entonces para darme un beso en la mejilla. Todo irá bien, Cirilo.

Todos se dispersaron al golpe de espuela de mi padre. Matías dobló hacia su casa donde seguramente una mujer sin ilusiones ya lo esperaba con la comida caliente sobre la mesa. Julio Ramón, por su parte, salió detrás de mi padre a paso tranquilo.

Necesitaba entender algo de lo que había sucedido en el interior de la ermita, así que aprovechando que nos habíamos quedado solos y que había dejado su libro dentro del macuto, me lancé a preguntar al grandullón dónde había conocido a mi padre. Ya te he dicho que eso debes preguntárselo a él, fue su única respuesta.

Julio Ramón Ortega, ahora sí, caminaba observando el entorno con curiosidad y rigor de naturalista. Pasaba la mano por las fachadas para comprobar su textura y los materiales con los que se levantaban las casas. Miraba las flores y con mimo apartaba los pétalos para observar sus intimidades. Descubría los contornos de las nubes y las memorizaba con avidez. Observaba a las palomas en los tejados espulgándose al tranquilo sol mañanero. Olfateaba los

guisos de las casas mientras se deleitaba con el aroma de los estofados de caza con habones y seras. Y sonreía. Siempre sonreía.

Fue en la guerra ¿verdad?, donde conociste a mi padre, digo. No, claro que no, lo conocí mucho antes de que lo encerraran en la cárcel. ¿De verdad?, no sabía que mi padre hubiera estado en la cárcel, ¿lo capturaron los enemigos?

Al gigante pareció causarle desconcierto y jolgorio la inocencia de mi razonamiento. Abandonó su talante de etnólogo y se centró en la conversación.

¿Los enemigos?, muchacho, tu padre nunca ha estado en la guerra. No digo que no sea valiente ni nada parecido. O que no tenga razones como todos en este pozo negro que llamamos país para inventarse un frente donde matarse con cualquiera, no me malinterpretes.

Pues no me creo que mi padre haya estado en la cárcel, añadí convencido de que Julio Ramón solo quería quitarse mi incómoda presencia de encima.

Se detuvo un instante. Creo que dudaba si decir lo que iba a decir. En un gesto instintivo levantó el cuello para asegurarse de que mi padre iba bien lejos: A Andrés, quiero decir, a tu padre, lo metieron en la cárcel por intentar robar la talla de la Virgen negra que has visto ahí dentro y el secreto que esta sierra esconde en sus entrañas.

Sobresaltado, contesté que robar en una iglesia era sin duda un pecado mayor que matar.

Hay pecados mucho más viles, patriarca de Alejandría, los que se llevan dentro y nadie conoce. Pero si crees que robar iglesias es pecado, entonces estamos a punto de ganarnos una larga estancia en los palacios de Lucifer.

Y, guiñándome el ojo, continuó con la ternura de su exploración entre un acompañamiento de violines.

# رابع

## J

acinto, el Mulas, llegó puntual a casa. Había puesto mucho cuidado en parecer elegante, pero se había quedado lejos de conseguirlo. Llevaba un traje oscuro de pana, ajado en las rodillas y en los codos. La chaqueta y las perneras le quedaban ridículamente cortas, resaltando aún más la incipiente sonrisa en las puntas de sus zapatos de muerto. Sudaba, a pesar del relente que comenzaba a caer sobre el pueblo. Y por más que había tratado de disimular su palidez con afeites y polvos de almidón, continuaba con un desagradable rictus de condenado.

A la luz del fogón reparé en que tenía la cara picoteada por pájaros de la fruta y dos grandes paletas con pintas amarillas sonriéndole tímidamente la boca. Algo de razón había que darle al juicio de Matías cuando aseguraba que no entendía qué podía ver nuestra hermana Valeria en aquel chico de pellejo lampiño y labios de murciélago tan predispuesto a la agonía. Mi hermana era una chica gallarda y divertida, de piel clara y cabello lleno de bucles castaños. No es que fuera la muchacha más bonita de la sierra, que, aunque escasas en número, las había bien hermosas, pero Valeria siempre había tenido un genio de recua salvaje y unas ínfulas de niña mimada que hacían difícil imaginarla casada con el paradigma de la pena, lidiando la vista atrás, estoy seguro de que pretendientes de buena cuna y mejor cama no debían faltarle. Pero mi hermana había elegido a aquel muchacho de pensamiento invisible y, aunque absurdo y turbador, eso es algo que nadie debería haber juzgado.

Mi padre esperaba sentado en el sillón de mimbre, apoyado en la badila del brasero de cisco a la manera de un patriarca gitano. Tenía el gesto serio del que todo lo puede y la tez lúgubre de quien es capaz de adelantarse a los designios de la naturaleza. Detrás y de pie, estaba mi madre, aún con su mohín serio de bestia enjaulada. Parecía que no tuviera dientes bajo la suave línea que dibujaban sus labios. Valeria miraba al suelo, agitada por ver el estado enfermizo con el que se había presentado su prometido. Vistos así los tres, cualquiera los pensaría listos

para un retrato de familia.

Nada más ver a Jacinto, mi hermano Matías soltó una de sus carcajadas de roedor: No me puedo creer todavía que el Mulas este aquí para casarse con la Valeria, lo que hay que ver, con tu permiso, padre, no estoy preparado para tomarme esto con la seriedad necesaria.

Matías me había contado que, de pequeños, Jacinto era el blanco de todas las chanzas de la sierra. Siempre que salía a jugar se lo encontraba discutiendo con los espíritus que poblaban su mente, enfrascado entre aviones de combate, celebraciones de gol, pases de pecho y piruetas de boxeador.

De niño, el Mulas era un muchacho mugriento y gordinflón. Vestía pantalones ennegrecidos de algodón gris y camisetas llenas de pellizcos. Lo que más le gustaba en el mundo era meterse el dedo en el culo, llevárselo a la nariz y reírse, volvérselo a llevar a la nariz y volverse a reír con más ganas. Después echaba a correr detrás de los demás críos para untarles ese mismo dedo por la cara. Tengo que reconocer que era divertido ver a los muchachos del pueblo acercarse a la manera de un recortador de toros a fin de tentar su suerte una vez que Jacinto, el Mulas, había fondeado en su escroto en busca de algún tesoro.

Aún recuerdo cuando salía de su casa frotándose la barriga y decía: Mmm, qué ricas las habichuelas, remató mi hermano Matías antes de salir de casa.

Y a mí, esta vez sí, se me escapó la risa.

Como es lógico todos los niños huían escopetados para esconderse de Jacinto en cuanto lo veían sonreír con aquellos dientes de cabra celebrando alguna ventosidad abdominal. Por lo general el agraciado era algún despistado al que Jacinto le clavaba el dedo por la nariz hasta el mismísimo cerebro mientras todos los demás se tronchaban de la risa. Ninguno de los condenados a saborear tan ilustre mierda hablaron nunca de su experiencia, pero lo que es seguro es que jamás volvieron a acercarse al Mulas sin estar preparados para correr.

Es preciso añadir que Jacinto, el Mulas, nunca se acercó a mi hermano Matías con su dedo aceitoso. O al menos nadie tiene constancia de ello. Todos decían que Jacinto sentía devoción por Matías desde que una tarde mi hermano apaleó a un chico de la aldea vecina que estaba riéndose de las miserias del Mulas por ser huérfano. Mi hermano levantó a aquel chico por la pechera, lo llevó hasta el puente de piedra y lo arrojó al río. Desde entonces fue el propio Matías quien elegía a las víctimas de Jacinto. Seguramente mi hermano seleccionaba al ente a sacrificar a fin de vengarse de alguna jugarreta previa. Las triquiñuelas y subterfugios que empleaba para convencer a Jacinto de que torturara a su elegido prefiero no imaginarlas. Aunque, muy posiblemente, el

origen de su falsa compasión estaba en la poca necesidad que Matías tenía de burlarse de sus pintas de albañil borracho, o de que viviera en las casas viejas, o de que solo tuviera una camisa y unos zapatos que nada más se ponía cuando su madre lo obligaba a irse a confesar con don Honorio. Es de suponer que Jacinto confundía la flojedad e indiferencia de Matías para con sus desgracias con la amistad. Aunque cualquiera sabe.

Jacinto, el Mulas, caminó hasta el centro de la sala. Se quitó la gorra y la constriñó como si quisiera escurrir su propio nerviosismo gota a gota. Todos permanecemos en silencio a la espera de una resolución de mi padre que no tardó en llegar.

No me andaré por las ramas: eres pobre como una rata y, según dicen por el pueblo, más lelo que las ovejas. Si vuelves a acercarte a mi hija, esta escopeta que tengo a mi vera va a estar humeando hasta que se me acabe la candela, ¿estamos? Estamos.

Aunque es de sobra sabido, no vendrá mal apuntar que cuando alguien está enamorado entiende la vida de un modo sublime y máximo. Es así. Nadie ha encontrado las causas. Todo es más intenso y urgente, hasta el extremo de alcanzar una locura desmesurada e inconcebible que en la mayoría de los casos deriva hacia la tontuna, la obcecación y el ensueño. Si reitero esta obviedad es porque solo así cabe entender que el Mulas, con semblante de haber llorado a escondidas, abriera la boca en lugar de agachar la cabeza, aceptar la indulgencia de mi padre y marcharse aliviado por haber salido de allí sin el tiro de gracia en la nuca.

Pero, señor, proclamó con una soltura desconocida, es que la Valeria y yo nos queremos, sabe usted.

Con cierto aire de resignación, mi padre se levantó de su poltrona, escopeta en mano, para impartir la justicia que merecía una carencia semejante de sumisión. Los mimbres crujieron. El metal centelleó al reflejo de la chimenea. Mi hermana Valeria se dio la vuelta para llorar, después de haberle lanzado una mirada de adiós al hombre con el que iba a casarse. Y el Mulas cerró los ojos e inclinó la cabeza para mostrar el lugar donde debía recibir la pólvora del trabuco.

Pero nada de lo esperado hubo de ocurrir. Un brazo surgido de la sombra agarró a mi padre y lo sujetó cual grilleta a la silla para recibir un último consejo. Con solo unos susurros cortos y precisos, Julio Ramón consiguió aplacar los ancestrales reflejos que movían a mi padre a la llamada del honor y de la sangre. Mi padre, investido de una nueva benevolencia, volvió a dirigirse al Mulas: Chaval, ¿a qué te dedicas?

El Mulas levantó la cabeza y miró a ambos lados, buscando las esquinas del paraíso, demandando una razón a la ausencia de sus muertos y a la sombra de su alma. Para su propio asombro, su cuerpo junto a su sempiterna ingratitud con la vida seguía entre nosotros.

Quiero ser piloto de aviones en el ejército, señor, dijo mientras se secaba los mocos con la manga de la chaqueta y trataba de recuperar la entereza. Mi padre suspiró. Pues sí que va a ser verdad que eres más tonto que Abundio, ¿tú sabes lo que hizo Abundio? No, señor. Vendió las zapatillas, para comprar las cordonerías. Muy tonto, sí. ¿Pero tú sabes leer, perillán? Malamente, señor, pero aprendo rápido, no se crea que soy *inalfabético*, dentro de poco me presentaré a las pruebas para entrar en la escuela de oficiales y de ahí a pilotar aviones de combate solo será cuestión de tiempo.

Mi padre se llevó una mano a la frente y resopló. Luego se dirigió a Julio Ramón con gesto de impotencia: ¿Pero tú lo estás viendo, Julio?, hay algunos que quieren ser catedráticos sin pasar por el catón. No te he preguntado lo que quieres ser, adoquín, añadió ahora mirando de frente al Mulas, porque si quieres estar cerca de la Valeria serás lo que a mí me dé la gana, supongo que hasta que llegues a general o coronel o lo que coño quieras dentro del ejército de aviación tendrás algún oficio que te dé *pal* manduque. Bueno, pues verá, señor, ayudo en la carpintería del pueblo, mi madre siempre dice que el trabajo *damnifica* al hombre y que más vale cántaro en mano que cientos volando o algo *asín*, eso es lo que dice.

Ese es un oficio honrado, sí señor, dictó mi padre palmeándose la pierna, ¿y qué sabes hacer con la madera? ¿Cómo, señor? Sí, dices que ayudas en la carpintería, ¿conoces los barnices que van bien a cada madera?, ¿manejas la sierra, la gubia, el cincel?, ¿conoces la densidad de cada tronco, su resistencia? Claro, señor, y la azuela, el acanalador, la garlopa. No, pelón, yo me refiero a utensilios que están más cerca del modelado de la madera, ¿sabes al menos desbastar, lijar, pulir, usar las mazas de tallista? Sí, claro, me gusta hacer pequeñas figuras de madera, aunque no se las enseño a nadie, bueno, la Valeria ha visto alguna, también las pinto con pinceles y con pigmentos que yo me hago según recetas y fórmulas de mi abuelo, pero eso se me da un poco mal si tengo que ser sincero, cada vez es más difícil encontrar según qué plantas y semillas por la sierra y a veces pierdo la paciencia.

Mi padre miró de reojo a Julio. Se diría que casi buscando su aprobación. Pero no había que conocerle mucho para saber que la mirada de mi padre estaba ya en la plenitud de su absolutismo. Así estuvimos un rato. A la espera de su

revelación providencial. Del tam-tam de los tambores de nuestro desastre.

De acuerdo, muchacho, dijo al fin espoleado por unas inaudibles campanas de júbilo, vamos a hacer lo siguiente: vas a salir danzando *pa* tu casa, vas a traerme alguna de esas piezas que dices que has hecho tú con la madera y después continuaremos hablando de negocios, ¿estamos? Estamos.

Pero, señor, con el debido respeto, ya le he dicho que no se las enseñe a nadie. Además, no veo qué tiene que ver...

No sé si fue el repentino orgullo con el que Jacinto trató de proteger su intimidad o la certeza de que nuestro padre tenía más ganas de montar la escopeta que de parlamentar con un retrasado, pero en ese momento Valeria recuperó su entereza de loba herida: ¿Pero a ti qué te pasa, idiota? Mi hermana avanzó hasta donde se encontraba su prometido y agarrándolo del brazo lo sacó de la casa a empujones.

Tu padre me está haciendo *maltrato simbólico*.

Mira, Jacinto, o traes esa porquería de figurillas de madera o seré yo la que le pediré a mi padre que te corte con su cuchillo esa cabeza de chorlito tuya.

El Mulas volvió a los pocos minutos con un saco que, por el ruido que hacía, se diría que estaba lleno de huesos. Julio Ramón se acercó hasta él y sin ningún tipo de consideración con sus secretos comenzó a sacar figuras de soldados, aviones, gárgolas, y lo que parecía el esbozo de una cara de mujer labrada en madera de tilo. El gigante puso especial interés en una talla coloreada de un diablillo sacando la lengua. ¿A esto le has dado color tú solo? Jacinto, el Mulas, se encogió de hombros. Julio Ramón miró a mi padre y asintió con una estocada de barbilla: Podría servirnos, trabaja limpio y parece que no tiene mucha imaginación.

Así sea pues, vociferó mi padre palmeándose de nuevo el regazo antes de ponerse en pie, todo sea por la felicidad de los hijos, no es eso lo que se dice, Jacinto, ¿verdad?, bien, ahora quiero que vayas a hablar con el carpintero y le digas que Andrés Pajuelo, tu futuro suegro, te ha dado un buen trabajo. Pero, don Andrés, con todos los respetos, ¿qué faena va a darme usted? No he terminado, muchacho, además de todo eso, vas a hacer el petate, mañana nos vamos, lejos, de viaje, unos días, ah, y ten esto muy presente: como vuelvas a hacerme una sola pregunta, aquí mi amigo Julio Ramón te arrancará el pescuezo como hace aquí mi señora con las gallinas viejas, te meterá el costillar bajo su brazo y con la otra mano te levantará el gaznate para que vuelvas a casa como pollo sin cabeza, ¿estamos? Estamos.



Y así hubo de hacerlo el muy bobalicón. Se fue a su casa con una sonrisa de caballo que nunca había conocido su cara, dispuesto a empacar cuanto tenía, porque Andrés Pajuelo ha vuelto de donde quiera que hubiera estado, madre, y me ha dado una labor de verdad, así que dejo la carpintería porque no solo me ha prometido riquezas con mi nueva faena, viajar por toda la sierra y enseñarme el nombre de las estrellas, sino que antes de que acabe este invierno que parece de vidrio y que a usted le agarrota las juntas del cuerpo, me dará su bendición para que despose a la Valeria, porque yo sé que ella me quiere, madre, y no solo porque me deja meterle la mano bajo la saya y mirarle las tetas, que eso lo hacen también otras que no me quieren como la Valeria, porque la Valeria lo hace con amor, que eso se nota, madre, bien lo sabe usted, y sí, madre, que yo creo que esta vez es la de la buena fortuna, que este es el camino para ser piloto de aviones de combate, que ya lo estoy viendo: volveré al pueblo lleno de medallas, de cruces, de condecoraciones, y todos dirán ahí va don Jacinto, comandante de aviación del ejército patrio, y usted estará tan orgullosa, y seguro que los chiquillos me pedirán que juegue con ellos a la pelota y las señoras que deje a la Valeria y me despose con sus hijas, y entonces me pasearé con la casaca y las distinciones y todos olvidarán cuando me robaron la ropa en el río y me la llenaron de chinches, o cuando me hicieron creer que aquella muchacha lozana estaba loquita por mí, y se acabarán las risas, las befas, la mala sangre, y nunca más tendrá usted que pasarme la mano por el cabello encharcado en sudor, ni consolarme cuando me desangro en lágrimas por las burlas del pueblo, ni ponerme emplastos, ni paños calientes en las piqueras que los niños me hacen mientras duermo, ni jabones de plomo o cataplasmas que me curen las heridas que yo mismo me abro por la ansiedad de estar solo, madre, porque me lo piden estas voces de mi cabeza para que lllore por algo tangible, por algo más fuerte que el amor que siento por la Valeria, por este rencor que no olvida, madre, que tiene una memoria de roca, que se me ha metido dentro y no es capaz de encontrar la puerta de salida.

Todo eso y más, bajó cantando el bueno de Jacinto, el Mulas, de camino a su casa, para que los fantasmas con los que se cruzaba se enteraran de que al fin había llegado al término de su malaventura.

En mi casa no hubo tanta dicha. Quedó un silencio de duelo que esta vez nadie tuvo el temple de quebrar. Valeria no quiso decir palabra. Se encerró en su cuarto y no hubo de salir en toda la noche a pesar de verla llena de camisas colgadas aquí y allá, grandes como velas de barco; a pesar de que habían pervertido su intimidad y de que era imposible caminar entre los utensilios de pintura; entre los cachivaches de hierro y madera y el resto de los enseres de ese

gigantón venido de Dios sabe dónde.

No hizo falta que nadie durmiera en el firme de la casa o que yo, como me temía, tuviera que compartir el camastro con Julio Ramón. Mi padre se lo llevó y no regresaron hasta la mañana siguiente con la noticia que todos conocíamos ya. Así que nos quedamos solos mi madre, Valeria y yo. Tal y como siempre habíamos estado en nuestra orfandad compartida. Pero algo había cambiado con respecto a los tiempos en que mi padre encarnaba solo una ilusión para mí y un mal recuerdo para mi madre: ya nadie cantaba en la casa.

Tú no quieres a ese hombre, Valeria, escuché gruñir desde mi cuarto, se ve en tus lágrimas de invención y en tu pulso cachazudo. Algo cavilas y no lo vas a conseguir.

Por el burlete de mi puerta podía distinguir la sombra de mi madre anclada en el pasillo. Llenita de mala idea. Provocaba a mi hermana para que saliera a dar razones. No tardó en conseguir su propósito. Valeria, con más facilidad de la que se le supone a una mujer dolida, entró en su juego de censuras sin tamiz.

¿Y usted qué ha de saber de eso, madre?, usted nunca ha sabido lo que es querer a un hombre, acaso cree que no vemos con qué odio mira a padre, con qué desgana, como si de verdad lo hubiera supuesto entre los muertos y hubiera vuelto para amargarle la vida. Y así ha sido, hija, pero soy yo la que se desea muerta. ¿Qué va a querer usted?, usted solo quiere martirizarnos la existencia como siempre ha hecho. Valeria, no sigas por ahí que no me va a temblar la mano para darte una guantada. ¿Por qué habría de callarme?, desde que padre ha vuelto se la ve más avinagrada, llena de tirria, muerta de odio, se cree acaso que no lo noto, agradecida debería estar de todo lo que padre ha hecho por nosotros. No me cambies de tema, Valeria, tú no quieres al Jacinto y todo esto me huele a carne quemada, dime, ¿qué quieres sacar de él?, ¿acaso crees que se va a hacer rico con esa majadería de los aviones?, aunque vivamos en la ruina y lo hayamos perdido todo, a ti al menos te queda el apellido, pero ese gurrumino, ese lameplatos, siempre ha sido más pobre que un ratón de iglesia, si hasta dicen que su familia engañaba al ganado con papeles y periódicos untados en grasa porque no tenían qué darle *pa'* embuchar el lomo, ¿acaso quieres que le contemos a tu padre lo que hiciste en cuanto lo encarcelaron?, ¿más deshonra quieres traer a la familia de la que ya trajiste cuando te quedaste preñada siendo no más que una niña?, ¿más aún?

Valeria, ahora sí, se giró, incapaz de soportarle las amenazas a nuestra madre.

No me venga con esas, madre, demasiado he llorado ya durante todos estos

años por ese hijo muerto que usted me arrancó de mis entrañas, entonces se salió con la suya, pero ahora usted ya no es nadie para decidir a quién quiero o a quién no, cuénteles a padre lo que le venga en gana.

Pero mi madre hacía rato que no escuchaba más que su propia hiel, transportada a un tiempo que yo no recuerdo en el que madre e hija debieron derribarse a zarpazos, cegadas por un rencor inclemente que nada ni nadie sería capaz de enderezar.

Ahora lo veo claro, Valeria, já-já, qué vas a querer a esa zarría de hombre, tú solo quieres amargarme la existencia a mí, acaso crees que no sé quién ensucia de lodo las ropas tendidas, quién llena de termitas las vigas y los maderos, quién me susurra al oído mientras duermo, no lo diré por no buscarte la condenación, pero ahora escucha esto bien, sangre de mi sangre, si no cuento a gritos en la plaza del pueblo lo que sé, es por el amor que os tengo, solo te diré que tu padre lleva el mal consigo.

Espoleada por un oculto hierro candente, Valeria recuperó su porte de animal selvático. Echa una furia, con los ojos anegados, amenazó con un golpe de mandíbula, segura de que nada que pudiera decirle su madre podría siquiera tambalear la devoción que sentía por nuestro padre: Hable, madre, hable, que ahora solo está la hija de ese mal delante suyo, ¿no será que es usted la que acarrea la maldad en su alma?, amarnos dice..., dígame entonces, sangre de mi sangre, ¿era amor lo que la llevó a lanzar por el pozo del patio a ese hijo mío que nació muerto sin ni siquiera darle bautizo?

Bien sabes, Valeria, que había sido engendrado en pecado, y en pecado tenía que ser sepultado, nadie debía saber de tu embarazo, ni el cura ni nadie, sí, hija, por el amor que te tenía había que librarse de aquella criatura aberrante.

¿Amor?, madre, ¿era amor lo que la llevó a ni tan siquiera dejarme verlo por sus malformaciones?, ¿a no permitir que su madre le diera un beso de despedida?, a mi propio hijo, tiempo le faltó para arrancarme todo a base de mentiras cuando padre hubo de irse, mientras me veía llorar noche tras noche porque se me quebraba el pecho de dolor, a mí, a la sangre de su sangre, pues si es su sangre la que llevo, bien ha de saber hasta dónde soy capaz de odiar, hable, madre, hable pues, cuénteles todo eso a padre si tiene redaños.

Mi madre fue a decir algo, pero calló. De nuevo trató de hablar, pero se detuvo con la boca a medio abrir. Se ajustó el vestido a la cintura, colocó sus pechos desprendidos y el mechón de pelo que le tapaba media cara, y se marchó a fregar la loza en silencio.



# خامس

## S

alimos del pueblo antes de que amaneciera. La madrugada era tibia y el aire estaba saturado de un silencio antiguo y tenue. Ese mutismo secular que solo se escucha ya en el vacío de las catedrales o en los lugares que el hombre no ha tocado. En las heridas de las tapias crecían retoños de algas melifluas, adelfas que las viejas usaban para curar la tiña, y torviscos, también llamados matagallinas, para el mal de ojo. Los olivos, endrinos y espartos aparecían nevados por el rocío, ajenos a los incendios estivales que a buen seguro acabarían con muchos de ellos tal y como hacía la grafiosis con los olmos. A pesar de la grumosa humedad y de los malos presagios, aquella mañana sentí el escozor salobre de un nuevo entusiasmo.

No sabía adónde nos dirigíamos. Por la cantidad de ropa y víveres que me habían hecho empacar, intuía que íbamos a estar unos cuantos días fuera del pueblo. Mi padre y Julio Ramón me llevaron hasta un camino pecuario a la entrada de una finca de caza, ubicado a unos veinte minutos a pie de nuestra casa. Allí nos esperaban mi hermano Matías y el Mulas junto a dos furgonetas blancas con el motor encendido. Nos saludamos con un gesto de cabeza. Jacinto y el gigante Ortega comenzaron a cargar fardos en la parte trasera de uno de los vehículos mientras mi hermano extendía un mapa sobre la luna delantera.

¿Sabes adónde vamos?

Mi padre me habló sin mirarme, con el tono de voz ajustado para mantener la confidencialidad de la conversación. Era la primera vez desde su regreso a las leyes de la vida en que se colocaba junto a mí con intenciones de mantener un diálogo. Por unos instantes dudé incluso de que yo fuera el destinatario de su mensaje. Contesté al borde de las lágrimas. Sin saber muy bien el motivo.

No sé adónde vamos, pero sí sé lo que vamos a hacer.

Me temblaban los labios, pero no lloré. Mi hermana Valeria me había

enseñado que al contrario de lo que se dice, los hombres sí que lloran, pero es algo que debe quedar entre ellos y el bosque. Nada más. Tal vez sea por eso que el Mulas siempre andaba solo entre los ramajes y las arboledas.

¿Y qué crees que vamos a hacer?, preguntó mi padre exhalando el humo de un cigarrillo hacia el cielo como si quisiera comprobar la dirección del viento con aquellos ojos de tirano insaciable con los que mantenía quietas hasta las nubes.

Casi a modo de admonición, le dije a mi padre que conocía nuestro propósito, que íbamos a robar iglesias.

Vaya, rio, veo que a nuestro amigo grandullón le gusta irse de la lengua. No vamos a robar, Cirilo, nosotros no somos ladrones ni cortabolsas, somos hombres de negocios y amantes del arte, pero sobre todo somos buscadores de tesoros.

Mi padre ahora sí me miró y me guiñó un ojo. Y aunque yo ya sabía lo que era tener padre, por primera vez sentí lo que era ser un hijo.

Sí, eso también lo dijo Julio Ramón, añadió, pero yo creo que vamos a robar.

Mira, hijo, nunca te apresures en el juicio ni te conformes con las primeras impresiones. Todo tiene dos caras y es difícil separar lo que es de lo que no es. Nosotros recibimos encargos, los llevamos a cabo, entregamos la mercancía y cobramos, entretanto buscamos tesoros escondidos desde hace muchos años: tesoros de piratas, de moros y de duendes.

Ya.

Te puedo asegurar que nadie sale dañado ni le vamos a quitar nada a nadie, vamos a recoger piezas desatendidas, que se están estropeando y que pronto se perderán si no las rescatamos. Luego las restauramos y se las entregamos a alguien que las atenderá como Dios manda, ¿estamos?

La explicación no terminaba de convencerme. Los ojos de mi padre brillaban como una hoja de navaja. Sus silencios eran barricadas y su voz el arma arrojadiza del que se sabe dueño de todo su poder. Le pregunté por mi cometido. De momento aprender, respondió con toda su ferocidad, no hay nada en la vida que cause tanto regocijo como aprender, es lo único que te llevarás de esta vida y que te hará distinto a todos los demás. Te pasarás tus días aprendiendo más cosas de las que hubieras creído posible pero no tantas como te hubiera gustado aprender.

Y yo no supe si esto era un consejo de padre u otra orden de déspota sin razón o tribunal.

Sucedió entonces. Mi padre me miró. Y vio a su hijo. Y se sintió más viejo que Dios. Advirtió el peso del tiempo y padeció por unos segundos la desdicha de ser mortal. Aún hoy desconozco lo que buscaba en mí con aquella mirada ladina y correosa. Sonrió. Yo aparté la mirada y traté de toser.

No sabía muy bien qué más preguntar, de manera que cambié de conversación ante el miedo a que mi padre se desilusionara por mi poca claridad de juicio. Había pasado toda mi vida lejos de aquel hombre que debería antojármese extraño, pero por alguna razón que no daba en comprender ahora no quería apartarme de su lado.

¿Y qué hace este aquí?, pregunté apuntando a Jacinto, el Mulas.

Bueno, hijo, el tontuelo este va a casarse con tu hermana, así que es bueno que vaya conociendo el negocio familiar, como tú. Esta es una profesión en la que es necesario ser aprendiz durante mucho tiempo, trabajar en equipo, con hombres de confianza, que nunca, me oyes, nunca te traicionen. Mi padre dejó de escudriñar el clima para quitar su recién estrenada expresión de indulgencia y hacerme saber de nuevo que él era el árbitro de nuestros destinos. No hay nada peor que la traición, Cirilo, repítelo.

¿Cómo?

Repite que no hay nada peor que la traición.

No me gustaba que mi padre me tratara como a un niño y menos aún que yo mismo me estuviera comportando como tal. Pero accedí. No hay nada peor que la traición, mascullé alargando las sílabas.

Así me gusta.

¿Y solo por eso le vas a dejar casarse con Valeria?

Mira, Cirilo, yo solo trabajo con hombres casados cuyas mujeres sepan de qué va el negocio. No quiero que mis hombres tengan que estar continuamente llamando a sus queridas para dar explicaciones de por qué pasan la noche fuera, ¿comprendes?, bueno, ya lo entenderás. De todos modos, antes de la boda entre Valeria y el *atolondrao* ese habrá mucha tela que rasgar.

Mi padre juzgó que la conversación había terminado. Me golpeó la espalda y fue a tomar el hilo de la discusión que mantenían Matías y Julio sobre la ruta a seguir.

Al cabo de unos minutos subimos a las furgonetas. Al ver que mi hermano Matías se sentaba delante de una de ellas para ir junto a mi padre, me di candela en hacer lo propio dentro de la que iba a conducir Julio Ramón. Matías sabía de

la adoración que el Mulas le profesaba, así que se apresuró a mandarle con nosotros para tenerlo lejos. Que se vaya con vosotros, me susurró, este tío huele raro. Julio Ramón, por no discutir, hizo gala de su facilidad para encontrar el lado positivo a cada situación y le indicó a Jacinto, el Mulas, que en la parte trasera tenía un colchón y varios almohadones donde poder descansar. Estupendo, dispuso con una gran sonrisa de chimpancé, como el Marqués de York que voy a dormir, si mi madre me viera...

Salimos a la carretera. Pronto yo también me quedé dormido entre los enfebrecidos bisbiseos del Mulas. Cuando desperté, los encinares habían desaparecido dejando su espacio a praderas verdes salpicadas de bancos de niebla como ovejas monumentales. Julio Ramón emitía un aviento de fuelle oxidado que había llenado el habitáculo de un olor a carne requemada. El Mulas también estaba despierto, o eso intuía yo, pues cuando giré la cabeza me miró con aquel párpado caído de bandolero que me hacía sentir una repugnancia difícil de precisar.

Por la posición del sol calculé que habríamos viajado unas dos horas. Tomamos una salida por un camino inexistente y bajamos de la furgoneta en un cementerio asediado por un torrente de urracas y hongos que abrigaban las fachadas de los panteones. A pesar de que era plenamente de día, la atmósfera que se respiraba era gris y turbia, como si el aire se hubiera empastado por la exhalación de todos los muertos que había bajo nuestros pies. Parece que estamos debajo del agua, musité. El gigante Ortega escuchó mi reflexión y la celebró con una sonrisa y una palmada en mi espalda que casi me parte el costillar: Si ya te dije yo que tienes nombre de patriarca de Alejandría.

Al final de un caminito de tierra apareció una iglesia de piedra bastante mayor a la del pueblo, no solo en altura sino también por las tres plantas que desde fuera podían intuirse. Una figura esperaba en el pórtico. Vestía una larga túnica marrón y la cogulla le ensombrecía el rostro.

Julio Ramón se cargó la mochila al hombro, pasó junto al hombre que parecía una estatua de piedra más del camposanto, y desapareció en el interior de la iglesia. Mi padre se situó junto al fraile y lo apretó de los brazos como hacen los adultos con los niños cuando estos tienen frío.

A los pocos minutos, Julio Ramón salió del templo frotándose las manos. La policromía está bastante deteriorada, expuso sin un destinatario concreto, puede que haya que sustituir alguna de las láminas de pan de oro y lijar por completo partes perdidas. ¿Algo más?, preguntó mi padre con una ansiedad recién descubierta. En cuanto al retablo poco puede hacerse, continuó el gigante



sin hacer caso a las órdenes de mi padre, creo que si tratamos de desmontarlo la mitad de las piezas se nos desharán en las manos. Ya sabes a lo que me refiero, Julio, coño, ¿la has visto? Sí, claro, también hay unos cuantos arcones y muebles de época. Eso no me interesa, lo importante es la Virgen, hostia, que pareces nuevo, ¿estábamos en lo cierto?

Una Virgen. De nuevo todas las obsesiones de mi padre se concentraban en la talla de una Virgen. Además, debía de tratarse de una talla muy concreta si nos había obligado a conducir tres horas para llegar hasta allí. Julio Ramón resopló, presintiendo la furia que con su mensaje iba a liberar: Parece que a pesar de la humedad y alguna maca se ha mantenido a salvo de los xilófagos, creo que puedo devolverla al siglo XIV, nos hemos equivocado, Andrés, la Virgen está de pie y no tiene nada de románica, es claramente gótica, pero muy valiosa, una pieza única a mi modo de ver.

Mi padre se revolvió por la información del gigante. Se llenó de ira, y en su ira cabíamos todos. Una ira de tantos años como años tiene el mundo.

Se alejó del grupo, apoyó la mano en un árbol y fumó con calma, buscando el origen de su imposible error. Al fin dispuso que cargásemos en las furgonetas el material apartado. Mi hermano golpeó en la nuca a Jacinto dándole a entender que él se encargaría de hacer todo el trabajo. Ciertamente no imaginaba al distinguido Matías, futuro adalid de un peronismo mal entendido, agachando el lomo como un vulgar peón. Jacinto, el Mulas, en lugar de sentirse ofendido por el trato, pareció alegrarse de ser útil por fin.

Andrés, insistió Julio Ramón, hay unos tapices, unos portones y una serie de muebles que se van a hacer polvo en poco tiempo, creo que podría...

Nada de eso, zanjó mi padre, apunta lo que creas de interés, pero ahora no tenemos espacio para obras de caridad, el encargo es el encargo.

Por primera vez, desde que metió su hercúlea cabeza por la contrapuerta de mi casa, a Julio Ramón se le borró la línea cuarto menguante de sus labios. No había duda de que le había disgustado el tono con el que mi padre se había dirigido a él.

Las cosas no funcionan así, Andrés, le dijo con una serenidad que no tenía, nada de órdenes. La situación ha cambiado, Julio, hostias, no perdamos más el tiempo. No, no ha cambiado, tú tendrás tus fines y empeños, pero la ayuda ha de ser recíproca, creo que este punto había quedado bien claro.

El fraile que nos había recibido retrocedió medroso ante la nueva firmeza del gigante Ortega. Mi padre pareció dudar unos instantes de su legitimidad en la

toma de decisiones sin más norma que su voluntad, pero enderezándose se recuperó del sobresalto. El encargo es el encargo, remató con los dientes apretados como si no hubiera más verdad posible bajo el cielo, ya volveremos si es necesario, Julio, aún nos quedan sitios que visitar, en las furgonetas no entra todo, si de verdad crees que hay buen material para rescatar volveremos cuando todo haya terminado, coge la Virgen gótica si te parece, de momento no podemos hacer más. Oye, Andrés, no... Coño, Julio, cuentas con mi palabra, ¿estamos? Claro, estamos, Andrés, estamos. Bien, de todos modos, voy a asegurarme, no me fio de estos curatos, en un rato vuelvo y picamos la espuela, no quiero que se haga tarde y tener que dar explicaciones cuando nos encuentre aquí medio pueblo, en cuanto suba quiero que esté todo listo y las facturas en regla.

Mi padre caminó hacia el altar mayor con su trote de pezuña y como si conociera la iglesia mejor que el propio maestro de obras, apartó un gran cortinaje y se introdujo en una puerta escondida en la piedra.

Algo pálido por el fugaz encontronazo, le pregunté a Julio Ramón adonde se dirigía mi padre. El gigante todavía enfurecido y con la mirada puesta en el hueco que había dejado el implacable volumen de mi padre en el aire, me contestó que había ido a buscar reliquias.

¿Reliquias?, vaya, eso es algo viejo.

Julio Ramón recuperó pronto el sosiego de los que están en paz consigo mismo y soltó de nuevo su lengua más de lo que a mi padre le habría gustado. Una reliquia, explicó, viene a ser cualquier parte del cuerpo de un santo o cualquier objeto que haya tocado este cuerpo, aunque esta sería una definición un tanto sesgada.

La voz de Julio Ramón volvía a ser suave y segura, así que me atreví a apuntarle que en mi familia desde hacía muchos años nadie iba a misa ni cumplía con los sacramentos. Bueno, no hace falta ser creyente para apreciar ciertas cosas, precisó él.

Lo que no entiendo es por qué si son cosas tan sagradas se guardan en lugares tan ruinosos, lóbregos e inaccesibles como este.

Julio Ramón me pasó entonces la mano por el hombro y me acompañó a sentarme junto a él en un poyo de piedra situado junto al atrio a fin de alimentar una vez más mis escaseces históricas:

La Iglesia en un concilio celebrado hace más de mil años prohibió a todos los obispos y cardenales erigir o consagrar un templo si en él no se habían

encontrado o traído reliquias sagradas. Pero una ciudad solo podía prosperar con el reclamo de los fieles que venían a adorar sus reliquias y aquí es donde comienza lo más hechizante de la historia. Puedes imaginarte el desmadre en que a partir de entonces se convirtió esto. La Iglesia sin darse cuenta había inventado el oficio de falsificador.

Los miembros de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo fueron los que más objetos de devoción trajeron desde Tierra Santa. Pero todos los miembros mutilados de hombres venerables, santos cálices, tallas con propiedades milagrosas, o el mayor surtido de tesoros sacros extraídos de catacumbas profanadas por estos Cruzados no eran suficientes para cubrir la demanda de ciudades y mercados que querían florecer al amparo de una gran catedral. Así, la avaricia creó el negocio, como siempre viene a suceder. Y aunque hubo papas como san Gregorio y otros hombres con más sesera como san Agustín que hicieron ímprobos esfuerzos por evitar y denunciar a los impostores, la industria de compra y venta de reliquias ya era la más lucrativa de toda la Edad Media. Los clientes iban desde pequeños comerciantes con ganas de prosperar, hasta la alta nobleza, monarcas e incluso papas.

En este momento interrumpí la lección del gigante para preguntar con un revoltijo de miedos y entusiasmos si lo que buscábamos eran objetos mágicos capaces de hacer todo tipo de milagros.

Lo más importante, patriarca de Alejandría, no es el porqué de las reliquias, si hacen milagros o no, si son reales o inventadas por la imaginación de los fieles. Eso qué narices importa, lo trascendente es lo que se genera en torno de la santa reliquia.

Sin duda Julio Ramón disfrutaba con aquellas historias tanto como yo. De nuevo sentí envidia de aquel fortachón que parecía conocer una moraleja de cuento persa para todas las dudas de este mundo.

El fin, es decir, el lugar de culto con su imaginería, justifica la más absurda de las reliquias. La variedad de cuerpos prodigiosos y objetos de culto de dulía, hiperdulía o de lo que el sursuncorda tenga a bien imaginar es tan interminable como ridícula. A saber: un estornudo del Espíritu Santo embotellado; las piedras con las que lapidaron a san Onésimo; la sandalia del pie derecho de san Pedro; la mano incorrupta de santa Teresa; cerca de medio centenar de dedos de Juan el Bautista; el suspiro de san José cuando se enteró de que era un cornudo, las plumas que se le cayeron al arcángel Gabriel tras la pelotera que tuvo con el susodicho cornúpeta; gotas de leche de la Virgen María, su lengua y hasta su hígado.

Pero Julio, interrumpí, siempre nos han dicho que la Virgen subió en cuerpo y alma a los cielos.

Y así es, amigo, artículo de fe.

Pues cada vez entiendo menos.

Escucha, Cirilo, la Iglesia nos dice que el amor es el motor del mundo, pero mucho más fuerte que el amor, enormemente más intenso y omnipresente es el miedo. Claro. El miedo lo cubre todo con su velo de prejuicios, manías, caprichos, ciega el ánimo como una noche sin estrellas ni luna. El miedo, querido patriarca de Alejandría, es lo que tenía en mente Dios cuando se sentó a inventar lo más terrible. El peor castigo para el hombre. El miedo es la energía más destructiva con la que te encontrarás en la vida. Todos tenemos que hacerle frente en algún momento, te lo aseguro, y lo que hagas en ese escenario determinará cuanto eres y serás.

Julio Ramón hizo una pausa para ver si mi padre había regresado ya a la nave central de la iglesia. Al momento se giró y me habló más cerca todavía, tal que si fuera un sacerdote en confesión. Su aliento era cálido y olía a niebla y a humo.

Ese miedo es una fuerza imperecedera y silenciosa. La Iglesia lo ha sabido muy bien desde que san Pablo tuvo la feliz idea de cristianizar el mundo y comenzar el negocio. En su desesperación el hombre puede caminar hasta el precipicio, pero si escuchas que alguien se curó porque caminó sobre piedras candentes, bebió sangre de un chacal o peregrinó hasta el lugar donde tienen guardado el primer pañal de Jesucristo, pues vas donde sea menester y te arrodillas sobre abrojos, y si es preciso besas tan ilustre candonga para recibir su amparo y salvarte, para ponerle una mordaza al miedo y poder seguir en ese simulacro de felicidad que es la ignorancia y el delegar tu destino en otros. De este modo te vuelves frágil y maleable. Nuestras creencias son así de carroñeras.

¿Tienen guardado un pañal de Jesucristo?

Y tres cordones umbilicales, una paja del pesebre donde nació, pelos de la mula y el buey, y casi medio millar de dientes de leche. No acaba ahí la cosa. La Santa Madre Iglesia, en su infinita bondad, te presta la coyuntura para venerar y postrarte ante la cola del pollino que llevó a Cristo hasta Jerusalén; el lienzo con el que secó los pies de los apóstoles; un par de manteles, migas de pan y fragmentos de la mesa en la que se sirvió la Última Cena. Bendito sea el Señor, sonrió el gigante mientras apoyaba la cabeza en el muro, si todo lo que se cuenta que pasó en esa cena es cierto, debieron de estar comiendo durante meses sin ni siquiera levantarse para mear. Hay más de media docena de ejemplares del santo

grial. Existen unas ochocientas espinas de la corona que llevó Jesús, tres ejemplares de la lanza que atravesó su costado, medio centenar de santos sudarios, astillas de la Vera Cruz para llenar un aserradero, y hasta espinas de pescado asado y migollos del pastel de miel que Nuestro Señor comió con sus discípulos cuando se les apareció después de resucitar. Y lo más importante de todo, hay gente con mucho dinero y con aún más miedos dispuesta a pagar por todo eso.

Julio Ramón soltó entonces una risa aparentada y reprobatoria que yo aproveché para preguntar por las razones por las que mi padre se había enfurecido tanto hacía unos momentos.

Tu padre busca hacerse rico, y haceros ricos a vosotros. Tu padre busca las tres Vírgenes negras que talló san Lucas evangelista. Bueno, en realidad busca solo una, pues, de las tres Vírgenes, una está en nuestro poder desde hace muchos años y la otra no hace falta que te diga que es la de la ermita del pueblo. Según cuenta la tradición, se dice que este apóstol es el pintor de la Virgen y por lo tanto sus obras son las más cercanas a la realidad. Todo falso, por supuesto, pues ni san Lucas fue pintor, ni escultor, y de haber conocido a María, cosa más que improbable, esta ya tendría que ser muy anciana. Pero como acabo de explicarte, eso es lo de menos. De todas maneras, mi parte en esta historia es otra.

La duda que me quedaba entonces era saber por qué buscábamos esas tres Vírgenes y no otras. Además, estaba seguro de que Julio Ramón no renunciaría a contar una buena historia, aunque fuera a costa de revelar un secreto. Solo hacía falta insistir un poco para que se sincerara. No pudo, sin embargo, seguir con la enumeración de relicarios, tecas, tahalís y objetos absurdos custodiados en ermitas de todo el planeta. La risa se le cortó de golpe cuando mi padre apareció de nuevo para indicarnos que había llegado el momento de marcharse de allí.

Habrá que seguir buscando. Terminad de cargar lo demás y nos vamos. No me gusta este sitio.

# سادِس

## J

acinto, el Mulas, ya había empacado la talla de la Virgen gótica que íbamos a llevarnos, así como las cuatro o cinco piezas de pequeño tamaño que Julio Ramón había estimado dignas de ser restauradas y que mi padre no se atrevió a prohibirle.

Antes de irnos, mi padre se dirigió de nuevo al fraile encapuchado. Aquí tiene lo estipulado, le dijo al tiempo que introducía un pliego en su bolsillo, espero que la factura esté en regla, no quiero problemas si la Guardia Civil nos da el alto, ni quiero tener que volver por aquí a pedir cuentas, ¿estamos?

Ese fue el momento en que comprobé que el fraile no llevaba la cogulla de hábito pasada para ocultar el rostro sino acaso para velar sus lágrimas. Julio Ramón intervino presto a fin de calmar su aflicción pues sin duda tenía más destreza que mi padre para estas urgencias del alma. Le aseguró que no debía preocuparse, que la Virgen gótica iba a estar en buenas manos, ya verá, que allí habría terminado por pudrirse, que ni usted ni yo queremos eso, que coja el dinero y contrate a un buen restaurador que le deje este retablo como recién tallado, que le devuelva la magia de los colores. Hágame caso, padre, sus feligreses se lo agradecerán.

Aquella misma mañana nos detuvimos en otras tres ermitas para realizar trabajos similares. En todo momento me mantuve junto a Julio Ramón para que me instruyera en el perturbador mundo del arte sacro, en los secretos que acechan en cada detalle, en cómo distinguir una pieza gótica de una románica, en la savia que los artistas se dejaban en cada talla y en cada cuadro. Me causaba una fascinación indescriptible ver el mimo con el que el gigante manejaba las piezas de arte. Las acariciaba. Las auscultaba con una lupa. Las acicalaba con su pañuelo. Pero, sobre todo, hablaba con ellas. Les decía que estuvieran tranquilas. Que él cuidaría de ellas. Que cuando hubiera terminado de devolverles la belleza que nunca debieron perder, las llevaría a un lugar donde los fieles las colmarían

de agasajos y prebendas, de rezos, de lágrimas y de saetas.

No recuerdo cuántos cristos, cuadros, piezas de madera, vigas, cálices y baúles, llegamos a empacar y cargar en las furgonetas en un solo día. Pero sí recuerdo que en todas las paradas buscábamos una de aquellas misteriosas Vírgenes negras que en nada se parecían a la idea que yo tenía de la Madre de Dios, y que guardaban arcanos y leyendas sobre el modo en que fueron encontradas. Mi padre las conocía todas: unas aparecieron en árboles en llamas, otras llamaron con sus lamentos a peregrinos para que las desenterraran o las sacaran de los tabiques en las que fueron emparedadas, y no faltan los que aseguran haber recibido algún tipo de señal divina que marcaba el lugar donde debían escavar. Pero ninguna era la que él buscaba.

Todas las historias guardan algo en común, Cirilo, me explicó mi padre animado a su vez por mi entusiasmo, la Virgen negra solo aparece cuando ella desea ser encontrada, ella es la que elige a quién y cómo aparecerse.

Mi padre suspiró entonces y arrojó el resto de manzana que le quedaba en la mano como si en verdad en esta última aseveración se escondiera el sacramento de su fracaso.

Cada negocio terminaba cuando mi padre le pedía al capellán una factura por la compra. Los rostros de los sacerdotes que vendían las joyas de su congregación eran de lo más variado: muchos se relamían de gusto al ver el dinero, otros lo tomaban como si nos estuvieran haciendo un favor, y no faltaban los que contaban los billetes una y otra vez como si fueran estampitas. Solo uno se negó a aceptar el pago aduciendo que la suma ofrecida por la mercancía no alcanzaba ni la mitad de su valor real. Mi padre, con unas dotes de negociador que ya hubiese querido para mí, convenció al párroco de que el retablo en cuestión no valía ni para hacer astillas, que la carcoma lo estaba devorando y que costaría más restaurarlo que el precio efectivo del mismo. El hombre accedió a la venta y mi padre le sacó además unos candelabros góticos con pie de león y unas alfombras llenas de chinches.

Ya comenzaba a oscurecer cuando llegamos frente a unas columnas blancas de piedra inclinadas por las raíces que crecían bajo ellas a su antojo. Se trataba de un emplazamiento que un forastero jamás sería capaz de encontrar. Pero mi padre sabía bien adónde se dirigía. Claro que lo sabía. En un momento dado, el camino se estrechó tanto que se hizo imposible continuar. Detuvimos la furgoneta junto a un caserón sepultado entre la arboleda. A Jacinto, el Mulas, y a mí nos asignaron la tarea de sacar los macutos y lo hicimos sin una mala palabra. Por la manera en que la dueña de la casa nos recibió no debía de ser la primera

vez que mi padre hacía noche allí. Era una señora gorda y repintada con una paleta de colores digna de las aves trepadoras que había visto en láminas de la escuela. La mujer reía constantemente con un carcajeo de cotorra capaz de abrir las flores y la tierra. La casa era grande, de al menos dos pisos con buhardillas y con un patio central empedrado de planta cuadrangular. Todo en aquel espacio respiraba por y para los centenares de macetas con hortensias y dondiegos ubicadas en lugares imposibles de tapias y barandillas. El olor era tan espeso y el ambiente tan húmedo que de inmediato sentí un fuerte dolor en el interior de los ojos.

La señora de la casa salió relamiéndose como un gato. ¿Quién será el primero?, preguntó con los brazos en jarra y una corona de penachos de plumas sobre la cabeza. Mi padre se acercó y le dio un beso en la mejilla. Aquí tienes a mis chicos, Engracia, puedes hacer con ellos lo que te venga en gana, pero al cantimpla con cara de conejo me lo dejas tranquilo, yo voy a acostarme, tengo la espalda molida, mañana por la mañana te enseñaré las cosas que he encontrado para ti, estoy seguro de que quedarás muy satisfecha.

La señora Engracia se acercó sin ningún tipo de decoro y me agarró la entrepierna como hacen los criadores con los caballos. Más por instinto que por vergüenza me aparté de aquel leviatán fabuloso con facciones de mujer. Mi incomodidad al sentir que una extraña que podía ser mi abuela me palpaba de aquel modo tan obsceno pareció hacerle aún más gracia. Vaya, vaya, río de nuevo, un polluelo nuevo en el nido.

Supliqué a Matías que me ayudara a salir de aquella situación tan embarazosa, pero, tal y como esperaba, mi hermano no me hizo ningún caso y se limitó a seguir fumando sentado sobre el pilón de la fuente.

Si va a ser verdad que no sabes nada de alegrías del cuerpo, continuó el monstruo marino levantando las aletas. Mira, palomita, Andrés Pajuelo perdió su candidez como debe hacerse, a los trece años, borracho y de la mano de su padre en el burdel de la señora Engracia. Fue la propia comadre, es decir, yo, la que tuve el honor de iniciarle, lo mismo hice con su padre y con el padre de su padre. Podría decirse que se ha convertido en una especie de tradición familiar. A Matías no fue necesario hacerle beber una botella de orujo, ya venía puesto de casa. Ebrio cual lagartija, me montó como a una burra. Parecía que ya acudía aprendido, verdad, canalla.

Como supe después, la señora Engracia era famosa en toda la sierra. Conocía todos los embelecos para satisfacer a los hombres y daba lecciones privadas a mujeres de los pueblos aledaños para superar con dignidad la noche



de bodas, o para aquellas que, momificadas dentro de un pijama matapasiones agujereado para el trato carnal, se habían aburrido de arrellanarse con sus maridos. Pero no solo entendía de asuntos licenciosos, también era una de las mejores clientas de mi padre. Al parecer, en aquel palacio de vicio y libertinaje había una pequeña capilla llena de altares con baldas atiborradas de relicarios con forma de brazos o bustos parlantes con los que la señora Engracia pretendía superar la colección de Felipe II en el Monasterio de El Escorial donde, según cuentan, el monarca llegó a acumular trescientos seis brazos y ciento cuatro cabezas de santos. De ser así, y siguiendo la teoría de Julio Ramón, Felipe II debió de ser un hombre muy asustado.

Mientras la vieja me empujaba por el cogote como tantas veces he visto hacer a los lobos cuando agarran el pellejo de sus presas con las mandíbulas, busqué ayuda en la única persona que conocía con fuerza suficiente para salvarme de la señora Engracia. Matías se arreglaba el bigote en un espejo de mano cuando vio mi pálido reflejo. Tu amigo ha decidido dormir fuera esta noche, me dijo divertido, no te preocupes, hermano, Julio ya venía preparado para eso. Vaya, vaya, ¿no lo sabes?, continuó mi hermano satisfecho, el gigantón no quiere dormir aquí dentro porque esto es una casa de putas, y él es sacerdote.

Y con esa mueca de dientes incisivos que tanto me desagradaba, añadió: Prepárate, Cirilo, que la Engracia te va a hacer ver las estrellas.

Aquella mujer sabía muy bien la amplitud de su arte. Me encerró en sus mazmorras y allí, a base de aromas y brebajes, me hundí en una inconsciencia senil que aún hoy me llena el estómago de jabón y me hace sentir ganas de volver a buscar el laberinto de floresta que lleva a esa mansión tapizada de buganvillas y pájaros de colores.

# سابع

## D

esperté todavía en el remanso efímero de la felicidad, pero pronto me vi chapoteando junto al cuerpo de ballena varada de la señora Engracia. La mezcla de olores y recuerdos me devolvió de un modo atropellado a la realidad más lánguida.

Todo regreso está cargado de angustia.

No sabía qué hacer. Con una serie de movimientos desordenados de pies y manos, logré liberarme de la cárcel de su carne y salir de la habitación. En el patio, cercados por geranios y madreselvas, mi padre y mi hermano desayunaban tranquilamente un par de rebanadas de pan frito con aceite como terratenientes caribeños. Sentí pánico ante la aniquilación en forma de bromas que me esperaba. Para mi asombro, nadie parecía sensible a mi desgracia. Mi padre estaba más ocupado en gestionar con mi hermano los pasos a dar en los próximos días. Cuando me vio, terminó de un sorbo la taza de café, me miró de arriba abajo y se limpió el fino bigote con la manga de la chaqueta.

Matías y yo nos iremos en una de las furgonetas.

¿Adónde vais?

Mi padre me lanzó la yerta mirada del que no está acostumbrado a ser interrumpido sin castigo.

A terminar el trabajo, sentenció. Vosotros os llevaréis las piezas que haya que restaurar y nosotros todo aquello que pueda venderse tal cual está. Los artículos que va a comprar Engracia ya están sacados. A la vuelta repartiremos los beneficios.

Insensible a mis demandas para acompañarle, mi padre siguió prescribiendo mandatos: El bambarria ese y tú iréis con Julio Ramón en el otro vehículo, haréis todo lo que él os diga. Mientras que yo no esté, él será el jefe. Y dilapidando a

Jacinto, que en ese momento entraba en el patio ocupado en limpiarse las legañas, sentenció: Mearéis cuando Julio Ramón os diga, comeréis cuando Julio Ramón os diga y hablaréis cuando Julio Ramón os diga, ¿estamos? Estamos. Id a asearos. En la cocina hay café. Quiero veros en la entrada en menos de veinte minutos.

Dudé si tantear sus propósitos e insistir en mi deseo de ir con ellos. Después de todo yo también era miembro de la familia. Además, ¿qué pintaba yo junto al gigante y el prometido de mi hermana? Por otro lado, tenía muchos interrogantes en la cabeza que me urgía resolver y sabía que sería mucho más fácil obtener resultados del gigantón. Mi padre hablaba cuando quería y como quería. Y en el fondo me gustaba ese despotismo en busca del bien común. Por aquel entonces lo que más deseaba era llegar a disponer algún día de aquella firmeza y apostura que desprendía mi padre en cada uno de sus ademanes. Aún no sabía que el peaje para llegar a semejante estado de lucidez y desapego afectivo con las realidades ajenas era demasiado elevado como para pagarlo voluntariamente. Supongo que cuando uno tiene la edad que yo tenía entonces los inconvenientes para cumplir una ambición no existen. Sencillamente si quieres algo lo intentas.

Tras una catalogación que nos llevó buena parte de la mañana, cargamos las furgonetas con lo que cada cual debía llevarse y nos despedimos en la puerta de la casona con la promesa de vernos en tres semanas de vuelta en el pueblo. Junto a una pared quedaron un par de cuadros embalados y unas vitrinas por cuyo contenido no me atrevía a preguntar. La señora Engracia nos decía adiós con el pañuelo desde uno de los balcones, desnuda y muerta de risa. Yo fui el único que levantó tímidamente las manos para despedirme.

Ella me correspondió lanzando besitos ruidosos al aire y meneando el tetamen de diosa africana.

Una vez acomodado en la furgoneta cerré los ojos. Traté de dormir mientras recordaba la noche pastosa, líquida y de tacto gomoso que había pasado en brazos de aquella mujer legendaria. Me sería imposible describir lo que en esa habitación atiborrada de plantas tropicales ocurrió, y aún hoy lo único que me queda son una serie de pálpitos y sensaciones que en ningún caso podría poner en práctica o en vocablos.

No tuve tiempo de llegar a dormirme. A los pocos minutos, Julio Ramón detuvo la furgoneta en el margen de la carretera. Salió del vehículo, sacó su maleta de la parte trasera y cuando regresó al interior iba ya vestido con una sotana abotonada de arriba abajo y con un sobrecuello asomando por encima de esta. Así pues, era cierto, Julio Ramón era sacerdote.

Lo fui, puntualizó el gigante, pero el hábito aún me sirve para algunos trabajos. Y qué hizo que dejara de serlo, te preguntarás, pues lo único más fuerte que un juramento: una mujer.

A Julio Ramón Ortega se le encendió una luz blanquecina en los ojos y se le marchitaron los labios. Suspiró, perdido en los confines de sí mismo. Entendí que era momento de recoger velas y callarme. El gigante no volvió a hablar en un par de horas. No así Jacinto, el Mulas, quien recostado en la parte de atrás de la furgoneta tarareaba en bucle una canción infantil que no fui capaz de identificar.

Cuando el semblante de Julio Ramón me mostró que sus pensamientos habían regresado de vuelta al optimismo más enfermizo, me lancé a examinar nuevamente el interés de mi padre en las Vírgenes negras.

En realidad, solo busca una Virgen negra, respondió Julio Ramón sin artificios ni sinuosidades. De las tres que necesitamos una ya está a buen recaudo y no desvelo nada si digo que la otra está en la ermita de tu pueblo.

Aquello era lo mismo que me había dicho el día anterior y así se lo hice ver. Julio Ramón permaneció en un lúgubre e insondable recuerdo que yo sabía nada tenía que ver con mi arenga, sino con el castigo y el dulce cautiverio que acarrea con nombre de mujer. Al cabo, y sin más insistencia por mi parte, regresó de su laboratorio de futuros imposibles: Está bien, te diré lo que sé.

De este modo, lo que seguidamente contaré, con menos encanto y más imprecisión, es la historia que el gigante Ortega me relató en la furgoneta con aquellas maneras de cuentacuentos empedernido que tanto envidiaba:

Hace muchos años llegó al pueblo un moro a caballo. Iba vestido con una chilaba de color blanco, llena de polvo del largo viaje, como la túnica de una novia muerta. Hablaba un castellano muy raro y parecía ajeno a las miradas de los aldeanos que salieron de sus casas creyendo ver en él la llegada de un segundo profeta que anunciaría el fin del hambre y el principio de una nueva palabra. El extranjero se paró a beber agua de la fuente y aquellos que le vieron nada más lavarse la cara cuentan que tenía unos rasgos tan bellos y definidos que enternecerían a la misma muerte si allí se presentara. Le costaba trabajo mantenerse en pie. La fatiga debía de ser mucha pues en ese momento su escuálido caballo se desplomó víctima de la extenuación.

El primer hombre que se aproximó a él, con la prudencia inverosímil del que se acerca a un habitante llegado de otro planeta, solo recibió la merced de un nombre de la boca ajada del moro antes de caer rendido por la fiebre. Ese nombre era el de Andrés Pajuelo.

Así es como llevaron al morisco a paso fúnebre a casa de mi familia donde nadie recibió las respuestas que fue a buscar. El extranjero durmió durante días y, cuando por fin abrió los ojos, allí estaba mi padre para conocer la historia del moro Hajjâj.

Desde la celda de su agonía, el musulme relató lo siguiente: Vengo del norte de África, donde a pesar de que los desiertos calcinan la piel y las entrañas, y las noches llegan a escarchar los sueños, no hay lugar más hermoso bajo la luna.

Había cruzado todo el país a caballo para recuperar el tesoro que sus antepasados enterraron en esta sierra cuando fueron expulsados durante la Reconquista. Dicen los estudiosos y los que solo prestan oídos a las conjuras, que era tal la cantidad de oro y riquezas que habían acumulado los musulmanes durante los siglos que poblaron la península, que les resultaba imposible cargar con ellos. Fue por esto que decidieron esconder sus tesoros en cuevas que solo ellos veían, bajo encantamientos que solo ellos conocían, y así ponerlas a salvo de los cristianos para algún día regresar a su amada Al-Ándalus. Pues si hay algo que nadie duda es que en algún momento regresarán en busca de la luz con la que tantos niños han fantaseado en los cuentos de sus abuelos.

No dudes, Cirilo, repitió el gigante varias veces, que algún día reclamarán el paraíso del que fueron injustamente expulsados. La historia la cuentan los vencedores, pero los sueños los guardan los vencidos.

Lo cierto es que en la sierra son muchas las historias que se refieren a tesoros de sarracenos. Incluso, en algunos pueblos, se señala un árbol, una cueva, una torre en ruinas, un lienzo de la muralla o la vega de un río como posible escondite predilecto del acopio de riquezas. Esto, según mi amigo el gigante, dio lugar a una serie de excavaciones indiscriminadas, jácaras y leyendas de los eruditos locales, así como algún que otro hallazgo de más que dudosa índole.

Mi padre, por aquel entonces, era aficionado al estudio de las obras de arte religioso y a la búsqueda de estos tesoros. Hasta las malas lenguas, que siempre saben de lo que hablan —o al menos conocen bien sus intenciones—, apuntaban que Andrés Pajuelo había encontrado uno de estos nidos de fortunas y que por eso nunca se le vio doblar la espalda en el campo. Desde entonces vivía obsesionado por las riquezas que se llevó el tiempo a las profundidades de la serranía. Pasaba largas temporadas fuera de casa y pronto comenzó a restaurar obras de arte sacro a cambio de unas cuantas monedas. El caso es que, por estos u otros motivos, mi padre se había granjeado una merecida fama de versado en arte y podría decirse que sus catálogos, inventarios y documentos eran de los

más completos y conciencizados.

Por abreviar, continúo Julio Ramón, que ya estamos llegando a nuestra última parada. El caso es que el moro Hajjâj arribó a la península con una serie de mapas y documentos de aljamía. A base de preguntar en los alrededores sobre lo que estos contenían, llegó hasta el pueblo con el nombre de Andrés Pajuelo en el morral. Nadie supo quién le dio el nombre de tu padre, o nadie me lo contó. Aunque también es cierto que esto es algo que nunca llegó a importar.

A fin de evitar los desfalcos a los que fueron sometidos durante siglos por la Orden del Temple y más tarde por los reyes cristianos y los aguerridos pueblos del norte, los antepasados de Hajjâj habían resuelto esconder en una cueva secreta todo su patrimonio asumiendo un regreso que nunca llegó a producirse.

El moro Hajjâj estaba convencido de que era en una de las cuevas de esta sierra donde su progenie había ocultado las carretas de oro, los arcones de diamantes, las vasijas de oro rellenas de collares, de metales preciosos y de marfil. Tras meses de infructuosa búsqueda llegó a la conclusión de que necesitaría varias vidas para recorrer los centenares de galerías que su estirpe escavó a modo de burla, de desafío o de guarida.

Mi padre fue el único a quien le enseñó y tradujo los enigmas manuscritos de sus antepasados. Le ofreció una parte de lo encontrado si se decidía a guiarlo por la sierra y mi padre aceptó con más ímpetu que prudencia.

Aquí llegamos al punto fundamental: después de mucho estudiar los pergaminos, la conclusión a la que llegaron mi padre y el moro abría más dudas que respuestas. Al parecer la única manera de encontrar la caverna, invisible a la luz del día, era reuniendo una serie de pistas, huellas o mapas que su familia había ocultado sobre tres Vírgenes negras de igual proporción, madera, tallaje y actitud.

Así es, patriarca de Alejandría, gracias a planos antiguos y pliegos pasados a través de múltiples generaciones, Hajjâj y tu padre pronto consiguieron encontrar una de las Vírgenes enterradas por el rebisabuelo del moro. Y con ella se presentaron en el pueblo.

Era una imagen astillada, con la policromía lavada, decapitada y vuelta a restaurar por manos poco expertas. Mi padre comenzó entonces a estudiar la talla de la Virgen negra con una obcecación digna de lástima. Difícil creer su suerte cuando, tras mucho cavilar, comprobó que la talla estaba esculpida y firmada por las mismas manos que la imagen que la ermita del pueblo guardaba en su capilla. De esta manera solo quedaba por encontrar una Virgen para

reconstruir el rompecabezas y repartir el tesoro.

Tu padre y yo, continuó el gigante, nos conocíamos desde hacía años por motivos que no soy quien para explicarte. Juntos empezamos a indagar en bibliotecas, santuarios y leyendas populares mientras la vida del moro se iba apagando.

Julio Ramón Ortega y mi padre no eran ladrones, al menos no por aquel entonces. Y de esta inexperiencia llegó un error que hubo de costarles más desgracias de las imaginables. La sensatez indicaba localizar antes la tercera de las tallas y llevarse la del pueblo en último lugar. Sin embargo, después de muchos meses de búsqueda y cuantioso dinero invertido, la impaciencia, madrina de todos los desastres, los llevó a intentar robar la Virgen del pueblo a fin de encontrar más pistas o ideas sobre el paradero de la que faltaba. Y es que será necesario indicar que, por aquel entonces, mi padre no poseía aún la memoria infalible del rencor que llegó a tener.

A pesar de contar con el apoyo logístico del padre Honorio, el resultado de la operación resultó en una clamorosa fatalidad por culpa de un chivatazo de cuyos orígenes nadie supo dar fe. Nunca llegaron a saber quiénes y por qué le traicionaron. Ambos supusieron que el nombre de Andrés Pajuelo era ya depositario de demasiadas envidias. Todo terminó con los dos en la cárcel y con don Honorio ascendido a obispo auxiliar de un rebaño de infieles. Aunque tal y como aseguraba categórico el gigante: El párroco nada tuvo que ver en su detención.

Mi padre, hombre de honor, confesó ser el único autor de los hechos al tiempo que don Honorio se encargaba de proporcionar una coartada fiable a Julio Ramón. De este modo, el gigantón fue puesto en libertad sin cuentas ni cargos. Ingresó en la universidad meses después, y años más tarde se licenció en Teología e Historia del Arte.

Tu padre salió de la cárcel hará casi un año, concluyó Julio Ramón, cuando vino a pedirme una ayuda que no pude negarle. Los años de encierro los había empleado en el estudio de los documentos moriscos. La Vírgenes están en la cueva y la cueva está en las Vírgenes, me dijo nada más verme desde las profundidades de sus barbas de profeta. Ese es el mensaje en clave, Julio, necesitamos la tercera Virgen para encontrar la cueva donde se esconde el tesoro y creo saber dónde buscar.

Julio Ramón apagó el motor de la furgoneta. El gigante se bajó del vehículo, ensotonado y presto a dejarme a solas con la tormenta de delirios que Jacinto, el Mulas, soltaba en sus pesadillas de mártir.

Así, patriarca, es como hemos llegado a donde nos encontramos. Una Virgen en nuestro poder: la que tu padre y el difunto Hajjâj encontraron. Otra de ellas localizada en la ermita del pueblo. Y el paradero de la tercera todavía un enigma. Quizá hasta hoy.

¿Qué quieres decir?

Tu padre aún no sabe nada, pero si todo va bien antes de que anochezca estaré de vuelta con la última de las tres Vírgenes. Deséame suerte, patriarca de Alejandría.



# **SEGUNDA PARTE**

## **LA MALDICIÓN DE LA DIABLA**

# ثَامِن

## E

l gigante regresó con las manos vacías. Aturdido. Después de haber recibido un mal presagio del más allá que le había impedido terminar la misión a pesar de tenerla al alcance de la mano. Había estado ausente más de tres horas en las que Jacinto, el Mulas, me había relatado con un fervor digno de lástima los propósitos que mantenía una vez se desposara con mi hermana.

Julio Ramón arrancó la furgoneta. Nada dijo de lo que había estado haciendo o de dónde había estado. Era tal el enojo y la contrariedad con la que tomó el volante que no supe cómo saltarme el silencio amotinado de su furia. De modo que, hasta que mi padre regresara con aquel soplo de autoridad con el que espoleaba cuanto encontraba a su paso, no había mucho que hacer salvo esperar.

A pesar de que apenas habíamos estado fuera del pueblo tres días, regresé con cierto ánimo de culpabilidad. Ya en casa, vi a mi madre en el patio, allí, junto al pozo, y me acerqué para darle un beso y ayudarla a sacarle brillo a la cabellera. Guardó silencio. Se limitó a ofrecermelo uno de los cepillos y a seguir en su labor de lustre con la misma usanza que desinterés por mi presencia.

Será necesario indicar que si de algo podía presumir mi madre era de cultivar una coleta de casi dos metros que a veces se recogía alrededor del cuello como una boa de marabú. Una vez a la semana, se sentaba junto al pozo para cardarse con un pequeño rastrillo de jardín modificado su infinita melena gris. Según ella, nunca, ni de niña, unas tijeras habían puesto el filo en su pelo. Así consiguió una trenza dura y fuerte como una maroma.

Su fobia a perder el pelo comenzó a los seis años cuando se quedó calva por, según contaba a menudo con su voz bronca y áspera, meter las narices en el puchero. Aquel día aprendí que las tentaciones son para las bestias, sentenciaba. Me dijeron que no me volvería a salir ni un pelo en la azotea, y mira ahora, casi dos metros de moña y ellos secos como un melón, apostillaba a continuación mi

madre con toda su mala sangre hacia los que le auguraron una pelona perpetua.

Sin duda era un espectáculo ver cómo le sacaba brillo a su pelambre. Ataba el extremo de la melena de la baranda del pozo y con un alargador con cinco peines ligados en fila, se crinaba el pelo tal que si arara un huerto. El tremendo peso de estos dos kilos de guedeja cruzados en una portentosa trenza la obligaba a caminar con la barbilla alzada, como si fuera haciendo malabares con la nariz. Aunque tal vez el fardo de su venerable coleta solo era la excusa que encontró para justificar la arrogancia acumulada tras años de escuchar susurros malintencionados a su paso.

El dolor de mi madre era un laberinto con todas las puertas cerradas a la indulgencia.

Así pasamos buena parte de la mañana, aplicados en la mecánica tarea de arrastrar un cepillo bocel doscientas trece veces por cada mechón hasta conseguir la electricidad estática que, según ella, mantendría el cabello limpio y fuerte como el esparto. Hay que estregar el pelo hasta que chisporrotee igual que las centellas de la lumbre, repetía siempre con sus labios finos como el papiro.

Me preguntó si había llegado solo. No, madre, le dije, he venido con el Mulas y con Julio. Ese malnacido, increpó, maldita la hora que apareció. Yo no supe contra cuál de los dos murmuraba. Su voz sonó como una advertencia y algo me dijo que era mejor no preguntar. A pesar de cuidar de nosotros con la devoción que solo una madre puede ofrecer, era una mujer ruda y de mal carácter, y con los años yo había aprendido que su boca era una herida que no se cierra.

Enseguida preguntó por Matías. Se fue a la ciudad, madre, a cerrar unos asuntos, vendrá pronto.

Asuntos de faldas, seguro, apuntó ahora sí con cierto orgullo, Matías siempre ha estado metido en líos, y de cada lío ha salido siempre con una nueva mujer. Es un hombre encantador y arrogante, como deben ser los hombres. A ver si vas aprendiendo que ya vas teniendo una edad, Cirilo, que como sigáis los hombres por este camino vais a echar a perder todo lo conquistado en siglos de someter a la mujer.

Impecable y distinguido en sus modales hasta que sacaba su vara de medir intereses, mi hermano Matías siempre fue el ojito derecho de nuestra madre. Un galán educado en las viejas costumbres de consentidos engaños y sometimientos. Una especie de elegante canalla detestado airadamente en público por las mujeres. Llorado y rezado por las mismas mujeres cuando se daban de bruces con la soledad.

Mi madre era una más de las que caían siempre en sus lisonjas y destrezas de granuja. Tengo negocios, madre, decía él cada vez que esta le recriminaba la escasez de sus visitas. Después, Matías tiraba de verborrea política para que nadie dudara de su compromiso: No se preocupe, madre, que tan pronto como el Peronismo pase a cuchillo a estos golpistas de la remierda, todas las repúblicas se unirán en la América Total bajo una misma ley, alcanzando lo que por derecho divino le pertenece. Entonces la sacaré de esa covacha ruinosa, se lo digo yo, y le pondré un piso en Buenos Aires, con grifos y saneamientos de oro para que hasta los que vayan a hacer de vientre a su casa vean que es usted una señora y su hijo un Peronista.

Y si bien mi madre no entendía ni una palabra de los delirios de su hijo, algo de efecto debían causarle cuando colocó una fotografía de Simón Bolívar en el comedor e hizo pintar una pared de su habitación con los colores de la bandera argentina.

Terminábamos de entretejer cada mechón en una única trenza cuando llamaron a la puerta principal. Nos resultó extraño. Todos nuestros conocidos sabían que esa puerta solo se abría en los días de fiesta para que los chiquillos entraran libremente a beber una copita de orujo, o un vivajesús de anís con perrunillas.

Mi madre me dio la orden abriendo mucho los ojos. Tardé un par de minutos en encontrar las llaves y en separar los postigos oxidados y las maderas combadas por la humedad.

Al otro lado de la puerta esperaba una mujer delgadísima. Algo más joven que mi madre. Poco sabía yo entonces de las desgracias que portaba en las líneas de sus manos. Menos aún imaginaba el torniquete con el que pensaba atar nuestro futuro hasta gangrenarlo. En cada mano llevaba una muchacha, idéntica la una de la otra. La estampa parecía un juego de espejos de circo, un truco de ilusionista. Calculé que tendrían unos trece años, aunque también es cierto que miraban el mundo con la firmeza y pasividad de alguien que ha conocido demasiadas inclemencias. La edad no debería medirse por la acumulación de días sino de penurias. Pero esto es algo que yo aún desconocía.

La recién llegada no tuvo tiempo de dar razones a su inesperada visita pues mi madre, colocada a mi espalda, las obvió todas por ella: Valor tienes de tocar a esta casa.

Se le había soltado la trenza y ahora el pelo le caía por la espalda como un velo ceniciento de novia. Enseguida agarró la puerta para indicarnos que nadie habría de franquear el umbral de la casa en ninguna de las dos direcciones

mientras ella fuera dueña de la misma. Nuestra visita, con recursos de mujer acostumbrada a los zarpazos, no cambió su gesto de mendicidad: Había oído cosas de ti, mujer, y veo que todas llevan verdad, vengo a por lo que es mío, los rumores también han llegado hasta mi casa.

Sin tan siquiera echarme de ver, mi madre ordenó que me llevara a las niñas al patio. La señora y yo tenemos asuntos de que hablar. Ese fue su mensaje. Mi madre me vio dudar y por primera vez desde que yo recuerdo me levantó la voz: Ahora.

Conduje a las gemelas al otro lado de la casa. Por el camino no dejaban de cuchichear. Era algo que siempre había detestado de las niñas de la escuela y que de un modo u otro desarrolló en mí una timidez insana en presencia del género femenino. A pesar de la diferencia de edad, sentí una repentina vergüenza ante lo que, intuía yo, eran burlas sobre mi aspecto. Una vez en el patio de atrás, decidí apartarme y dejarlas a su aire.

Todavía con su continuo juego de enigmas y bisbeos, las gemelas se sentaron sobre unos sacos apilados junto al pozo.

Tú eres el chico que sube algunas noches al monte, soltó la que parecía más perspicaz, te hemos visto.

Contesté que es de mala educación espiar a la gente.

También tú espías a los lobos, rieron, ¿eso no es también de mala educación?

¿Por qué iba a serlo?, me defendí, son animales.

Los lobos guardan los espíritus de todos los muertos de este pueblo, así que lo que tú haces es como espiar a las personas.

¿Y quién os ha contado eso?

Las entrañas de esta sierra están malditas, bobo, todo el mundo lo sabe, se oyen voces que la gente escucha y acata.

Aquella no era la forma en la que uno acostumbra a oír hablar a las niñas de esa edad, más preocupadas por asuntos triviales que en nada me interesaban. Me giré con una cara de sorpresa que rápido hubo de transmutarse en turbación ante unos ojos dorados que rompieron el cristal de mi orgullo para siempre.

Se llamaba Leonor.

Sé que esta historia no es más que una disculpa para hablar de ella. Para recordarla de un modo indirecto que soslaye el daño. O, simplemente, para compensar mi falta de talento a la hora de apresar esa palpitación que me

provocaba. Tan solo sé que aquel era mi lugar, sin mapas, sin brújulas. Nunca he olvidado aquellos ojos. Cómo iba a hacerlo. Desde entonces me siguen a través de los años.

Leonor sonrió, zalamera, y con ello terminó de entumecerme la voz. No son tonterías, pasmado, durante muchos años la gente de este pueblo ha ido a una cueva a pedirle deseos al mal que lo habita, la Diabla, así la llaman.

Lo cierto es que la leyenda de la Diabla no me era ajena. Se trata de un espíritu mitad mujer mitad serpiente que mora presa en alguna de las pozas del río Negro bajo siete llaves. Se cuenta que da mala estrella hablar de ella a los extraños; que algunas personas siguen profesándole rituales paganos en noches de luna llena; y que una vez al año se libra de sus cadenas, pierde su mitad ofidia y se hace mujer por unas horas. Aquel que la tome de la mano para ayudarla a salir del agua será arrastrado a las profundidades del río para no regresar. Pero fábulas para asustar a los niños y a los extranjeros las hay en todos los pueblos.

No solo eso, apuntó su hermana gemela Analía, la Diabla también concede deseos a quien sabe invocarla, pero a cambio de los dones que dispensa se queda con su alma una vez han muerto. Los convierte en monstruos que estarán a cargo de custodiar el tesoro que esconde.

Molesto e irritado respondí que yo no creía en aquellas historias de viejas, además, sois un poco pequeñas para caminar por esos caminos de noche, ¿lo sabe vuestra madre? Esta pregunta pareció hacerles especial gracia. Al momento retomaron sus risitas y confianzas al tiempo que a mí se me llenaba la cara de un rubor y una crispación difícil de esconder.

Qué cándido eres, dijeron al fin, nos escapamos mientras duerme para buscar la Cueva de la Diabla, ¿tú sabes dónde está?

Solo supe responder que me dejaran en paz, que eso eran solo invenciones y asustaniños, que había que ser muy crédulo para pensar que tal cosa podía existir. Oh, ya lo creo que existe, dijo una. Nosotras hemos estado allí, dijo la otra. La sierra está llena de cuevas y cavernas que ahondaron los moros cuando vivieron aquí hace siglos, dijo una. Son laberintos que construyeron para ocultar sus tesoros, dijo la otra. Para protegerlos encadenaron allí a la Diabla, dijo una. Dicen que algún día los moros vendrán a por ellos, dijo la otra. Y se llevarán también a los que murieron tratando de robarles, sentenciaron las dos a la vez.

Mi inicial sorpresa se convirtió en auténtico pasmo cuando recordé la historia que el gigante Julio Ramón me había contado sobre el descendiente de sarracenos que había llegado al pueblo años atrás en busca de la herencia de su familia. Si supieran el oro que hay bajo estas montañas, había dicho el moro,

cavarían todos incluso con los dientes para vaciar la sierra como a una naranja.

Las gemelas malinterpretaron mi gesto de desconcierto y lo confundieron con un desdén provocativo. Se habían levantado y jugaban a lanzar pequeños guijarros por la boca del pozo. Si no nos crees, puedes venir con nosotras esta noche, conocemos el camino, ¿no tendrás miedo? Leonor no llegó a terminar la pregunta. Sus ojos se detuvieron en un punto inconcreto, como hacen los ciegos cuando sonríen, y metió la mitad de su cuerpo en la oscuridad del pozo.

Por un momento llegué a pensar que iba a arrojarse y corrí a detenerla. Mi exceso de furor hizo que calculase mal su peso y caímos los dos al suelo. La encontré riendo junto a mi cara. Sus ojos eran de un color similar a la miel, pero de un matiz algo más blanquecino y lejano, más peligroso. ¿Vendrás esta noche a que te enseñemos la cueva?

¡Niñas! Fuera de ahí. Es hora de marcharse, vuestra madre aguarda afuera.

Las gemelas no parecieron asustarse de la imagen agorera de mi madre y salieron de la casa entre alegrías y jolgorios.

Una vez solos y a fin de calmar los ánimos de mi madre, me dispuse a regresar a la tarea de entrelazar su melena. Con el rigor sereno de la justicia, mi madre me trabó la muñeca como hacen los aguiluchos con los ratones: Si alguna vez vuelvo a verte cerca de estas niñas tendrás serios problemas, ¿me has entendido, Cirilo? No quiero que vuelvas a acercarte jamás a ellas. No dijo más. Se anudó la trenza en la nuca como una correa y se sentó junto al pozo hasta bien entrada la noche a pesar del frío y el viento que soplaba desde las montañas.

Pasé la tarde en el improvisado taller que Julio Ramón había montado en el cobertizo. Nada más verme aparecer comenzó a relatar el modo de preparar los ingredientes adecuados para la imprimación, restaurar imperfecciones a base de polvo de huesos de oveja, o cómo obtener aceite de la simiente del lino para fabricar barnices de época. El gigante me hablaba de la luz, de las proporciones, pero sobre todo me hablaba de cómo extraer sus figuras e imágenes de la roca y la madera.

Escúchame bien, patriarca de Alejandría, las esculturas ya están dentro del tronco del árbol, solo hay que saber sacarlas de ahí. ¿Qué te parece? El gigante metió la mano en el mandil que llevaba puesto y me mostró una copia en miniatura de la Virgen negra que días antes había dibujado en la ermita del pueblo mientras mi padre discutía con don Honorio. El parecido era asombroso. A decir verdad, añadió, Jacinto me ha ayudado bastante con la pintura, tiene mejor pulso que yo.

Hubiera disfrutado la tarde entera en el taller de Julio Ramón. Concentrado en sus consejos. En su verborrea perpetua y aleccionadora. No obstante, por aquel entonces yo aún era dueño de una juventud donde los secretos son capaces de activar una suerte de mecanismo que espolea la curiosidad. Una urgencia superior me incitaba a seguir los ojos melaza de aquella criatura revoltosa e inquietante. Estaba dispuesto a desoír las advertencias de mi madre e ir con ellas a la Cueva de la Diabla, pero antes quería formular una serie de preguntas al gigante sobre las galerías que habían horadado los musulmanes para esconder sus tesoros. Aún se me hacía difícil creer que esos seres lejanos y hostiles —así imaginaba yo a los moros— habían vivido durante tantos años en nuestra sierra. No entiendo muy bien por qué tuvimos que expulsarlos si eran capaces, tal y como me había contado Julio Ramón, de construir palacios llenos de arcos lobulados, fuentes musicales, mosaicos monumentales y hermosas fortalezas en lugares imposibles. Visto bajo ese prisma de opulencia y creatividad no es extraño que decidieran enterrar sus riquezas y que al mismo tiempo echen de menos todo lo que dejaron atrás. Supongo que a veces es muy difícil encontrar el camino de vuelta a casa.

Jacinto, el Mulas, también estaba en el taller de restauración.

Lijaba algunos troncos de tilo que el gigante había seleccionado para comenzar con la falsificación a tamaño real de la Virgen negra de la ermita del pueblo. El Mulas tampoco parecía muy concentrado en su trabajo, y en más de una ocasión Julio Ramón hubo de levantarse para propinarle un cariñoso capón que lo sacara del ensueño en el que estaba ensimismado.

Yo no quería hablar con Julio Ramón de las gemelas delante del bobalicón del Mulas. Lo veía capaz de salir de allí y comenzar a ventilarlo a voces en sus conversaciones con el aire. Así que me sumergí en mis propios pensamientos y cerré los ojos.

Traté de hacer memoria de las cuevas que había encontrado a lo largo de la sierra en mis incursiones de rastreador. No eran más que un puñado de grutas sin ninguna profundidad y de una anchura nunca mayor a diez metros. Eso hacía imposible imaginar que allí se realizaran rituales para invocar a una deidad pagana. Menos aún que fueran un lugar donde alguien escondería un tesoro. Conocía, sin embargo, otro lugar del que a veces salían vapores de agua y que servía como una especie de desagüe en épocas de fuertes lluvias lo que también hacía impensable que una persona juiciosa se internara en busca de aventuras.

Después de darle muchas vueltas comprendí que no perdía nada por considerar la idea de Leonor y Analía y descubrir si era cierto que habían



encontrado el laberinto de grutas y cavernas que llevaban hasta la Diabla. Solo con pensar en la posibilidad de encontrar el tesoro que buscaba mi padre, se me llenaba el pecho de una alegría y excitación difícil de controlar. Podía imaginarlo, mi padre me miraría con sus aires de corregidor y dispondría: Bien hecho, Cirilo, sabía que podía contar contigo.

Aunque en el fondo, y por mucho que me costara reconocerlo, había algo más que me movía a la aventura: encontrarme de nuevo con aquellos quinqués con los que Leonor me ponderaba, despertando en mí instintos hasta entonces desconocidos.

# تاسع

## M

e desperté a medianoche decidido a reunirme con las gemelas.

En casa solo dormían mi madre y Valeria, quien, a pesar de que nuestro padre aún no había regresado del viaje, no se había atrevido a desafiar su autoridad sin grietas poniendo un pie fuera de su propiedad.

Valeria llevaba días encerrada en su cuarto, evitando la sombra de nuestra madre en todo momento para que la espalda no se le llenara de malos deseos. Creo que no se habían vuelto a dirigir la palabra desde la noche en que se zarandearon la una a la otra a base de reproches, recordando el precoz embarazo de Valeria años atrás. Yo apenas era un niño cuando la tragedia ocurrió, por lo que los únicos detalles que conozco sobre aquello vienen de esas embestidas verbales a base de desprecios ciegos e inclementes. De ahí que nunca me atreviera a preguntar cómo ni por qué mi hermana había parido un cuerpo inerte y deforme, y menos aún los motivos por los que mi madre había escondido ese embarazo a todo el pueblo. Pero mi silencio nunca consiguió apagar la duda principal que me ahogaba en un río de aguas imprevisibles: ¿quién era el padre de aquella criatura densa e inmemorial de mi cabeza que salió del vientre de mi hermana y acabó tragada por el pozo del patio?

En sus largas horas de encierro, Valeria cosía y dibujaba mujeres vestidas con motivos florales y complementos de moda. Solo a veces se dejaba ver para lanzarle juramentos a nuestra madre o para dar un paseo por el monte. En esas ocasiones, Valeria se pintaba los labios de rojo, se recogía el pelo como una actriz, se ponía perfume y desaparecía por unas horas. Yo era el único que sabía que su gran anhelo era ser diseñadora de alta costura, y que las grandes mujeres que mueven el mundo encendieran el deseo de los hombres con vestidos concebidos por ella.

Aquella noche me había acostado vestido con un claro propósito. Tenía ya

tomada la decisión de acompañar a las gemelas y bien asumidas las peores consecuencias que mis actos pudieran traerme. Aún sonaban recientes las amenazas de mi madre prohibiéndome que me acercara a ellas con aquellos ojos de comadreja con los que averiguaba siempre las segundas intenciones de mis disimulos. No me importó. Desde que mi padre había regresado, la mano férrea con la que mi madre asía todos mis impulsos había enmohecido hasta casi secarse.

Cuando solo quedó en el aire la orquesta de cigarras y lechuzas, escapé por la ventana de mi cuarto, bordeé el patio del pozo para evitar que Julio Ramón me viese y bajé al pueblo sorteando el camino principal. El gigante tampoco había tenido coraje, ni quizá razones, para enfrentarse a mi madre. Desde nuestro regreso dormía en el cobertizo reconvertido en taller de restauración y en almacén para las obras de arte compradas o sustraídas con ayuda de una palanqueta o una cuerda atada a una ventana. Allí trabajaba hasta bien entrada la noche bajo la luz de unos hachones que había traído del último lugar donde fue a buscar a la tercera Virgen negra que faltaba para conformar el rompecabezas que llevaba al tesoro del moro Hajjâj.

Leonor me había indicado un antiguo crucero de piedra que hacía las veces de linde del pueblo. Hasta allí caminé sin contratiempos ni demoras. Estaba ansioso por tenerla cerca de nuevo. Para la mayoría de las personas tratar de distinguir a las dos hermanas sería una labor de azar. A mis ojos, las diferencias entre ambas se revelaban más que evidentes. En Analía uno solo encontraba reservas y miradas despectivas. Leonor era irracional, insolente, descarada y, a diferencia de su hermana, más esbelta, de cabello espeso y mestizo con un pequeño mechón blanco derivado, según ella, de beber cuando era niña leche sin hervir, directamente de la vaca. Mostraba además una pequeña línea de pecas bajo sus ojos, y la mirada resuelta a la vez que despreocupada de un gato montés.

Después de mucho esperar y cavilar sobre estas y otras memeces de enamorado, asumí que las gemelas no vendrían a la cita. Las imaginé en casa, tendidas sobre la cama, ridiculizando mi inocencia.

Avergonzado y con el corazón en carne viva, caminaba ya de regreso cuando una voz de pesadilla me detuvo. Era una voz lastimera e inconfundible que salía de un camino de ladera cercado por castaños.

Al cabo de unos instantes cruzó frente a mí el alucinado de Jacinto, el Mulas, con su continua perorata de fantasías, duelos y cabriolas. Con sus ojos tristes, sus desenfrenos ocultos. Con sus miedos de buzo perdido en un océano.

Con su ya verá usted, madre, cuando consiga una criatura de sus entrañas, de mi Valeria, cuando todo el pueblo la vea vestida de blanco con una diadema de flores y una ristra de cascabeles, en la fiesta más grande que nadie ha visto por estos lugares de hambre y envidia, sucumbirán a la verdad de que yo soy el único con uniforme y medallas de oro, el único capaz de llevármela al catre, el macho, me dirán, ahí viene el macho, y no habrá más lágrimas para usted, madre, ni más vergüenzas ni soflamas, se lo digo yo, que he sido el hombre más solitario de la tierra y he aprendido a interpretar el futuro, a ver la verdad que hay detrás de la mentira, y no al revés, madre, que sé bien lo que me digo.

¿Te vas?, ¿no te habrás asustado?

La pregunta de Leonor desvió mi atención de las lamentaciones del Mulas.

Llegáis tarde, objeté consciente de que mis quejas poco iban a importarles.

¿Quién era ese?

Es solo el imbécil de Jacinto, el prometido de mi hermana.

Si quieres venir con nosotras, tendrás que taparte los ojos.

Me negué.

Entonces no podrás acompañarnos de ninguna manera hasta la Cueva de la Diabla.

Leonor me tapó los ojos con un pañuelo que olía a tomillo y me cogió la mano para guiarme. Estaba fría y era tan pequeña que al contacto me sentí como un ser enorme y tosco. Caminamos con rigor marcial durante al menos diez minutos, siempre por senderos más o menos abiertos, deduje, pues en ningún momento aprecié que el terreno se escarpara en exceso o que las gemelas se afanaran en apartar ramajes para avanzar. Al cabo, torcimos hacia la derecha y en cuestión de pocos metros de nuevo a la derecha, de tal modo que me pareció que caminábamos en el mismo sentido del que veníamos. Un último giro hacia la derecha terminó por desorientarme del todo. Leonor me indicó que extendiera la mano que tenía libre para evitar que alguna rama pudiera golpearme en la cara, por lo que colegí que habíamos abandonado toda posibilidad de camino.

Entre que marchaba a ciegas y que la vegetación hacía difícil avanzar sin provocarse magulladuras, pronto terminé con la cara cubierta de arañazos. La atmósfera fría y ventosa se tornó de repente en una humedad gélida y apacible de sepulcro. Podía escuchar el eco de mi propia respiración y palpar la densidad que esta tomaba al salir de la boca. Sin detenernos ni cruzar palabra, comenzamos a subir, bajar, girar e invertir nuestro camino por pasadizos o túneles en los que no tenía más que separar la mano del cuerpo para tocar las paredes. Su tacto era

suave, igual que el caramelo fundido y vuelto a enfriar. A pesar de ir con los ojos tapados, la sacudida de confusión me aceleró el pulso. Podía sentir el techo justo sobre mi cabeza. En ocasiones las gemelas me pedían que me agachara si no quería llevarme un buen golpe en la cabeza. De pronto aprecié una leve brisa con aroma musgoso y un murmullo de agua colmándolo todo. Este fue el momento en que Leonor me quitó la venda de los ojos y pude ver el lugar.

Era una cueva inmensa, vasta e insondable, llena de siluetas y figuras labradas por el agua en rincones inverosímiles desde más allá de la existencia del tiempo. Formas caprichosas e imposibles que ni el escultor más ingenioso se habría atrevido siquiera a imaginar. En el centro había un lago color turquesa, casi transparente, alimentado por los centenares de goteras e hilillos de agua que con una paciencia de montaña caminaban hasta él desde más de veinte metros de altura. Del techo colgaban centenares de concreciones afiladas, amenazantes, como si la propia cueva quisiera advertirnos de todo su poder. Debí quedarme con un semblante hechizado y ridículo porque cuando las gemelas me miraron rompieron a reír llenándolo todo de una música que iba y venía rebotando acá y acullá. El lugar parecía desbordado por espíritus burlones que jugaran al escondite.

La tierra está hueca, me susurró Leonor, llena de seres mágicos. Sin rebajar mi asombro, quise saber qué clase de lugar era ese. Lo llamamos la Cueva de las Maravillas, pero esto no es lo que hemos venido a ver.

Ah, ¿no?, pregunté olvidando en verdad los auténticos motivos de nuestra expedición a las profundidades de la sierra.

Claro, tonto, hemos venido a ver a la Diabla, a partir de aquí será mejor estar en silencio, no es bueno despertar a las criaturas que habitan la cueva.

Fueron tales la cadencia y misticismo que imprimió a sus palabras, que sentí una sacudida intensa y un frío turbador e inclemente fuera de mi propia piel. Leonor se puso el dedo en los labios para indicarme que guardara silencio, y me señaló el fondo de la cueva, más allá del lago subterráneo. Frente a nosotros se distinguía un chorro de luz diferente a los brillos violetas con los que el agua y los minerales querían hacernos creer que las paredes eran de diamante.

Leonor me tomó la mano para llevarme hacia la luz. Caminamos unos trescientos metros bordeando el lago, quizá más, pues allí abajo cualquier comparación métrica o temporal con la superficie se reducía a una mera intuición. Distráido como iba en la contemplación de la caverna, tropecé varias veces. Leonor me lanzó un par de miradas recriminatorias que siempre aderezaba con una sonrisa de medio lado. Finalmente, alcanzamos el lugar del

que salía la irradiación dorada y pude distinguir un pasadizo ascendente donde se intuían los primeros peldaños de una escalera labrada en la propia piedra. De haber sido por mi voluntad, allí mismo nos habríamos dado la vuelta y puesto rumbo a nuestras casas. Pero Analía y Leonor parecían ajenas al miedo, como si la temeridad fuera el único modo posible de vida.

Comenzamos a subir con cuidado los húmedos peldaños. Poco a poco el sonido del agua dejó paso a unos salmos y murmullos que venían del final de la escalera. Por un momento estuve tentado de improvisar una disculpa o una torcedura para obligarnos a regresar al pueblo. Pero cuando me disponía a teatralizar la caída, tuve más miedo de las burlas de las gemelas que de lo que pudiéramos encontrarnos al final de la escalinata, fuera o no de este mundo.

La galería comenzó a serpentear y a encrespase de tal modo que perdí por completo el sentido de la marcha. A veces, la propia escalera se bifurcaba en nuevos pasadizos más pequeños y oscuros que daban a entender que estábamos dentro de un hormiguero construido por y para el hombre. Las gemelas, sin embargo, no se dejaban engañar por el laberinto de corredores y continuaban la subida sin vacilar.

Nos acercábamos cada vez más a la fuente de los cánticos.

Tras la fatigosa ascensión, alcanzamos una especie de palco desde el que observamos una escena que jamás he podido olvidar. Las formas lobulares y estrechas de la cueva dieron paso a una amplia galería abovedada en ladrillo rosado que reflejaba la luz de unas antorchas. Leonor se puso de puntillas, pegó sus labios a mi oído y por un momento pensé que iba a besarme en la mejilla.

Están reunidos, susurró.

# عَاشِر

## N

o hay nada tan voluble como el tiempo que dejamos atrás. ¿O es el tiempo quien nos deja a nosotros? ¿Alguien tiene coraje para arriesgar la vida en defensa de un recuerdo? El pasado cambia a su antojo como un viento de valle. Como los motivos para faltar a una promesa que nunca se pensó cumplir. De pronto, un día, uno comprende que lo que un día nos hizo llorar, años después nos arranca la mayor de las carcajadas. O aquello contra lo que blasfemamos, se convierte en el pilar más fuerte de nuestra fe ante lo inevitable. El sentimiento que nos llevó a las mayores locuras, una mala noche llegará a avergonzarnos y lo convertiremos en un secreto. Es así, el pasado muda, cambia de color y de aroma en contra de nuestra voluntad. Se aprovecha de que lo consideramos invulnerable. Es entonces cuando se pone a jugar con nuestras nostalgias, a descoser las puntadas de nuestros recuerdos, a voltearlos, a marearlos. Llegados a ese punto, ya no hay nada que podamos hacer.

¿Qué pesa más: cómo sucedió o cómo se recuerda? La memoria es poco fiable, cierto, pero yo sigo evocando aquellas noches como las más felices de mi vida.

¿Y qué pasa con sus recuerdos? Los de Leonor, quiero decir. ¿Adónde va la memoria cuando morimos?

La soledad no es otra cosa que no tener con quien compartir estos momentos en los que se resume una vida. Uno está muerto cuando está solo. Y nada hay más solo que un muerto.

Están reunidos, repitió Leonor.

Las gemelas me tiraron del brazo para que me tumbara en el suelo junto a ellas. A unos seis metros bajo nuestro mirador se encontraban una veintena de

personas abrigadas con mantas de color terroso. Todos estaban arrodillados. Algunos exageraban la reverencia hasta casi tocar el suelo con sus labios. Los que estaban situados en la periferia de la sala sujetaban unas palmatorias con grandes velones.

Todos los encapuchados se orientaban hacia una especie de pedestal o zócalo donde se encontraba la Virgen negra de la ermita del pueblo, la misma que Julio Ramón trataba en ese mismo momento de reproducir en el cobertizo de mi casa. Más al fondo y sobre la Virgen, se apreciaba, muy difuso, un fresco basto, de formas simples y rectilíneas. Representaba a una mujer negra, puesta en pie, con una mano levantada. Llevaba el torso desnudo, y sus pechos solo estaban cubiertos por collares blancos. En la cintura, portaba una sencilla túnica y más abajo, donde debieran estar las piernas, se apreciaba una extraña forma escamada, como un apéndice de animal acuático o de dragón. En su día, los colores de la pintura debieron ser muy vivos, pero ahora toda la imagen se encontraba hartamente corroída, agrietada y palidecida por la humedad y el cieno gelatinoso.

Uno de los hombres se puso en pie y avanzó en dirección a la talla de la Virgen. Tras una media genuflexión, se giró para encarar a sus acólitos. Casi dejó escapar un gemido de sorpresa ante la revelación del personaje. El padre Honorio levantó los brazos, como solía hacer en sus sermones, y habló como si lo hiciera con un enemigo:

Nos hemos reunido una vez más para pedir, en esta noche de luna nueva, a la Gran Madre que nos guíe a través del sendero de las dudas. Los miedos son rescoldos escondidos bajo las dudas. Se avivan solos y se quedan ardiendo en la noche de nuestras entrañas. La Gran Madre nos ha dado sus consignas. Ahora es tiempo de volver a casa y cumplir aquello que se nos ha encomendado.

Era tal la oscuridad que no había peligro de que nos descubrieran. Nuestra única preocupación era mantener la conversación en un tenue bisbiseo. Leonor se acercó para explicarme lo que allí abajo ocurría. Su voz era cálida, táctil, y solo un hombre inmune a la gloria de aquella criatura podría salvaguardar su juicio. Con sus labios tan cerca de mi oído solo tenía que girar la cabeza levemente para...

Vienen aquí algunas noches y le piden a la Diabla consejo.

¿Y de verdad ella les habla?

Claro, bobo, nosotras la hemos escuchado.

Mientras Leonor me explicaba más detalles, una de las figuras



encapuchadas, una anciana por su tamaño y cadencia al andar, se acercó hasta la base del pedestal, se arrodilló y arrojó la siguiente plegaria: Madre, aquel que un día quiso llevarte de nuestro lado ha vuelto, todos pudimos verle.

Don Honorio se acercó a la anciana, le puso una mano en el hombro y con cuidado la dirigió a una salida lateral por la que desfilaba la comitiva de adoradores. Solo quedaron en la sala el cura y otro encapuchado. Entre los dos cargaron con la Virgen negra en una carreta que arrastraron fuera de la catacumba a través de un corredor distinto. Comprendí que la sala era una semiesfera de la que nacían en perfecta equidistancia ocho pasadizos. Era como estar dentro de las entrañas de una araña de piedra.

Decidimos esperar un par de minutos antes de retirarnos. Envueltos en el silencio absoluto de la caverna, percibimos otro sonido. Un chirrido similar a los postigos de una puerta que lleva mucho sin abrirse. Todo apuntaba a que alguien trataba de acceder por otro de los apéndices de la araña hasta el cuerpo principal ahora que la reunión de fieles había concluido.

Es hora de irse, farfullaron las gemelas a la vez.

A toda prisa las gemelas abandonaron la pequeña tribuna natural donde nos encontrábamos, desapareciendo en la cerrazón de la escalera. Estaba claro que por mucho que quisiera encontrar indicios sobre el lugar donde los moros pudieron esconder su tesoro, tenía que seguir a las gemelas si quería salir de aquella maraña de cuevas y pasadizos.

Apuré, sin embargo, todo cuanto pude mi huida a fin de averiguar la identidad de aquel nuevo personaje que visitaba la caverna de la Diabla. Asomado al borde de la plataforma, aguanté hasta que una figura surgió justo debajo de mí. Al no llevar fuente de luz alguna, me resultaba imposible otorgarle una forma definida en el espacio. Caminó con la prudencia de un gato al acecho de su presa y pegó el cuerpo a la pared de piedra debajo del fresco de la mujer serpiente.

Un crujido pedregoso me hizo entender que la plataforma sobre la que me encontraba estaba cediendo. Me arrastré hasta la escalera justo cuando la tribuna caía a plomo ocasionando una detonación que hizo temblar la estructura de la catacumba.

Descendí por los húmedos peldaños todo lo rápido que las circunstancias me lo permitían. En tinieblas, ensopado de humedad y sitiado por ecos presentes o pasados, comprendí que estaba perdido en las profundidades del mundo. Me senté en los escalones, tratando de reconstruir en mi cabeza las direcciones que habíamos seguido para llegar allí. Ese fue el momento en que volví a escuchar

los mismos murmullos que percibí en la Cueva de las Maravillas y que en ningún caso se correspondían con las rogativas de la adoración a la Gran Madre Negra. Era silencio, pero no lo era, como si este cantara. Una voz, un susurro, una especie de salmo en el viento: no estaba solo.

Aguijoneado por un acto reflejo me puse en pie. Pegué mi cuerpo todo lo que pude a la pared. Frente a mí, en un pasaje perpendicular a mi posición, una silueta negra, lánguida e indescifrable atravesó el corredor casi flotando. Su voz se perdió poco a poco al fondo del túnel. Salí corriendo en dirección opuesta. Mi huida no sirvió de mucho. El tarareo regresó a los pocos minutos y, de nuevo, la misma sombra pasó a pocos metros de mí.

Tuve el impulso de lanzar un grito para asustar a lo que fuera que me perseguía, o al menos para que las gemelas conocieran mi posición en aquella oscuridad sin límite. Me contuve. Aguanté la respiración. Mis quejas no harían sino rebotar por todos los pasadizos ocasionando una confusión que en nada me beneficiaba.

No sé cómo sucedió. Si fue el instinto, el azar, o que la Diabla decidió liberarme de su hechizo, pero en la mayor de las desesperaciones, di con mis pasos en la Cueva de las Maravillas. En la fastuosa galería, el agua continuaba con su murmullo de criatura milenaria. Rodeé el lago a toda prisa a fin de alcanzar cuanto antes el lugar en el que las gemelas me habían quitado la venda. No podía creer que me hubieran dejado allí. Solo. Sin posibilidad alguna de encontrar la embocadura al exterior. Me crecerían muscíneas en los párpados, grietas en los labios. Los huesos se me disolverían en aquella humedad serena e implacable que parecía surgir desde unas nubes en el centro de la tierra. Una vez más, un rumor lívido, más propio del crepitar de un incendio, me paralizó. Estaba atrapado.

¿Dónde te habías metido?

Leonor apareció a mi espalda. Me abalancé sobre ella y la levanté con los brazos. ¿Dónde estabas?, insistió.

Eso mismo podría decirlo a vosotras, ¿sabéis que hay algo o alguien que pasea canturreando por los túneles de la cueva?

Ya te dije que este lugar estaba lleno de seres extraños.

¿Y tu hermana?

Se ha adelantado, le dije que me quedaría a esperarte, con lo bobo que eres nunca habrías encontrado la salida.

Leonor volvió a cogerme de la mano y como quien camina por el bosque

sin más intenciones que disfrutar del paseo en un día de primavera, me llevó hasta la salida a través de pasos subterráneos y pequeñas grutas atestadas de animales y plantas que vivían del revés.

Afuera la temperatura había bajado mucho. El viento empujaba con fuerza contra nuestro paso. Enseguida comenzó a llover y yo cubrí a Leonor con mi chaqueta. Es mejor que nos cobijemos en un refugio de pastores que hay aquí cerca, sugirió.

Tampoco disponíamos de muchas alternativas. Estaba empapado, perdido, y sobre todo no deseaba separarme de ella. Pronto llegamos hasta un pequeño chiquero que servía para dar abrigo a ovejeros trashumantes en caso de lluvias o nieves. No teníamos más ropa que la que llevábamos puesta y ninguna posibilidad de encender un fuego. Nos sentamos sobre la tierra. Leonor se arrimó a mí en busca de calor. Temblaba como un pajarillo. Acurrucada en mi pecho, me pareció mucho más pequeña y frágil de lo que su arrojo daba a entender. Así pasamos buena parte de la noche, acomodando nuestros cuerpos mientras ella contaba mis dedos una y otra vez como si me faltara alguno.

Clareaba cuando la lluvia interrumpió su trabajo y pudimos salir del refugio. De súbito me llegó un ramalazo de perplejidades. Un ruido de pisadas, huesos partidos y ramas rotas llegaba de entre los árboles. Un susurro, una tonada antigua, acompañaba su marcha de cloqueos tenebrosos. Era cuestión de segundos que aquello que venía aplastando la montaña brotara frente a nosotros. Ahora fui yo quien le pidió silencio a Leonor. Salí de la cabaña y ascendí unos pasos para esconderme detrás de un roquedo. Agarré un palo y me metí un par de piedras en el bolsillo.

Julio Ramón apareció más rápido de lo que esperaba. Arrastraba ramas, zarzales y escobas. El gigante pasó junto al refugio y continuó su camino sin verme. Podría pensarse que solo estaba dando un paseo, pero su urgencia y respiración acelerada eran impropias de alguien que camina por placer. Se diría más bien que escapaba de algo o que llegaba tarde a un encuentro.

Leonor apareció a mi lado. Tengo que volver a casa, me dijo, de lo contrario me meteré en problemas. Me dio un beso en la mejilla y salió corriendo ladera abajo. Por el contrario, yo no pude reprimir las ganas de rastrear las huellas de devastación que quedaban al paso del gigante.

Minutos después, jadeante y con la ropa hecha trizas, me encontré con el cercado de espino de una hacienda. Dentro se levantaba una casona a medio derruir de la que salía una luz anaranjada de fogata. Separé con cuidado el hilo metálico y seguí el camino que me separaba de la casa tratando de no hacer

ruido. Me acerqué hasta una de las ventanas sin mayores problemas y me asomé con toda la prudencia que pude.

Tal vez no debí hacerlo. Tal vez, como ahora sé, un recuerdo es lo más infiel que hay con la realidad. Pero así es como lo tengo labrado en lo más recóndito de mi memoria, en el lugar donde se guardan las cosas que uno quiere olvidar, donde uno esconde los naipes con los que piensa hacerse trampas cuando ya tenga la partida perdida.

Allí, bajo esa luna nueva que había servido para invocar a deidades paganas, allí, en la noche y el amanecer más dichosos del mundo, yacían desnudos sobre un colchón con un semblante que bien pudiera ser el espejo de mi propia felicidad, Julio Ramón Ortega y mi hermana Valeria.

Fue entonces cuando alguien cerró su mano sobre mi hombro.

# حَادِي عَشَرَ

## L

a mano se afianzó con fuerza para indicarme que de nada me iba a servir intentar escapar. Con la respiración cortada, me giré.

Matías, ¿qué haces aquí?

He venido unos días antes para ver cómo lleva el trabajo el gigante. Veo que aquí nadie pierde el tiempo, río mi hermano con su habitual chillido de rata.

Y así se quedó un buen rato. Triunfal e impenetrable miraba a nuestra hermana dormida junto al gigante. Orgulloso de un pensamiento propio que le daba la razón, e iluminado por una luz malvarrosa que se vertía entre las nubes y encendía la casa del altiplano.

Amanecía.

Sin que yo le hubiera pedido explicaciones, Matías me dijo que estaba de regreso al pueblo cuando desde la carretera vio luces en la casa y quiso ver qué pasaba. A veces los pastores nómadas rompen alguna ventana y se meten a dormir caliente cuando las heladas los pillan todavía lejos del sur, apuntó.

Me encogí de hombros. Pregunté qué problema había en que alguien allanara el caserón. Mi hermano pareció ofendido. ¿Cómo que qué importancia tiene?, toda esta meseta que ves fue un día de nuestra familia. Aquí criábamos el mejor ganado de la comarca. Se podría decir que los Pajuelo éramos los más ricos del pueblo, de todo el monte, de la sierra entera. Ay, Cirilo, ¿por qué te crees que duermes en la casa que duermes? Con tres habitaciones, un cobertizo y hasta nuestro propio pozo.

Volví a encogerme de hombros con gesto aturdido.

Nuestro padre comenzó a descuidar el negocio y, poco a poco, tuvo que venderlo todo para costear la búsqueda de esas Vírgenes. El caso es que esta casa medio en ruinas que ves es todo lo que queda de nuestra gran hacienda.

Matías se quedó con la mirada perdida en atardeceres dóciles y vientos de prosperidad.

Será mejor que nos vayamos a casa, hermano, remató al cabo pasándome la mano por el hombro, padre llegará en unos días y hay asuntos que tratar.

Y así fue.

Regresó. Tal y como había proclamado. Pero esta vez a la luz del día, para que todos pudieran revisar sus credenciales y comprobar que seguía siendo el dueño de todo su poder. No se molestó en aparcar la furgoneta fuera del pueblo. Tampoco en buscar caminos más velados a los ojos de mal agüero que lo vieron pasar con su olor a muladar. Se mostró ajeno a la punzada de rabia que se les quedaba a todos ellos en el corazón cuando descubrían que nunca serían tan hombres como él, que nunca alcanzarían siquiera la altura de esa mirada difícil que te amenazaba dos veces sin mirarte.

Desfiló por la vereda con las botas de capataz, seco, inflexible, escoltado por mi hermano Matías. Y ni mi madre, en su continuo estado de desplante, se quebrantó para que no enlodaran el suelo con sus pasos de cazador. En cuanto escuchó el motor detenerse a la vera del camino que daba a la casa, mi madre se asentó la falda con las manos, recogió la silla de tijera en la que pasaba largas horas cepillándose el pelo junto al pozo, caminó despacio hasta su habitación y pasó la llave dos veces.

Tres semanas fueron las que llevaba sin verlo, desde que nos despedimos en casa de la señora Engracia, pero me pareció que mi padre hubiera estado fuera otros catorce años. Otra vida entera. Otro espacio de tiempo igual al que había pasado desde la primera vez que las maldades de los demás niños me hicieron saber que yo era diferente, que yo no tenía padre.

Yo tendría unos seis años cuando me asaltó la duda. Recuerdo que llegué a casa antes incluso de que anoheciera y los juegos terminaran. Entré en el patio con la duda percutiéndome en las sienes y le pregunté a mi madre la razón por la cual mi padre era una sombra de un pasado que no recordaba. Ella, sentada junto al pozo y sin levantar la vista de la costura, me dijo que no me afligiera, que yo nunca tuve tal cosa porque no lo necesitaba. Y así hubo de ser desde entonces.

Pero ahora todo era diferente. Porque allí estaba mi padre. Con la actitud de quien no se deja soliviantar por nada de este mundo. Me acerqué a saludarle lleno de incertidumbre. Él me recibió con una sonrisa de medio lado y la mano en mi mejilla. Era dura y seca como pezuña de buey, pero a mí me alentó las soledades del día y me animó el repentino orgullo de ser el hijo de aquel hombre certero.

¿Cómo van las cosas por aquí, hijo?

Bien, padre, me alegro de verte.

Asintió, complacido por mi respuesta. Yo le sonreí complacido a mi vez por haberle dado gusto a su inmutable corazón. Al momento, en ese gesto tan suyo que tanto me fortalecía, palmeó el aire para que todos los mundos animados e inanimados se pusieran a su servicio y preguntó la razón de Julio Ramón Ortega.

Está en el cobertizo, padre, duerme y trabaja allí.

Aguijoneado por la respuesta, buscó a mi madre para recriminarle que hubiera aprovechado su ausencia de pocos días para llevar la contraria a sus designios. No la encontró, ni hubo de molestarse en buscarla. Quizá porque sabía, como sabíamos todos, que desde un principio él había empezado a construir esa casa por las rejas. Salió al patio aventado por la rabia y entró en el cobertizo sin llamar.

El gigante estaba trabajando en la falsificación de la Virgen negra con la cadencia de un sabio despistado. Ante la llegada de aquel animal de instinto premonitorio, levantó la vista. Sin mediar palabra se puso en pie y le dio un abrazo a mi padre. No hubo tiempo para más. En cuanto Jacinto, el Mulas, entrevió a su futuro suegro, derramó por el suelo el cuenco de barro en el que mezclaba pigmentos de un color negruzco. Si algo corría por las venas de aquel astroso muchacho, pensé, sin duda sería algo parecido a ese légamo oscurecido. Mi hermano Matías, por no azuzar más la cólera de nuestro padre, se dio la vuelta para reírse de esa manera tan suya, tan triste.

¿Otra vez, Jacinto?, así no vamos a terminar nunca. Lo siento, Julio, lo siento de veras, contestó el Mulas sin levantar la vista del suelo, ahora mismo empiezo de nuevo.

Mi padre prefirió obviar la torpeza de aquel chico legañoso y marchito para centrarse en lo que de verdad le había traído de vuelta a casa.

¿Cómo va, Julio?

Va, Andrés, va.

¿Estará a tiempo?

De eso quería hablarte, de eso y de otras cuestiones que han pasado desde que nos separamos.

Un centenar de gatos se colgaron de mi espalda. Por la forma que adoptó la boca del gigantón llegué a pensar que había sucumbido a la culpa. Que allí mismo iba a confesar cómo, cuándo y por qué había mancillado el honor de su

única hija en ausencia del que ordena y manda, en ausencia del dueño de todas las fatalidades, bajo la techumbre que él mismo levantó. Pero nada tenía que ver el tormento de mi amigo con asuntos de cama y perjurio, sino con el desenlace de las dos Vírgenes negras que quedaban por reunir para encontrar el tesoro de todos los tesoros. La fortuna que justificaba toda una vida de miserias familiares, si es que hay algo que justifique tal cosa.

En primer lugar, puedo tenerla a tiempo, anunció mirándonos a todos desde un pedestal imaginario. Para el jueves próximo a más tardar. Siempre y cuando don Honorio me deje echarle otro vistazo y tomar algunas proporciones. No hay nada que me haga pensar que las medidas sean distintas de las de la Virgen que ya tenemos...

El gigante descubrió la talla que años atrás encontraron mi padre y el moro Hajjâj y pude verla por primera vez. Todos pudimos verla. Era una figura estrecha y de expresión delicada. Toda ella era dorada, excepto por la cara y las manos. La Virgen aparecía cubierta por completo por un velo con diseños geométricos de estrellas. Estaba muy astillada, amputada aquí y allá. En verdad parecía que se hubiera caído repetidas veces por la ladera de una montaña.

... pero en esta en concreto, el niño Jesús lleva en sus manos la bola del mundo y una serie de símbolos que debería confirmar para que nadie note el cambio.

No tiene por qué ser perfecta, puntualizó mi padre, estos paletos no saben más que de sus propias supersticiones.

El gigante volvió a arropar la estatua.

En el pueblo te tienen ganas, Andrés. No hay que ser muy avisado para darse cuenta de que a la menor duda irán a por ti. No creo que merezca la pena tomar estos riesgos cuando puedo ponerle remedio con un par de días más de trabajo y un examen más cercano de la escultura.

Mi padre reflexionó unos segundos en busca de alternativas donde no las había. Al cabo miró al techo, bufó y expulsó el humo del cigarrillo por la nariz: Hablaré con Honorio, ¿qué más?

Julio Ramón Ortega acercó su voz a mi padre, quizá en busca del tiempo, el pulso y las palabras adecuadas. He encontrado la tercera, dijo al fin en un tono de súplica que anticipaba la tempestad que desataría mi padre. Hasta Matías sintió el zarpazo del miedo y perdió su semblante de tirano potentado.

¿Dónde?, preguntó mi padre con la mirada ya que la furia contenida no le dejaba separar los dientes.



En un monasterio de contemplativos casi abandonado, justo al otro lado de la sierra, encallado en un valle. Me acerqué allí vestido con mis hábitos de sacerdote siguiendo las pistas de una leyenda que leí hace unas semanas. Nada más llegar pedí audiencia con el prior y este me recibió con los brazos abiertos. Es un tipo amable y bonachón que vive en un mundo espiritual del que nada podrá sacarle. Ya sabes cómo son estas órdenes de anacoretas: austeras y orgullosas de todas sus estrecheces.

Mi padre se había sentado sobre un tocón con la mirada perdida en el suelo como un párroco que confiesa a uno de sus fieles. Tenía el rostro entre crespones de sombras que marcaban aún más los estragos de su lánguida vejez. Por fuera estaba sereno, pero se podía adivinar la rabia con que medía el tamaño de cada una de las palabras que escuchaba para impartir penitencia.

Y precisamente en estas reglas monacales radica el problema, continuó Julio Ramón una vez hubo recuperado su talante de dueño de todas las historias. De nada me iba a servir ofrecerle dinero, patrimonio, tierras, ni nada que palpite más allá de sus muros. Mantiene una fe enfermiza en sus supersticiones. A base de lisonjas y misticismos, poco a poco la conversación fue tomando el rumbo que yo quería. Así, me narró con gran celo la leyenda de la Virgen negra que custodia en una de las capillas. Según sus palabras, la Virgen fue tallada por san Lucas con la propia María de modelo mientras ella le relataba los eventos de la vida de Jesucristo que después incorporaría a los evangelios. Todo encajaba. Una reliquia de segundo grado que no lo es, pues cualquiera con algo de idea no tiene más que echarle un vistazo para comprobar que es una obra románica del siglo XII.

Los monjes creen que la Virgen los ha protegido de las incursiones sarracenas, tártaras e incluso vikingas. Lleva tantos años allí, y la congregación de frailes tanto tiempo apartada de la realidad, que no hay documentación al respecto de su origen más allá de la quimera que el propio prior me contó. La única forma que encontré para acercarme a la talla fue con la excusa de postrarme a sus pies para rezar. El prior me llevó a través del patio de servicios hasta una pequeña sacristía cargada de arte funerario. Desde allí unas escaleras bajan a una cripta donde esconden a la Virgen. Como esperaba, se cae a pedazos. Está agujereada por las termitas. La pintura se desgajaría con solo soplar. Pero ni con la excusa de una restauración me dejarían sacarla de allí. Están convencidos de que fue tallada con las mismísimas herramientas de la carpintería de san José.

Mi padre intervino entonces para aportar algo de cordura a tanta fabulación carente de realismo histórico: Si como dices la Virgen lleva allí tantos siglos, es

imposible que sea la que buscamos, Julio. Debería haber salido del convento para que la familia del moro la hubiera usado como parte del mapa para esconder sus riquezas.

Pero, Andrés, la Virgen coincide en formas, tintes, textura y proporciones. No tengo duda alguna que fue tallada por las mismas manos que las otras dos y además lleva las mismas inscripciones. Escucha, ahora viene lo más sorprendente. En medio del estudio, me percaté de que los muros de la cripta estaban ennegrecidos. Llegué incluso a dudar de que la tez de la Virgen se hubiera ensombrecido al paso de los años con el humo de los velones que iluminaban el lugar y en realidad se tratara de una Virgen blanca. Sabes que se han dado casos. Se trata de un lugar tan sucio y oscuro que me sorprendió que guardaran allí su pieza más querida. Pronto descubrí la razón y mis dudas se despejaron. El prior de la orden me comentó más tarde que varios siglos atrás el convento sufrió un incendio en una de las bodegas, justo debajo de la sacristía donde está la cripta de la Virgen. Este incendio convierte en cenizas el altar, los bancos, el retablo y todas las piezas de arte que allí había, incluida su amada Virgen. Así, los peregrinos dejan de llegar y los monjes, desprovistos de la única reliquia que llena sus oraciones y sus arcas, no tienen más remedio que disolver la congregación. Aunque me imagino que en este éxodo algo tuvo que ver también la pérdida de todo su arsenal de vino y cerveza. El caso es que se marchan todos menos un pequeño grupo que sigue rezando día y noche a las santas cenizas. Así pasan los meses hasta que una noche, un morisco tagarino, reconvertido y bautizado, llama a la puerta con su carro tirado por una mula. Ha caído enfermo en su peregrinaje a Compostela y pide asilo en el monasterio. Los monjes le proporcionan cama y alimento durante días hasta que se recupera. El morisco, conmovido por las atenciones de los frailes, decide entonces hacerles un regalo antes de irse. El prelado superior de la orden en aquellos años no acepta su dinero, pero sí le pide que antes de marcharse les mencione a todos los monjes la historia de su conversión como prueba de la mano todopoderosa de Jesucristo sobre los herejes de buen corazón. El morisco accede y esa misma noche, en la cena, después de bendecir los alimentos les relata lo siguiente:

«Mi nombre es Abdel Qáder, bautizado con el nombre de David. Vengo de la antigua provincia romana llamada Mauritania, en el África septentrional, donde el clima es seco y las tormentas de arena pueden desollar a un elefante en cuestión de minutos. Mi familia ha vivido durante generaciones del mar y de sus dones, de la pesca de sargos, corvinas e incluso rayas y tiburones. Hace seis lunas, arrojé mis redes al mar. Al recogerlas no había pez alguno, pero sí la figura tremendamente ligera de una Virgen de color negro que me pidió que la

llevara hasta la tumba del apóstol Santiago. Si así lo hacía, ella perdonaría a todos mis ascendentes de su herejía y cuidaría de que mis descendientes no se apartaran de la fe verdadera. Ante semejante prodigio empaqué todo cuanto tenía y salí de mi tierra camino de la dorada Al-Ándalus».

Aquel abad de inmediato echa cuentas y concluye que la noche del incendio es la misma a la de la milagrosa aparición. Le pide al morisco que le permita ver semejante maravilla. Este va a su carromato y pone frente a ellos un paquete envuelto en mantas. Cuando descubre lo que contiene, todos ven a la Virgen negra que el morisco sacó del océano como prueba de su verdad. Al momento la docena de monjes que había permanecido velando las santas cenizas se arrojan al suelo boca abajo y empiezan a rezar y a llorar: la Virgen que tienen frente a ellos es la misma que se perdió en el incendio. Según cuenta la leyenda del mójame, la escultura era ligera como una pluma, pero una vez reposa dentro de los muros del monasterio se trasmuta tan pesada que ni entre los doce monjes son capaces de moverla. Desde entonces allí sigue, pudriéndose, olvidada por la historia y sin posibilidad de que nadie la mueva.

Todos habíamos escuchado el relato de Julio Ramón ensimismados en la fantasía más que en su significado real. Así, me hubiera gustado que la historia hubiera continuado y saber qué fue del moro convertido. Si llegó hasta Compostela y echó raíces en España. O si por el contrario, una vez cumplidos los propósitos de la Virgen, regresó a su país de inventos y prodigios. Mi padre no dio tiempo a que Julio Ramón concluyera esta parte del relato. Se puso en pie y esto fue suficiente para que la luz torciera su rumbo y las palabras del gigante regresaran al lugar de donde quiera que hubieran salido.

Aseguras entonces que es la última de ellas...

Julio Ramón señaló las mantas que cubrían la primera talla del moro Hajjâj y afirmó que no tenía dudas, que junto a esa y la de la ermita del pueblo, teníamos localizadas a las tres Vírgenes.

... Y que no hay posibilidad de negocio con los frailes.

Me temo que así es, Andrés. Algo he sido capaz de dibujar, añadió el gigante cuando mi padre le pidió planos del monasterio y del enclave. Es un convento medio derruido con claustro. Lejos de cualquier núcleo de población. Se encuentra además encallado en una nava de difícil acceso. Tan solo se puede llegar desde una carretera comarcal o bien a través de caminos de labranza si el tiempo lo permite. Una vez allí, no llevará mucho tiempo hacerse a la idea de la disposición de cada zona, pues desde un promontorio se tiene una vista amplia y segura.

Bien, dispuso mi padre en cuanto el gigante terminó de mostrar toda la información que había sido capaz de recabar, tengo la furgoneta en la puerta. Cirilo, escúchame, Jacinto y tú la cargaréis con el equipo necesario. Si no quieren vender por las buenas, tendrán que capitular por las malas. Yo voy a hablar con el espantadizo de Honorio. Habrá que darse prisa. Saldremos mañana con las primeras luces. Ah, añadió ya en la tranquera de espaldas a todos, y la próxima vez que alguien tome una decisión sin consultarme, tendrá que darme cuentas en esta vida y en la próxima, ¿estamos? Estamos.

Y todos supimos del castigo terrible y firme que había detrás de la autoridad de su juramento.

Horas después acudí a la cabaña de pastores donde cada noche de las últimas semanas me había citado con Leonor. Habíamos limpiado el suelo, ahondado el terreno para encender una fogata y abierto una pequeña boca entre las cañas del techo para que escaparan los humos. También llevamos una serie de sacos y mantas que hicieron más placenteros, si es que eso era posible, cada minuto de los que pasábamos juntos hasta el amanecer.

No encontraba la manera de decirle que iba a marcharme del pueblo por unos días. Un incómodo augurio me advertía para no alejarme de su lado. Un presagio de que en las noches de ausencia se abrirían llagas que ella cerraría sin mí.

Acunados por la inercia del amor furtivo, supe que era el momento de confesar la verdad. Le conté que era un ladrón de arte, de iglesias, de todo lo sagrado; que pronto, aquella Virgen de las profundidades no sería nunca más la misma sino una exquisita réplica de madera de tilo esculpida por un gigante. Traté de que Leonor imaginara cuanto había dentro de mí; de que entendiera que la libertad es este tiempo junto a ti. Lejos de la fiereza hipnotizadora de mi padre, Leonor. Lejos de los engendros que enreda mi madre en su plasma fermentado por el odio. Lejos, aún más lejos, escúchame bien, de todo lo que conocemos; del amor doliente y sin término de Jacinto, el Mulas, del amor construido a base de reclusiones de mi hermana Valeria, del amor cobarde dentro del valor de Julio Ramón Ortega.

Entonces así se llama el grandullón ese, me interrumpió Leonor.

La miré extrañado, sin saber de qué podía conocer ella a Julio Ramón.

Lo que me sorprende es que seas tú quien conoce a ese monstruo, sentenció ella, que viva en tu casa y que se sirva de tu hermana Valeria cuando le place.

Leonor se apartó de mí en un gesto acusatorio que me dejó la garganta llena

de arena. Se incorporó y fijó la mirada en las ascuas de la lumbre. Sus ojos se volvieron del color de la miel hervida cuando comenzó a hablar de nuevo:

Hace días que ese ser nos espía a mi hermana y a mí. Se cree que no lo vemos. En cuanto salimos de casa nos lo cruzamos en cualquier camino. Lo sorprendemos escondido entre los árboles, vigilándonos con esos ojos de búho que tiene. Incluso alguna noche, después de estar aquí contigo, puedo sentir sus pisadas de mastodonte caminando a mi espalda, oculto en cualquier sombra. Me da miedo, Cirilo, estoy segura de que merodea con las peores intenciones.

Aliviado al comprobar que sus miedos derivaban solo de su inocencia, la atraje hacía mí. Le aseguré que Julio Ramón era la persona más buena y admirable que había conocido jamás. Que esperaba ser algún día tan grande y leído como él. Que era amable, culto, de buen corazón. Que no haría daño a nadie, aunque le fuera la vida en ello. Confía en mí.

En ese momento un balbuceo que cualquiera hubiera confundido con el viento entre los castaños, con una balada de aves nocturnas, o con el lamento de algún jabalí extraviado, me escarchó el aliento. A mí no me engañaba. Era la misma voz que había escuchado en la Cueva de las Maravillas cuando estuve deambulando solo por sus grutas y pasadizos. La misma voz que luego se manifestó en una silueta que vagaba como un espectro por sus laberintos. Y allí apareció, bajo el dintel que soportaba la pequeña estructura de piedras, aquel rostro de contorno luciferino. Escudriñaba el interior tratando quizá de decidir el modo en que nos robaría el alma. Logré tapar la boca de Leonor justo cuando iba a gritar. El gemido que emitió acobardó a aquella criatura que se alejó cantando la tonada que jamás abandonaría mis pesadillas.

¿Ves? Era él. Te lo dije.

Aquella noche nos fuimos a casa sin poder hablar de todas las cosas que nunca haríamos: subir al primer tren que pasara rumbo al mar; iluminar todas las cuevas de la sierra; hacinar nuestro pasado y prenderle fuego. Qué sé yo.

Ojalá hubiera entendido la súplica que había detrás de tu mirada. Ojalá hubiera sabido que aquella iba a ser la última vez que te vería, a ti, que aún custodias todo lo bueno que queda de aquel tiempo en el que siempre era más temprano, en el que aún estábamos a tiempo de todo, de nada y de los demás, en el que parecíamos condenados a ser felices.

# ثَانِي عَشَرَ

## N

o se mueve, le digo que no hay forma de moverla, es como si estuviera incrustada en la roca, señor Andrés.

Desde un vano del monasterio, Jacinto, el Mulas, nos suplicaba con la mirada. La escena me pareció de una turbadora y ridícula melancolía, pero me abstuve de decir nada. Mi padre había decidido que fuera Jacinto, el Mulas, por tamaño y jerarquía, quien entrara en el monasterio a través de uno de los ojos de la única torre cubierta del edificio. Y todo apuntaba a que la tarea superaba su limitada pericia.

Tal y como había indicado el gigante, el monasterio se encontraba en medio de la nada, alzado en una pequeña planicie de un valle deshabitado hasta por las alimañas y los animales de las tinieblas. El edificio era de un color terroso y uniforme, como levantado por un monstruo aficionado a los castillos de arena. Por fuera, se mostraba muy austero, con una mínima ornamentación en algunas ventanas y el escudo de la orden sobre la fachada principal. Era un lugar de difícil acceso, rodeado por grandes montañas que traían la noche mucho antes de que llegara al resto del mundo. La zona de umbría estaba colmada por un bosque de chopos. Desde allí la vigilancia era segura. Al otro lado del valle, las laderas estaban saturadas por escobas, brezos y piornos, así como pequeños pastizales que a buen seguro darían sustento durante el verano a las pocas reses que los monjes criaran. En general, podría decirse que aquel territorio inhóspito se había estancado en el Medievo por alguna suerte de conjuro.

Habíamos llegado a media mañana. Sin riesgo a ser descubiertos, estudiamos con calma los cuatro flancos del monasterio, así como las posibles vías de escape en caso de que el proyecto se torciera. Desde lo alto, se distinguían dos áreas bien diferenciadas: una más antigua reservada a los servicios y la vida comunitaria, y una de mayor extensión, que según mi padre

era el verdadero monasterio, destinada a las celdas de los monjes. La mayor parte de estas celdas, como ya nos había señalado Julio Ramón, estaban ahora desocupadas: solo una docena de hermanos de la orden habitaban el convento.

El gigante no podía disimular su inquietud mientras daba cuenta de todo cuanto recordaba del interior del monasterio: la capilla, en su parte superior, tiene un tragaluz de ojo de buey que antiguamente debía de servir como calendario según la proyección de los rayos en el suelo. El único problema es que es demasiado pequeña para cualquiera de nosotros. Además, aunque consiguiéramos entrar, no habría forma de escalar después con la Virgen.

Mi padre preguntó por las otras opciones que nos quedaban.

En la planta baja, a la izquierda del refectorio, continuó el gigante señalando con el dedo una hoja de su cuaderno y después la parte oeste del edificio, hay unas escaleras que suben al piso superior. Allí están las aulas de estudio y un pequeño taller que en su día fueron diversas estancias comunales de la congregación religiosa. Ese es el lugar de más fácil acceso pues es donde se encuentran todas las celdas vacantes. Si seguimos por este corredor nos encontraremos unos baños. Más allá hay otra escalera que baja hasta el huerto donde está la puerta de acceso al claustro. Allí se encuentra la entrada a la capilla con la cripta de la Virgen negra, justo debajo del coro.

Mi padre asimilaba la información y dictaba su juicio inapelable. No terminaba de ver clara la idea de Julio Ramón. Opinaba que era demasiado peligroso vagar por esos laberintos de celdas y salones. Lo más sencillo será subir directamente a la torre del lado este, decía al tiempo que la señalaba con su cuchillo en el mapa, justo donde se encuentra esa escalinata que da al claustro. La escalera de cuerdas de la furgoneta debería llegar hasta arriba.

Mi padre quería evitar a toda costa tener que cruzar el refectorio y arriesgarse a encontrar allí a alguien que diera la voz de alarma.

No sé, Andrés, ten en cuenta que los vitrales del refectorio son los únicos huecos de tamaño adecuado, los vanos por los que quieres entrar, aunque parecen amplios, se van estrechando y terminan por ser demasiado angostos para cualquiera de nosotros.

No para todos, dispuso mi padre sentenciando con el mentón a Jacinto.

La decisión fue actuar de noche, al amparo de un cielo anaranjado que amenazaba tormenta. Se diría que estábamos dentro de una caldera. Así, desestimada la última idea de entrar por el ventanuco redondo de la capilla por las dificultades para sacar por allí a la Virgen, solo quedaba coger la escalera de

cuerda de la furgoneta mientras los demás le exponían a Jacinto, el Mulas, su gran oportunidad para ganar la aprobación de su futuro suegro.

El plan es sencillo, como todas las decisiones que uno tiene la bragadura de tomar, le dijo mi padre a Jacinto nada más ver sus párpados agrietados por el miedo. Todo consistía en que el Mulas cargara en una bolsa de cuero la talla de la Virgen negra que habíamos comprado al fraile lacrimoso la primera mañana que salí a trabajar con ellos y la cambiara por la del monasterio. Las Vírgenes no se parecían en nada, siendo una gótica y puesta en pie y la otra románica y sedente. Según Julio Ramón, la carta a jugar era que el prior se mostraba siempre tan dado a llenarse la fantasía con milagros y epifanías que sin duda interpretaría la transmutación de su Virgen como un nuevo prodigio o una señal de la modernidad de los tiempos.

Una vez arriba, Jacinto abriría la cristalera con un estilete, entraría en la torre y bajaría por una escalera de madera que según el gigante conduciría hasta el huerto. Desde allí, solo quedaba cruzar los dedos y esperar que nadie lo viera atravesar el claustro. Era el camino más directo. También el más peligroso pues había que caminar por delante de la biblioteca donde seguramente algunos frailes estudiaran hasta la hora de maitines.

Os digo que no se mueve.

Este es tonto, suspiró Matías tras unos segundos en los que ninguno sabíamos qué decir mientras hacíamos visera con la mano.

Me cago en mi vida, Jacinto, ¿cómo que no se mueve?, preguntó mi padre con su lengua de navaja, si es de madera, joder, la levantaría un niño.

Sí, don Andrés, a mí esto me da mucho canguelo, es lo que dijo Julio, pesa tanto que ni entre doce personas podríamos moverla, *pa'* mí que está embrujada o algo, hasta tiene los ojos como vacíos, usted sabe, como los ciegos.

Maldita sea mi estampa y la de todos mis muertos.

Mi padre se apartó del grupo, se agachó y arrancó una brizna de hierba que se llevó a la boca a la manera de un vaquero. Así permaneció unos segundos, arañando la tierra con su faca de cazador, mientras la fina película de agua se convertía en un sudario carnosos. Entre las descargas de los relámpagos, ya solo se escuchaban los lamentos de Jacinto departiendo con los fantasmas de su mente.

Está bien, expuso al cabo mi padre para mi desgracia, Cirilo, haz el favor de



subir y ver qué pasa.

Una noche, tras despedirme de Leonor, pasé por el cobertizo. Julio era muy dado a soltar la lengua mientras trabajaba. A mí me gustaba escuchar sus historias sin prestarles demasiada atención, como para buscar el sueño. Aquella noche, sin embargo, me habló de mi padre y no quise perderme palabra. Me contó que el día en que se los llevaron a los dos al calabozo por robar en la iglesia del pueblo, mi padre escuchó cómo dos carceleros querían desnudar a un viejo republicano significado para cortarle las pelotas y metérselas en la boca. Andrés, tu padre, me dijo el gigante con la voz algo quebrada, se puso delante del vejstorio y les señaló a los verdugos con la calma de un roble que, si le tocaban un solo pelo al viejo durante su estancia en la cárcel, daría la orden para que su banda les sacara las tripas a sus hijos y a sus mujeres. Después quizá me matéis entre los dos, les amenazó tu padre con el aliento en sus narices, pero no tengáis dudas de que antes de que me tumbéis me dará tiempo a arrancaros las orejas a mordiscos.

Así de recto era mi padre. Y sus decretos eran palabras de mando y honor. Nunca dudes de nada de lo que diga tu padre, patriarca de Alejandría, remató el gigante punteándome el pecho con el cincel, siempre dice la verdad, siempre sabe lo que hace, y lo que hace siempre es lo mejor para su familia.

Hijo, eres el único que entra por esa ventana.

Mi padre me puso la mano en la mejilla y no pude negar su confianza: yo también llevaba una vida esperando ese momento.

Seguro que sabrás qué hacer. Asegúrate de que Jacinto no meta la pata hasta el corvejón y que salgáis de ahí cuanto antes. No me gusta este lugar.

¿Y qué ocurre si de verdad no se mueve?, pregunté con toda la entereza que pude. No quiero decir que esté maldita ni nada de eso. Pero quizá los monjes la tienen clavada al suelo por alguna razón que no sabemos.

Julio Ramón me interrumpió entonces presto para solucionar mis quebrantos: En ese caso saldrás de nuevo al claustro, lo cruzarás en diagonal, entrarás en un pasillo que termina en una sala de recepciones y en un patio empedrado que da por un lado a las caballerizas y por otro a la salida del monasterio. Acércate a esta última. Abrirás los postigos de la puerta pequeña. Allí te estaré esperando yo. Si hay que arrancar a la Virgen de la tierra por la

fuerza, yo soy el más indicado.

Y ninguno, ni siquiera mi padre, dudamos de sus palabras.

Bajo una lluvia firme y pulposa, subí por las nigolas de escalera de cuerda hacia un lugar que solo conocía por las leves descripciones de Julio Ramón. Arriba me encontré con Jacinto, el Mulas, nervioso como un conejo arrinconado por un lobo. Estaba sentado en la esquina de la torre. Agarrado a sus rodillas. Imbuido en su constante balanceo de súplicas y rezos. Con ese tufo de cachorro abandonado tan repulsivo.

Madre, cómo hemos llegado hasta aquí, decía, justo cuando todo lo combado se enderezaba, nos volvieron a engañar, madre, mandaremos al tonto, al que nadie le importa si vive o muere, mira que usted ya me previno, madre, que estos granujas no eran trigo limpio, que los Pajuelo no atan los perros con longanizas, que suba el lelo, aunque se lo trague esta noche sin estrellas, que lo haga aquel del que todos se ríen y así tendremos algo más de lo que burlarnos cuando esté solo en la cama llorando por sus desgracias, me encontrarán y meterán en la cárcel, madre, jamás entraré en la escuela militar, jamás, ¿hasta dónde llegará el amor de la Valeria entonces?, ¿hasta cuándo aguantará este moridero de penas?

Jacinto, le dije a fin de tranquilizarlo y poder salir de allí cuanto antes, entre los dos resolveremos esto. El Mulas se incorporó y se limpió los mocos con la manga de la chaqueta.

Lo siento, no soy más que un cesto pavelo, ya lo decía mi padre que en paz descanse.

Anda, levanta, vamos a por la estatua y salgamos de aquí. Está bien, pero te aseguro que no podremos moverla.

Juntos bajamos por una escalinata de madera podrida hasta salir de la torre. A continuación, tomamos una escalera de hélice tallada en la misma piedra que el resto del edificio hasta ganar un pequeño huerto lleno de arcos metálicos y mallas que protegían hortalizas y verduras. En la esquina opuesta se intuía el principio del claustro. Sin problemas llegamos a él. No se veía ninguna luz en las estancias superiores por lo que pudimos caminar sin miedo a ser descubiertos. Al llegar a la biblioteca pudimos percibir la luz de una mariposa de aceite. Un fraile viejo como las montañas se inclinaba en una posición que no permitía decir si leía o dormía. Sin mayores sobresaltos, Jacinto me llevó hasta el interior de una sacristía sobria, de muros casi desnudos salvo por algunos canecillos de diablos antropomórficos y zoomórficos que daban más miedo por la lepra del tiempo que por la maestría del escultor.

Olía a incienso, a cera derretida, a madera. El espacio parecía homogéneo, de planta cuadrada y techumbre de maderos entrelazados. Las paredes de piedra carecían de ornato a excepción de las salpicaduras de musgo y de algún retrato ennegrecido y ulcerado. Al fondo, sobre el altar, el único adorno pictórico era un pantocrátor que me hizo detener en seco: su actitud y lamentable preservación eran iguales a la silueta negra y semidesnuda de la Diabla en aquella caverna con forma de araña de la Cueva de las Maravillas.

Dejé estos pensamientos para más tarde. Era necesario actuar con urgencia y rigor. La única iluminación de la que disponíamos eran la pequeña lamparilla del sagrario y los fogonazos de la tormenta que entraban por una lucerna. Tomé la mariposa y con ella caminamos hasta la esquina derecha del coro donde se encontraba el acceso a la gruta que buscábamos. A punto estuve de resbalar con la humedad gelatinosa de la escalera.

Me hubiera gustado que Julio Ramón estuviera allí para describirme el espacio con sus intuiciones de artista. Para que me revelara lo que yo solo no sabía apreciar con estos ojos tan embrutecidos. Era una pieza bellísima, mística y arrebatadora. La tercera Virgen negra que buscábamos, no había duda. La talla era fiel a la que teníamos en el cobertizo y a la de la ermita del pueblo. Sin embargo, carecía del hieratismo radical de estas, y se diría que tenía ganas de iniciar con su boca la sonrisa que anunciaban sus ojos. Estaba subida en una peana de roca mal iluminada por cuatro teas de aceite que hacían más tenebroso si cabe el lugar. Traté de levantarla sin éxito. De moverla siquiera. Resultó imposible. No obstante, algo sí me quedó claro: la escultura ni era de piedra ni tampoco estaba clavada al suelo.

Bien, ayúdame, Jacinto, vamos a intentar moverla juntos. Jacinto, el Mulas, se encogió como una urraca y se puso a mi lado. Apoyamos todo nuestro peso sobre la talla románica, empujamos en la misma dirección, y al momento se desplazó unos milímetros. ¿Ves?, aquí no hay brujería de ningún tipo.

Pero, Cirilo, jamás sacaremos a la Virgen de aquí, pesa demasiado para nosotros.

Para nosotros, tal vez, pero no para un gigante.

Había que darse prisa. Pensé en las medidas que tomaría mi padre en esa situación. Le indiqué a Jacinto que sería más seguro si él se quedaba en la gruta mientras yo iba en busca de Julio Ramón. No obtuve réplica. Salí al claustro, crucé por el pasillo opuesto y salvé el patio. Pero en el momento en que me encaminaba a abrir la puerta pequeña del portón, un sonido metálico y estridente me hizo pararme en seco: tocaban la campana para llamar al rezo de la mañana.

Sin tiempo de recapacitar, pasé los cerrojos y abrí la puerta. Con gran alivio descubrí que al otro lado aguardaba el gigante con una manta empapada sobre los hombros.

Julio, acaban de llamar a maitines.

Lo he oído, será mejor que nos marchemos, ya habrá otra ocasión mañana para terminar con esto.

Hay un problema, Jacinto sigue en la gruta de la Virgen.

Julio Ramón abrió los ojos todo lo que pudo revelando dos lunas llenas negras sobre un cielo rojo. Con un movimiento rápido e impropio para su envergadura, me agarró por los hombros, me levantó del suelo y se dio la vuelta conmigo en lo que podría interpretarse en otra situación más venturosa como un ridículo pase de baile, hasta colocarme en el lugar que antes ocupaba él, al otro lado del umbral de la puerta.

¿Quién va?, escuché a su espalda.

Márchate, patriarca de Alejandría, me susurró con un guiño, yo arreglo esto.

El gigante sonrió y levantó la voz: Soy yo, prior, el padre Ludovico, la puerta estaba abierta y nadie respondía a mis llamados. Julio Ramón se quitó la manta, y reveló sus vestidos de sacerdote.

Hermano Ludovico, pero qué alegría verle de nuevo. ¿Qué le trae por aquí en esta noche tan traicionera? Pero pase, que está empapado. Ya habrá tiempo de hablar. Póngase algo seco. Llega a la primera de las horas canónicas. Rezaremos juntos.

Nada me agradaría más, dispuso Julio Ramón.

Cuando relaté lo sucedido, mi padre no se enfureció como esperaba. Tampoco cambió su semblante de bandido. Incluso llegué a pensar que ni siquiera me había escuchado. Matías tampoco dijo nada. Resopló con una media sonrisa de asqueo y se acomodó en el asiento. Mi padre, sin echar mano de la majestad de su poder, arrancó la furgoneta y salimos del lugar. No parecía haber término humano ni divino para su determinación.

No iremos a dejarlos allí, ¿verdad?

No está de nuestra mano, me respondió mi padre sin mover siquiera los labios.

Pero enseguida descubrirán sus intenciones y darán aviso a la Guardia Civil.

Todo irá bien, Cirilo, coño. Julio Ramón sabrá qué hacer y tiene la otra furgoneta para volver. Las llaves están puestas. Nosotros tenemos que regresar al pueblo para arreglar el trato con el cura. En dos días quiero este maldito embrollo zanjado. Demasiados contratiempos llevamos ya. Juntaremos las tres Vírgenes en casa de la señora Engracia y allí las estudiaremos sin prisa. Ahora duérmete.

No podía creer lo que estaba escuchando. Después de todo lo que Julio Ramón Ortega había hecho por él, de la devoción y fidelidad que le mostraba en cada momento, mi padre iba a dejarlo allí encerrado sin más.

Detén la furgoneta. Yo no voy.

Mi padre frenó en seco, no para dejar que mi voluntad se antepusiera a la suya, sino para hacerme ver que él estaba en el mundo antes que la verdad y que, cuando la verdad nació, la hicieron a su imagen y semejanza; para que jamás me atreviera a dudar de que incluso la mentira, si él se lo proponía, se convertiría en verdad con solo un resuello de sus designios. Pues no había nada que existiera anterior a su poder y que perdurara más allá de él.

¿Pero quién te has creído que eres para hablarme así, jodido mocososo?, escupió agarrándome de mi empapada camisa.

Le dije que no me iría de allí sin Julio. Que, dentro de ese vehículo, yo y solo yo me he jugado el pellejo, padre, que Julio Ramón es el único que ha tenido arrestos para venir a rescatarme, que abandonarlo allí es traición. Traición, padre, traición, malditas sean tus Vírgenes y la fetidez de tu familia. Traición. Que nada hay peor que la traición.

Mi padre me miró tal que si fuera la primera vez que me miraba. Con unos ojos letales que parecían pensar de qué carajo conozco yo a esta masa de carne que me habla desde más allá de mí mismo, de mi propia verdad, desde más allá de lo que no existe porque ni es mío ni yo lo concebí. Y así se mantuvo un largo rato, abriéndome el alma con las tenazas de un tiempo en que Andrés Pajuelo fue el más feliz de todos los hombres felices de este mundo. Y sus tierras las más extensas y fértiles. Su hija la más hermosa y deseada. Sus dos varones los de mayor corazón. A ellos les enseñaría a volar cometas, a pescar, a ser hombres. A seguir el rastro de la liebre y del corzo. A domar el cuero y a fabricar odres con el pellejo de la cabra. A vivir sonriendo, aunque se torciera el rumbo del tiempo y se secaran los rosales salvajes del patio. Y a pesar de que puso todo su empeño y afecto en quebrar mi determinación, esa fue la primera vez en que fui capaz de aguantarle aquellos pozos de muerte que mi padre tenía en la cara.

Bien, hijo, si es lo que quieres, así se hará.

Mi padre sonrió, cerró las puertas de su virtud y me besó en la frente.

Aquí tienes, dijo ofreciéndome la empuñadura blanca de su cuchillo legendario, por si las cosas se ponen feas. No temas, cógelo. Te servirá para protegerte. Está muy bien afilado. Nosotros tenemos que ir al pueblo a arreglar el asunto del cambio de Vírgenes con Honorio. Tú espéralos en la puerta con el motor y las luces apagadas. Nos vemos pronto.

# ثَالِثَ عَشَرَ

## S

e fue la mañana entre el frío y los silencios. Ni el suicidio de una estrella se escuchó. Pasó también el mediodía, y ni siquiera vinieron los cuervos del camposanto a dar vida al monasterio con su aleteo negro y sus graznidos en clave de morse. Pensé que si el gigante pretendía realizar algún movimiento esperaría hasta la noche, cuando la mayor parte de los religiosos se afanaran en sus tareas de estudio o cayeran en el letargo de las oraciones y el descanso. Refugiado en esta convicción, procuré dormir a lo largo de la tarde para que el cansancio no viniera a pedirme cuentas en el peor momento.

No pude sin embargo descansar y se me pasaron las horas en una especie de ensoñación consciente que no hizo sino agotarme todavía más. En este cansino duermevela me preguntaba, arrepentido, si había tomado la decisión correcta. ¿Qué pasaría si el gigante y el Mulas no salían en varios días del monasterio? Peor todavía, ¿y si terminaban encarcelados? ¿Y si también me encontraban a mí? Solo el pensamiento me estremecía más que la ventisca que zarandeaba la furgoneta como a una cuna.

No es que me asustara el fracaso de la operación, o que fuera imposible acercarse a la talla de la Virgen en mucho tiempo, o que mi padre bajara a todos los santos del cielo para quemarlos en la misma pira en que nos quemaría a todos por haberle fallado. Nada de eso. Lo que más me aterraba es que desconocía por completo la manera de regresar al pueblo junto a Leonor.

El gigante me había dicho un día que el miedo no es más que otra variedad del dolor. Cuando lo experimentas crees que es imposible que el sentimiento sea más intenso, hasta que llega un dolor más fuerte y te olvidas de lo sufrido, como un cambio de estación. Así fue el miedo que sentí cuando alguien tocó con los nudillos en la ventanilla de la furgoneta. Un miedo que me hizo olvidar todos los miedos.

Rapaz, sal de ahí, tenemos que hablar.

Salvo que estuviera soñando o que hubiera caído en delirios víctima de una fiebre, aquel era el fraile que estudiaba en la biblioteca la pasada noche cuando Jacinto y yo cruzamos el claustro del monasterio. Si entonces lo creí viejo, ahora no sabría definirlo con un mínimo rigor. Sus arrugas eran pliegues de tocino secado al sol. Sus ojos, blanquecinos, de una terquedad absoluta, gastados del uso. Y sus labios tan tenues que parecía hubieran desaparecido dentro de la boca a fuerza de mantener un rictus de rabia con la vida a la intemperie. Todo él parecía sacado de una parábola apócrifa. Mi primer instinto fue encender el motor y huir de allí a toda velocidad.

A ver, rapaz, vengo de parte del padre Ludovico, añadió el viejo en un tono más conciliador cuando entendió mis intenciones. Presumo que tú eres el supuesto patriarca de Alejandría. Me lo esperaba con más barba.

Me resistía a creer que aquella suerte de gnomo cuarteado como el barro seco fuera colaborador del gigante. Mi primera reflexión fue la siguiente: han descubierto a Jacinto en cuanto haya arrancado a conversar con sus espejismos de lunático. Este ha confesado todo, incluida la verdadera identidad de Julio Ramón. Más tarde, entre torturas, el gigante ha revelado aquel apodo por el que solo él me conoce como una última maldición antes de marcharse hacia la condenación eterna.

Enseguida comprendí que nada de eso era posible: salvo que tuvieran escondido en unas mazmorras a otro gigante bíblico, ni un centenar de frailes encontrarían la manera de someter a mi amigo por la fuerza. Ante la falta de otras alternativas de coherencia, no me quedó más remedio que tentar a la suerte y bajar la ventanilla para escuchar lo que el anciano tenía que decir.

El padre Ludovico, o Julio Ramón, como tú lo conoces, me ha dicho que te espera esta noche al otro lado del monasterio. Hay una puerta falsa en el muro oeste por donde en otro tiempo entraban y salían las muchachas de carnes alegres y generosas, ya me entiendes. El anciano estiró la cara en lo que interpreté como una sonrisa y me enseñó su boca picada como el arroz negro. Ahora solo la conozco yo, que soy más viejo que el tiempo y el que más uso le dio a la misma una vez pasaba Cuaresma. Ah, también me ha dicho que ha hablado con el otro de los vuestros. Está a salvo.

Mi única reacción fue preguntarle su nombre. Tú eres bobo, respondió el viejo moviendo la lengua como si fuera un pez coleando en su boca al tiempo que amenazaba con darme un golpe en la cabeza con sus nudillos. Me muero de frío, no tengo tiempo de sandeces.



Al menos tendrá que decirme por qué nos ayuda, de lo contrario no tengo ningún motivo para creerle.

Qué sé yo, dijo con cierta indecisión, aburrimiento, aquí hay mucho tiempo para cavilar maldades, ahora tú puedes hacer lo que te venga en gana, ahí te quedas.

El viejo dio la vuelta y se fue encorvado como un interrogante, luchando por avanzar contra una fuerza invisible, con los hombros caídos y los puños cerrados dentro de las bocamangas.

Arranqué la furgoneta. Si todo aquello era cierto, lo mejor sería esconderme lo más cerca posible del lugar de la huida. Sospechaba, además, que el gigante haría lo posible por salir también con la Virgen negra, por lo que solo podría desplazarse unos cuantos pasos sin caer rendido por el peso de la talla.

Bordeaba el monasterio entre los árboles por un camino de herradura, cuando descubría que habíamos dejado la escalera de cuerda colgada de la torre. Aquello podría meternos en serios problemas si no la retiraba. Los monjes comprenderían que alguien había entrado en el monasterio con intenciones de hacerse amigo de lo ajeno. El milagro de la transmutación de la Virgen románica en gótica no sería entonces más que un burdo trueque, una engañifa de estafador.

En ese momento vi una silueta en lo alto de la torre. Estaba de espaldas y comenzaba a bajar por la escalera. No había duda de quién era el dueño de aquellos movimientos tan tristes. Jacinto, el Mulas, llegó hasta el suelo. Sin pensárselo dos veces, sin tan siquiera escudriñar a sus compañeros de asalto, emprendió una huida atropellada hacia la fronda de chopos.

Pasé las escasas dos horas que quedaban de luz buscando al Mulas. Encontré sus afligidas huellas, su boina de pobre, y restos de comida que sin duda se había llevado del monasterio, lo que me hizo comprender que en verdad había recibido ayuda desde el interior para escapar.

Se estaba levantando un viento gélido y nervioso que arrastraba nubarrones anaranjados de cobre candente. Una tormenta más imponente que la de la noche previa se acercaba. No parecía sensato seguir el rastro de Jacinto en semejantes circunstancias. Al mismo tiempo, quedaba poco para la hora pactada con el viejo fraile para la salida de Julio Ramón. Decidí así abandonar la persecución para otro momento. Tampoco podrá llegar muy lejos con esos pies y ese valor de oveja huérfana, pensé.

Una vez dentro de la furgoneta puse todos mis sentidos en la base del muro que me había indicado el anciano. Al poco comenzó a llover con violencia. Si

aquello continuaba así, o si el gigante tardaba mucho más en escapar, sería imposible que la furgoneta pudiera desplazarse por el pantano de barro en que se convertía el camino mulero que comunicaba con la zona asfaltada.

Por fin me pareció distinguir que un segmento de pared se movía como si en verdad tuviera bisagras. Puse en marcha el motor y salí a navegar en aquella inundación apocalíptica. Me detuve cuando advertí que de la oquedad recién abierta no emergía el gigante sino la figura inequívoca del anciano milenario y chingón. Temí que fuera una trampa. El monje miró a ambos lados e indicó con un gesto del brazo a quien estuviera detrás de él que podía seguirle. Con semejante aguacero, hubiera sido imposible distinguir al encapuchado que asomó por la abertura si no fuera por su monumental fuste de toro bravo.

El gigante salió de espaldas, giboso, como si soportara el peso de la bola de acero de un reo. Corrí en su ayuda. Cuando me vio, sonrió como la primera vez que apareció en la puerta de mi casa con su baúl y sus herramientas de tallista. Sabía que podría contar contigo, patriarca de Alejandría, farfulló con los dientes apretados.

Cargaba con la estatua envuelta en mantas. Boqueaba, con la piel inyectada en un relieve de sangre. Colocó la talla en la parte trasera de la furgoneta y se llevó las manos a la espalda gruñendo de dolor. Enseguida recuperó su estatura y su mímica alegre. Caminó unos pasos en dirección al fraile, y le besó en la frente.

Dios te bendiga, amigo, has saldado tu deuda.

Hace tiempo que Dios se olvidó de mí, padre Ludovico, pero me alegro de estar en paz contigo y con los tuyos.

El gigante se acomodó en el asiento del conductor, resopló desde lo más profundo del pecho y apoyó la frente en el volante unos segundos. Estaba agotado. ¿Y Jacinto?, preguntó en esa misma posición. Sorprendido por la consulta le expliqué que el Mulas había escapado por la escalera de la torre. Se suponía que debía esperarme aquí fuera, me contestó.

Pues me temo que se habrá asustado. He ido detrás de él, pero no he podido alcanzarlo, me imagino que lo encontraremos en la carretera, no ha podido ir demasiado lejos.

Tenía sed de aire y cuando escapamos de aquel valle de agua sentí los pulmones llenarse. Una vez salimos de los caminos de herradura y alcanzamos la carretera, Julio Ramón también se relajó. Conducía muy despacio, con una mano en el volante y la otra en la frente soportando el peso de su cabeza. Tenía los

ojos ahumados por una meditación más antigua que el fuego. Después de tantos sobresaltos, yo tampoco tenía ganas de conversación. Me dolían los ojos, agotados de tanta lluvia. Me acomodé en el asiento con la esperanza de poder dormir hasta que llegásemos al pueblo. De repente, Julio Ramón pegó un frenazo que me hizo golpear la cabeza con la luna delantera.

Mierda, masculló, vienen detrás de nosotros. Pero eso no es lo peor.

# رَابِعَ عَشَرَ

## U

na vez el gigante me dijo que el pasado no existe, que el presente ya es pasado y que por lo tanto el futuro nunca existirá: Un día se hará presente y por lo tanto será ya pasado. Así están asentadas las reglas del tiempo, patriarca, no hay más.

Todo ocurrió demasiado deprisa.

¿Qué pasa, Julio?, ¿a qué viene este frenazo?

Estábamos en el rizo de una carretera de montaña. El gigante me indicó que me asomara a la ventanilla. Estaba muy oscuro. Al mundo le había caído una exhalación de ceniza. En lo profundo del valle se distinguían las uvas de luz del alumbrado de un pueblo.

No veo nada, Julio, dije en el mismo momento en que distinguía unas luces amarillas agitándose como luciérnagas extraviadas.

Allí, mira, al menos dos coches. De la Guardia Civil. No será más que un control rutinario, pero si seguimos no tengo duda de que nos darán el alto. No queda otra que esperar.

El gigante apagó las luces, dio marcha atrás unos metros y giró a la derecha, echando abajo un letrero de coto de caza. Avanzamos unos metros fuera de cualquier traza de camino y detuvimos el vehículo entre unos árboles.

Será mejor pasar aquí el resto de la noche, me dijo. Aún quedan unas cuantas horas hasta que amanezca. Duerme un rato, te hará falta.

Julio, ¿no piensas contarme lo que ha pasado dentro del monasterio?

¿Qué quieres saber?

Para empezar, quién era ese viejo que nos ha ayudado a escapar.

Julio Ramón adoptó aquel gesto sugestivo de profesor y supe que iba a contarme una buena historia. Reclinó el asiento, cruzó los brazos y echó la

cabeza atrás. Con los ojos cerrados, comenzó a hablar de tal manera que pensé que lo hacía consigo mismo:

Mi padre era trapero, aunque ya se sabe, al final vendía cualquier cosa que fuera vieja e inservible. Grande como un toro, y tranquilo como el movimiento de un árbol. Era un buen hombre. O al menos así me han enseñado a recordarlo. Uno nunca sabe si un recuerdo es algo que guardamos o algo que hemos perdido para siempre.

Nació cerca de vuestra casa. Se casó muy joven, quizá demasiado, y se marchó a una aldea vecina, aquí cerca, en el valle. Eran los tiempos de la Guerra Civil, tiempos oscuros que tampoco sé muy bien si hay que olvidar para siempre, como una mampesada, o que recordar cada día cual escarmiento. Según me hago mayor se me agolpan las dudas al tiempo que pierdo certezas. Dicen que eso es un síntoma de erudición, de que te haces más sabio, pero qué quieres que te diga: es de lo más fatigoso.

Lo cierto es que tuvimos suerte. En el pueblo la guerra pasó de refilón. Allí nadie entendía de más ideas políticas que el trabajo de cada uno. Mi padre tampoco. Cuando le preguntaban sus pensamientos políticos siempre decía que hacía lo posible por no tenerlos. Aunque claro, tenerlos, los tenía. Yo era muy pequeño para entender esas cosas. Ahora sé que tenía razón. No hay que defender una idea con demasiado ímpetu, patriarca de Alejandría, no siendo que algún día te arrepientas de quién fuiste.

Pero en el pueblo la guerra sí que fue una excusa para saldar otro tipo de deudas más personales, de tal manera que aún hoy muchos crímenes tienen firma, pero no razones y menos aún castigo. Y así se han quedado. Te sorprendería la cantidad de gente que camina por el pueblo con un muerto a sus espaldas.

El caso es que una noche un amigo de mi padre aporreó la puerta. Tenía el color quebrado de los que se les va la vida y una herida de plomo en el costado. Mi madre le hizo entrar y lo escondió. Al rato vinieron dos hombres armados con escopetas. Mi padre se negó a que pusieran un pie en casa. Le metieron un trabucazo en el estómago en nombre de sus ideas. No murió allí mismo, ya te he dicho que mi padre era más correoso que un jabalí. En lo que cargaban de nuevo sus armas, tuvo tiempo de dar garrote a estos dos cobardes. Ese hombre al que salvó mi padre era el anciano monje que has visto hace un rato en el monasterio.

Cuando se recuperó de sus heridas, el hombre prometió hacerse cargo de mi educación. Mi madre, con gran pesar, supo que sería la única manera en que su hijo podría tener un futuro alejado de aquella miserable aldea. Años después, el

monje volvió para cumplir su palabra. Me llevó a un seminario donde me instruyó para tomar los hábitos y me enseñó todo lo que sé de arte. Es curioso, pero si no hubiera sido por la Iglesia jamás habría sabido lo que son las letras por lo que jamás habría descubierto las falsedades que encierran en sus doctrinas. Pero así funciona el mundo: el conocimiento es solo para los acaudalados y para los que llevan sotana. Esperemos que esto cambie con los años.

Julio Ramón se acomodó lo mejor que pudo para dormir. Hasta ahí iba a contar. No pude tragarme más la duda y le confesé que la otra noche le había visto en el monte. Junto a mi hermana, ya sabes, en la casa del altiplano.

El gigante no pareció sorprenderse por la aclaración. Giró la cabeza, abrió un ojo con expresión somnolienta, y me miró como si fuera él quien esperara una respuesta y no quien debía procurarla. ¿Puedes guardar un secreto?, preguntó recuperando su postura de embalsamado.

Le respondí lo mismo que le había escuchado decir un par de veces a mi padre, que quien no tiene un secreto no puede ser buena persona porque jamás podrá entender las motivaciones de otros para tenerlos: Ya conoces esa manía de mi padre de caminar con los zapatos del otro antes de abrir la boca para opinar.

El gigante, bien complacido por mi respuesta, bien porque pensaba contar su historia de todos modos, continuó:

Al poco de regresar al pueblo, convertido ya en sacerdote, mi madre murió de tuberculosis. Yo aún era muy joven, solo un niño, y no sabía más que lo que venía en los libros de arte y teología. Para mí el mundo real estaba saturado de una brutalidad asfixiante. Tu padre se hizo entonces cargo de mi pábulo. Tú acababas de nacer por eso no recuerdas nada. Andrés ha sido desde entonces un padre para mí también.

Fue por esa época que llegó el moro con sus leyendas medievales y sus *tesoros* antiguos y sus comecabezas y su retórica luminosa, ya sabes. Mis estudios de arte le sirvieron de mucho a tu padre, y su experiencia completó mi formación. Puedes imaginar que pronto tu padre y yo hiciéramos buenas migas. En fin, sabes de sobra lo que opino de Andrés, no tengo que repetirme. Así fue que juntos nos embarcamos en la búsqueda de las Vírgenes negras del moro Hajjâj.

En ese momento el gigante sonrió. Ya no hablaba conmigo sino con un tiempo en el que me atrevería a decir que fue feliz. De nuevo giró la cabeza, abrió los ojos y terminó su historia:

El resumen de lo que quieres saber es que no tardé en enamorarme de tu

hermana. Tenía decidido dejar los hábitos por ella. Pero de eso no es el momento de hablar. Después ocurrió todo lo que ya conoces. Alguien nos traicionó. Nos detuvieron por robar la Virgen del pueblo. Nos encarcelaron. Tu padre asumió todas las culpas. Quedé en libertad sin cargos. Me fui a estudiar a la universidad y fin de la historia. Yo también quiero ser buena persona, patriarca de Alejandría, así que me guardaré algunos secretos.

Ahí terminó el gigante su historia. Sus palabras eran un arañazo, una guerra para la que no había paz posible. Me hubiera gustado preguntarle si era verdad que, como me había advertido Leonor, espiaba a las gemelas por la noche, pero no lo hice. Era imposible que Julio Ramón albergara semejantes vilezas en su pecho. Minutos después caí rendido y no supe más de este mundo hasta la salida del sol.

Cuando desperté, todavía caía un suave orvallo. Julio Ramón fumaba fuera de la furgoneta. En cuanto apreció que estaba despierto tiró el cigarro contra el suelo, lo pisó como si fuera una araña y subió al vehículo. Buenos días, patriarca de Alejandría, es hora de irnos. Tu padre nos espera. Hoy va a ser un gran día, remató a la vez que se frotaba sus manos llenas de tierra húmeda tal que si quisiera hacer fuego con ellas.

El gigante estaba de muy buen humor. Yo también reí con ganas. Siempre me entraba un cosquilleo divertido cuando aquel ser totémico se sentaba al volante de aquella furgoneta varias tallas más pequeña de lo que le correspondería.

Arrancó y bajamos la montaña en un vaivén de toboganes verdes. Durante un rato charlamos con buen ánimo sobre cosas sin importancia que ya he olvidado. De vez en cuando Julio Ramón se detenía para observar un árbol o para recrearse con alguna vista del paisaje como si a fuerza de mirar aquel valle de abedules, madroños, castaños, loros y brezales se le destaponaran los sumideros de la memoria. Al cabo de unos minutos cruzamos la pequeña aldea donde la pasada noche avistamos a los vehículos de la Guardia Civil. El control se había levantado y cruzamos la escasa docena de edificaciones sin una mala mirada.

A la salida del pueblo vimos a Jacinto, el Mulas, sentado al borde de la carretera. Los labios le temblaban. Ni siquiera nos reconoció. Estaba consumido, azul, como si en una noche hubiera envejecido diez años. Entre los dos, ayudamos al Mulas a cambiarse sus empapadas ropas por otras secas. Una vez dentro de la furgoneta, lo tapamos con unas mantas y cayó dormido sin invocar a ninguno de sus fantasmas.

Nos detuvimos en un figón cercano. Compramos algo de pan, tomamos café y tratamos de que el Mulas bebiera algo caliente. Aunque todavía estábamos lejos del pueblo, Julio Ramón parecía no tener prisa. Nos desviamos más de una vez. Quería enseñarme un par de ermitas románicas levantadas en piedra de una belleza singular, bien por los tesoros que guardaban, bien por las historias que escondían. El gigante las conocía todas, e incluso satisfacía cada una de mis preguntas con tal presteza que sus sentencias parecían invenciones de astuto fabulador.

Quizá porque la enfermedad del ladrón se le había metido dentro, o porque no soportaba ver cómo toda aquella bondad artística se estaba deteriorando, en dos de esas iglesias me pidió que vigilara mientras cargaba en la furgoneta varios cuadros y esculturas de santos que ciertamente se encontraban en terrible estado de conservación. En cuanto todo esto pase, me decía, las restauraré y las devolveré a este lugar, a partir de ahora pienso consagrar mi vida a cuidar el patrimonio de estas pequeñas iglesias.

Yo, por supuesto, le creí.

De repente el gigantón se detuvo, extasiado, con la mirada fija en una especie de sepulcro lateral escavado en la roca. Caminó unos pasos hacia delante y colocó la mano sobre la pared vacía de tal modo que parecía medir su temperatura o su latido mineral.

Aquí estaba, patriarca, aquí. Inmutable, hierática majestad, coronada y madre: la talla de una maravillosa Virgen negra. La más hermosa que vi nunca. Su rostro era templado, sus facciones delicadas y clementes. Tenía un manto con las constelaciones delineadas en azul. Cuando la luz entraba por esa claraboya el manto se le iluminaba y pareciera que el mismo cielo la abrigara. Pero igual que llegó se fue. Ya conoces las leyendas: unos niños recibieron su llamada, excavaron en el lugar adecuado y allí estaba. Hace años desapareció.

Alguien entró en la ermita. Me giré convencido de que la Guardia Civil nos había encontrado. Al otro extremo de la planta central distinguí a una anciana que trataba de arrodillarse frente al altar superior. Al vernos, se le iluminó el rostro. Padre Ludovico, ¿qué hace usted aquí? Buenos días, hermana, ya ve, recordar, a veces uno necesita recordar antes de tomar decisiones. ¿Volverá pronto? Pronto, hermana, pronto, y la Virgen también vendrá, añadió el gigante como adivinando las ansias de la anciana, ya lo verá. Dios le oiga, padre, pues andamos sin cura por estos andurriales, nadie viene a la iglesia desde que la Virgen se nos fue.

Creo que las palabras de aquella mujer le causaban verdadero dolor físico a



Julio Ramón. Apretó la mandíbula y los huesos del cráneo le crujieron. Con las cejas erizadas y los ojos trémulos, el gigantón bendijo a la vieja y salió de la ermita. Era de una certidumbre merecedora de compasión que mi amigo no soportaba verse necesitado, saberse requerido, y no tener manera de dar contento a aquellas miradas desvalidas.

Hastiado de incongruencias me enfrenté al gigante: Rechazas a la Iglesia y al mismo tiempo me hablas de milagros; dejas los hábitos, pero demuestras tu devoción por una Virgen de madera; duermes en una furgoneta por no entrar en casa de la señora Engracia y además...

¿Quién te ha contado esa falsedad? A Engracia la tengo en muy alta estima. Cuando a tu padre y a mí nos perseguían ella nos dio cobijo y nos escondió. Es una buena mujer. Lo que ocurre, patriarca, es que deseaba dormir aquí. En la que fue mi parroquia. Aquí viví tranquilo unos años. Eso es lo más cerca que puede estar uno de la felicidad. La casa de la señora Engracia no queda lejos. Sencillamente bajé caminando.

El otro día mi padre dijo que la religión ha traído más muertos que todas las enfermedades del mundo juntas, creí que tú estabas de acuerdo.

El gigante se giró recuperando su perfil de hombre providencial e inmune a la ternura. Así comenzó a hablar de cada uno de los que fueron sus feligreses. De las razones que guardaban para acudir a la iglesia a rezar. Para postrarse. Para besar el suelo frente a un pedazo de tronco. Me confesó con una devoción digna de lástima sus dudas sobre la comunión de las almas y los mensajes evangélicos: Yo quería creer, me he esforzado, enloquecido de dolor, por encontrar la fe verdadera. Aseguró que envidiaba a aquellos que depositaban su confianza en lo intangible lo mismo que un matemático en sus números. Querido patriarca de Alejandría, dijo con la voz hecha trizas, soy el hombre más descreído y agnóstico de la Tierra, pero sé que el hombre solo es hombre desde que existe la religión. Es desde el momento en que miramos al cielo, pensamos en el más allá, nos hacemos preguntas, enterramos a nuestros muertos, les facilitamos el tránsito a la otra vida y los veneramos, que empezamos a ser diferentes al resto de bestias. Con la aparición de este pensamiento absoluto, el hombre mira dentro de sí y proyecta su imagen en el mundo. Es esa capacidad de abstracción, el pensamiento simbólico que surgió en la cabeza del primer ser humano lo que hace de nosotros lo que somos. Lo mejor que puede dar el hombre. Mira, muchacho, me decía el gigante con la voz con que uno reza en su cabeza, mira a tu alrededor. En la naturaleza todo aquello que no es útil se desecha, todo lo necesario persiste. Si en miles de años la idea religiosa no ha sido eliminada de

nuestro instinto es por lo ineludible del concepto. Está en nuestra esencia nuclear y es necesario tratar de entender por qué. Da igual si es cierto o no. Da igual si hay otra vida, si hay uno, ninguno o cien dioses. La oración, patriarca, la oración nos hace conocernos mejor. Nos mantiene en paz con nuestras miserias. La gente pasa sus días con la cabeza llena de turbaciones, contrariedades, no tiene tiempo para recapacitar, para mirar dentro de lo que es y de lo que pudiera ser. La oración es la excusa para hablar con uno mismo y respirar. Yo no sé orar, se me olvidó, dijo mirándome al fin, no me creo a mí mismo. Pero la gente del pueblo, cuando se sienta sobre estos bancos, entiende que habla con Dios o con la Virgen, y aunque tal vez nadie escuche, aunque seguramente todos los dioses sean sordos, ellos encuentran la manera de darse ánimos y esperanzas, de seguir adelante. Porque de un modo u otro siempre estamos solos, y es dentro de uno mismo donde hay que buscar las respuestas. ¿Se engañan? Qué importa eso. No todo en la vida tiene por qué ser verdad. La nada también debe ser algo. Lo malo de la religión es cuando alguien se atreve a interpretar la de otros; cuando alguien te dice lo que debes creer y cómo debes creerlo. Y yo descubrí que no quería ser esa persona. Por eso dejé los hábitos. Esa es la única verdad que puedo contarte.

Julio Ramón detuvo su discurso. Parecía ponderar sus propias palabras, en busca de los detalles de una realidad donde ya siempre habría dudas, donde ya solo quedaba el fulgor de su propio desprecio.

Algún día, patriarca, algún día, cuando todo esto acabe, llenaré este hueco con la Virgen más hermosa de la sierra para que toda esta gente recupere la esperanza y venga a aliviar su carga. Yo mismo la tallaré si es preciso.

La luz del día se fue antes de lo esperado. El cielo se había abrigado con una toga de nubes negras que avisaban sin disfraces de la catástrofe que acarreaban.

Jacinto, el Mulas, parecía casi recuperado. Presentaba un color más saludable y comió con buen apetito. No quiso, sin embargo, acompañarnos en ninguna de estas visitas y permaneció dentro de la furgoneta, tapado con unos abrigos y, para mayor asombro, en silencio.

Advertí al gigante que sería mejor marcharse: Se hace tarde y tiene pinta de que va a caer una tormenta memorable. El gigante asintió. Me pidió que marcara en el mapa las iglesias por las que habíamos pasado para regresar a por varios muebles de época que, según él, con un buen lijado y una capa de barniz quedarían como nuevos. Arrancó la furgoneta y comenzó a silbar una canción alegre y pegadiza.

Hoy va a ser un gran día, volvió a repetir, hoy va a ser un gran día, y remató con una sonora carcajada que escondía más de lo que mostraba.

Estábamos a unos veinte kilómetros de casa, sin embargo, tardamos casi una hora en recorrerlos. El aguacero hacía muy dificultoso seguir la carretera y a menudo teníamos que detenernos para asegurar el trazado de una curva o evitar socavones.

Apenas quedaban tres curvas para llegar al pueblo cuando ocurrió. El gigante frenó de golpe, la mercancía que llevamos atrás chocó contra los laterales del vehículo, las ruedas dejaron de girar y patinaron dejándonos cerca de despeñarnos sobre la enlutada selva de castaños.

Allí estaban.

La luz amarilla se reflejaba en cada gota de agua y se perdía en la distancia. Había dos coches de la Guardia Civil aparcados a ambos lados del camino. Se me levantó el estómago. El gigante me miró en busca de ayuda o de razones. Tenía el embrague pisado. Balanceaba el acelerador lo mismo que un piloto de carreras justo antes de la salida.

Jacinto, dijo sin apenas mover los labios, voy a dar las largas un segundo, abre las puertas de atrás y corre. A ti no te verán. ¿Cómo?, preguntó el alunado. ¡Ya! Joder ¡Ya!

Excitado por un impulso oculto, Jacinto, el Mulas, se golpeó la cabeza contra el techo de la furgoneta y salió a trompicones hacia la oscuridad del bosque. Estaba a salvo.

Ahora Julio Ramón se dirigió a mí: Quiero que en cuanto te avise saltes a la cuneta y corras sin mirar atrás. Quiero que corras como si pudieras sentir el aliento de todos los perros del infierno.

Me negué.

El gigante me lanzó la advertencia con la furia de mi padre, con esa determinación que hacía que no existiera nada más allá de sus decisiones, con la cólera de aquel que es capaz de torcer acontecimientos y voluntades. Me agarró del cuello. Fuerte. Solo tenía que cerrar un poco más el grillete de su mano para estrangularme como a un gorrión. Aquí yo soy el jefe, Cirilo. Harás lo que yo te diga, cuando yo te lo diga y como yo te lo diga. ¿Estamos?

Avanzamos unos metros a poca velocidad. Uno de los guardias civiles se colocó en medio de la carretera. Con un movimiento de arriba debajo de su linterna nos indicó que detuviéramos el vehículo a un lado. Así lo hicimos. Dos individuos dentro de unas capas verdes de plástico que les llegaban al suelo nos

abordaron por ambos flancos. El que estaba al lado del gigante se llevó las manos al tricornio a modo de saludo. Julio Ramón bajó la ventanilla.

Buenas noches, agente, por decir algo, porque llueve que si tiene Dios agua en los cielos. Buenas noches, padre, ¿le importaría decirme adonde se dirigen?, preguntó el guardia de una manera que hacía intuir lo poco que le importaba la respuesta. Claro, al pueblo de ahí mismo, llevo a mi sobrino a casa, sabe, tiene unos días libres en el seminario. Por supuesto, padre, pero entienda que es un poco tarde para circular, además de peligroso, ¿le importaría que echásemos un vistazo ahí atrás? —en realidad el otro guardia civil llevaba rato apuntando con la linterna los laterales de la furgoneta—, es solo una diligencia rutinaria. Faltaría más, agente, las puertas están abiertas.

Los guardias rodearon el vehículo. El gigante los seguía a través de los retrovisores hasta que llegaron a las puertas traseras.

Julio Ramón aceleró de golpe, dejando una espesa humareda y una pestilencia a goma quemada sobre los dos agentes. Salté de la furgoneta y me deslicé bajo uno de los coches de la Guardia Civil. Me arrastré al otro lado y salí corriendo como me habían ordenado. Corrí, montaña arriba. Sin mirar atrás. Tropezaba. Resbalaba. Me hundía en el barro. Caía unos metros. Me incorporaba de nuevo y escalaba con la ayuda de las manos.

Tres disparos seguidos de un inconcebible estruendo rompieron el mundo. Me detuve. Levanté los brazos para rendirme.

Esperé.

La respiración partida.

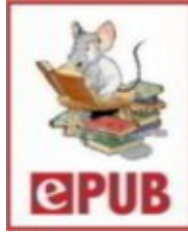
Giré la cabeza.

Nada.

Me di la vuelta.

Miré abajo. La furgoneta de Julio Ramón echaba humo después de haberse precipitado varios metros y empotrarse contra un castaño.

El tiempo no existe, me dijo una vez el gigante, y ahora todo había terminado.



# **TERCERA PARTE**

## **LA VOZ QUE NOS GUÍA**

# خَامِسَ عَشَرَ

Y

entonces, entre el dosel de agua, vi al padre Honorio, cabeceando, con los brazos extendidos y aquel movimiento de dedos que no eran dedos ya sino tentáculos. Estaban todos, más de veinte, rodeados por una lluvia que ensuciaba la vista. Mi padre ni siquiera se sorprendió por verme llegar solo y sucio, yo le pregunté qué pasa padre que están aquí todos reunidos bajo esta lluvia de mal agüero, y él me contestó con sus ojos de novillo que qué ha de pasar, hijo, pues nada, tira para casa, aunque yo ya sabía que no era cierto, que algo desmesurado e inapelable había llegado al pueblo bajo aquel diluvio, pues mi padre había perdido su aire resuelto de fiera providencial, y era solo un anciano de pellejo arrugado a los pies del invierno, no más. Le pregunté a Matías qué ocurre hermano que están todos y no faltan ni los enemigos, y él me miró ya sin mirarme, sin su sonrisa de caimán, sin sus delirios peronistas y sus ínfulas de aristócrata sin título, y me dijo que ayer desaparecieron dos niñas y robaron en la iglesia, la Virgen y lo que no es la Virgen. Qué dos niñas, Matías, no me vengas con misterios. Dos niñas, Cirilo, qué importa eso, no me has oído que se han llevado la talla de la Virgen, pero yo insistí, Matías, joder, quiénes son, hasta que por fin me señaló a una mujer, las hijas de esa señora que ves allí, y solo distinguí un ser del color del hierro y más seco que un castaño consumido por las llamas.

Y entonces, se me llenó la sangre de espuma cuando pregunté los nombres de las niñas y nadie contestó, y volví a preguntar más desesperado si cabe a aquella barahúnda silenciosa de gentes que no tenían ganas de verle la cara a la verdad y me miraban como si vieran a través de mí, hasta que una anciana mascullo los dos nombres que jamás hubiera pensado que aborrecería escuchar.

Y entonces, la reconocí, a aquella mujer que tocó una tarde a nuestra puerta con una maldición aprendida. Allí estaba, en medio de todos, con los brazos cruzados en aspa sobre el gregorillo de duelo, preguntando dónde están los hombres cuando se los necesita, dónde están aquellos machos de voluntad sin esquinas que tanto presumen de orinar aguardiente y beberlo como recién

servido, dónde, carajo, para que vayan tras él, para que peinen el monte y atraviesen con una pica que vaya del culo a la boca al malnacido que se las llevó.

Y entonces, llegó un automóvil de la Guardia Civil, y dos hombres vestidos de verde salieron de él, con una mano apoyada sobre la culata de la pistola y la otra como muerta en el aire. Caminaban muy despacio, disfrutando del suelo reblandecido bajo sus botas negras, y preguntaron qué pasa aquí que nos llaman en tal mala hora. Y don Honorio les habló del robo: hace casi dos días que se les avisó. Y las viejas les hablaron de las niñas: hace casi dos días que se les avisó. Qué niñas y qué tienen que ver con el robo, decía el guardia, hasta que alguien les dijo que unas gemelas estaban perdidas bajo este tiempo que se lleva todo por delante, pero ellos dijeron que aún es pronto para hacer nada con la ayuda de la ley, señora, que las cosas hay que hacerlas como Dios y el Caudillo mandan. A la mierda Dios, la ley y el Caudillo, escupió la vieja su rabia contra el suelo, y a los guardias les entró la duda del que ostenta todo el poder pero no sabe mandar.

Y entonces, la gente volvió a sus casas, a por los perros de montería y el calzado de lluvia, a por palos y cuchillos, a por linternas y antorchas para iluminar aquella noche de confusión. Yo me adelanté a todos, y corrí fuera del pueblo hacia el cruce de piedra donde nos despedíamos cada noche, y crucé junto al coche de la Guardia Civil, y allí dentro lo vi, al perturbado, al general del ejército de aviación, al Mulas, en el asiento de atrás, con una sonrisa equívoca del que o bien es tonto o bien sabe más de lo que le oculta la locura de su insoportable lucidez. Le abrí la puerta del coche mientras los guardias civiles calmaban a las más viejas que los querían moler a palos porque ustedes no tienen lo que tienen los hombres, que no son más que unos espantadizos, que se lo hacen todo encima como críos en cuanto la noche se pone de luto. Así que le susurré, Jacinto, corre ahora y escóndete en el monte, le grité, escapa que no tendrán tiempo de atraparnos, pero él se frotó sus manos de pocero y me dijo ya soy libre, madre, todo va a terminar, ya nada me separa de la Valeria, verdad, madre, ya nadie podrá alejarme de ella.

Y entonces, me asaltó la luz de la verdad, esa luz que nadie quiso ver o que nos cegó a todos, pues no quedó duda alguna de que fue él quien había dado parte a la Guardia Civil, él, quien había organizado aquella trampa de ratas para apresar a Julio Ramón Ortega, al hombre más grande y más noble de entrañas que hubo en la vida. Se creía que podía cagarse donde uno come, dijo con la mezquindad del pecador orgulloso, se creía más santo y más listo que nadie, madre, más fuerte y más tierno, el más valiente entre los valientes, mientras se calzaba a mi Valeria, madre, mientras me quitaba lo único que podía llamar mío, pues mira que ni honra tengo, madre, desangrado estará ya para que se lo coman



los gusanos y siembren sus larvas del rosario de tiros que le han metido entre pecho y espalda.

Y entonces, el Mulas quiso seguir con su cantinela, riendo, casi a la orilla del llanto, pero yo lo saqué por la pechera y lo tiré al barro, le clavé aquellos dientes amarillos de ratón dentro del lodo para que probara el sabor de mi propia boca, y solo la revelación de que Leonor me necesitaba lo libró de morir ahogado.

Y entonces, subí al monte para adelantarme a todas las patrullas de búsqueda, para gritar Leonor hasta que se me fue el aliento, Leonor, dónde estáis que ya he regresado a por ti, Leonor, dónde te escondes en esta esfera de nubes, Leonor, no te pierdas ahora que me olvido de mí. Aullaba, corría con el hocico humeante por todas las sendas que ella me enseñó y yo le descubrí, vociferaba, Leonor, dónde estáis que no me encuentro. Tropecé con todas las ramas, me ahogué en cada hilillo de agua que crecía hasta volverse un torrente de fangos y hojas muertas, y no aparecieron. Se hizo de día, y no aparecieron, siguió lloviendo, y no aparecieron, me crucé dos, tres, cuatro veces con todos los perros de presa, y no aparecieron, escuché cornetas y silbidos de pastoreo, y no aparecieron, llegó de nuevo la noche como si no hubiéramos tenido día, y no aparecieron, se encendieron las luces de los rastreadores que se movían como luciérnagas funerarias entre los castaños, y no aparecieron.

Y entonces, encontré la senda que solo ellas conocían, apenas un pasillo de hierbas pisadas, de huellas invisibles, que se retorció por entre los ramales hasta la entrada a una cueva. Respiré por primera vez, supe que en aquel lugar hallaría respuesta a mis ansias de condenado en la noche de su ejecución. Crucé pasillos y galerías con el agua por los tobillos, caminé por túneles enfrentado a los torrentes de infiltración, y bajé. Bajé a lo más profundo por toboganes de agua hasta que caí en aquella humedad pastosa, en aquel remanso de calma azulada y tierna. La Cueva de las Maravillas era una gigantesca habitación brillante de cascadas que llenaban el lago hasta desbordarlo. Un concierto de tifones de agua que rebotaban y trepaban otra vez en nubes de vapor. Atravesé de nuevo aquella marisma de ensueño, pegado a la pared, con el agua por las rodillas; ascendí las galerías de diamantes falsos hasta llegar a la caverna con forma de tarántula, la gruta de la Diabla, de la Gran Madre, de aquella pintura indestructible que parecía mirarme desde más allá de todo lo conocido por el hombre para decirme que allí las gemelas tampoco estaban, pero que ella sabía dónde y cuándo desaparecieron, que ella podía escrutar por todos los vericuetos del alma y revelarme el nombre del bastardo que se las llevó.

Y entonces, algo o alguien me golpeó la cabeza, y resbalé, o tal vez creí que aquella mujer negra como el color azul me llevaría hasta sus pies volando encima de su voz. Caí. Y no vi nada más.

Y entonces, desperté, un día después, un minuto después, una vida después, nunca lo supe, con la cara cubierta de sangre, no sabía si dormía o moría, no sabía si estaba solo en aquella catacumba antiquísima o la Diabla cuidaba de mí. Me arrodillé, supliqué para que se manifestara, que me explicara si había muerto o si vivía, que me llevara hasta donde pudiera ver a Leonor. Cuál es tu nombre, le pregunté, eres la madre de Dios, o acaso un espejismo del demonio, eres la Madre Negra que ya adoraban los egipcios antes que nosotros, y los mesopotámicos y los africanos y todos los seres de este y otros mundos que el gigante Julio Ramón me contó en sus fábulas, o eres solo una pintura sin nombre ni razón.

Y entonces, ocurrió el milagro que todos buscaban en las noches de luna nueva, cuando invocaban a la Diabla a través de la talla de la Virgen negra, ella me habló, por supuesto que me habló, desde un eco lejano escuché su voz de agua, tal y como Leonor me la había descrito, me llamo Melusina, me dijo, señora de las profundidades, madre de las entrañas de la tierra, y yo le supliqué, ayúdame entonces, madre, dime dónde están, madre, dime dónde está Leonor, y ella me lo reveló sin pedir dádivas a cambio, sin penitencias ni reproches, se las ha llevado, dijo sin mudar la acústica de su voz, se las ha llevado por esa puerta que ves a tu derecha para hacer todas las aberraciones que se pueden imaginar e incluso las que nadie imagina.

Y entonces, supe lo que debía hacer, madre, dame tu permiso, tuyo es, contestó, y de nuevo tuve a la verdad de mi lado, era dueño de todo el horror y toda la pesadumbre y tenía la pujanza de mi padre, del que todo lo puede.

Y entonces, fui a echar mano de su cuchillo de justicia, el cuchillo que mi padre me cedió en el monasterio para nombrarme, para hacerme hombre, pero no lo encontré ni en mis ropas ni en el suelo, lo había perdido en aquel laberinto de sombras y susurros.

Y entonces, por la escalera de piedra que salía a mi derecha, escuché voces, y subí por ella hasta que los escalones me llevaron junto a una puerta entreabierta de la que florecía una luz amarilla, me asomé, y vi lo que no esperaba ver: una gran habitación atiborrada de muebles de época, cuadros, relicarios, monedas, vitrinas colmadas de utensilios para officiar misa, evangelios, sagrarios, palias y copones dorados. Y sobre todo, Vírgenes, Vírgenes de todas las épocas, Vírgenes acunando al niño, Vírgenes llorosas y

Vírgenes con querubines. Y allí, en una salita lateral, estaba don Honorio, entronizado en su silla de rey Midas, junto al cáliz robado de la ermita, junto al cuadro de Gayo Casio con Jesucristo en la cruz, junto a manteles bordados en seda, y a sus pies, majestad y belleza suprema, la Virgen negra patrona del pueblo y de la muerte.

Y entonces, vi a Jacinto, el Mulas, arrodillado frente al cura. Qué haces aquí, Jacinto, preguntó el padre Honorio, me he perdido en las cuevas y he llegado hasta aquí, pues es hora de que te marches, Jacinto, no deben verte, pero padre, quiero confesión, está bien, habla, hijo, confiesa, arrepiéntete y se te perdonará, no, padre, nadie podrá perdonarme, confía en el Señor, hijo, es misericordioso, no, padre, ya es tarde para enmiendas, he de hacerlo, tú no tienes que hacer nada que no quieras, Jacinto.

Y entonces, vi algo más, una sombra detrás del cura, en el umbral de una puerta que subía hasta el altar de la ermita, envuelto de la tranquilidad del que entiende lo que está por venir, no padre, soy culpable, habla pues, Jacinto, de qué te acusas, preguntó el cura, padre, he traicionado y mentido, será mejor que vayas a casa a lavarte las heridas y el barro que traes, Jacinto. Perdona, padre, suplicaba el Mulas al tiempo que la silueta se acercaba sibilina y sin alma, pero aún debo ensuciarme más, será mejor que vuelvas por donde has venido, hijo, que este no es tu sitio, ya habrá tiempo de repartir ganancias, serás aviador y yo mismo os casaré en cuanto me nombren obispo, a Valeria, la de los Pajuelo, y a ti, no, padre, no, perdóneme, usted también ha traicionado y mentido, no, hijo, esto que ves es de todos, puedes llevarte lo que quieras, yo solo lo protejo, pues así será, padre, esas son las consignas de mi madre, verdad, madre, verdad que son órdenes tuyas, que todo cuanto he hecho ha sido por usted y para usted, madre.

Y entonces, la sombra se fue acercando por la espalda del cura. De qué madre hablas, Jacinto, tu madre murió hace muchos años, en esa cueva de ahí abajo, ahogada durante una tormenta como la de esta noche, lo sabes, yo mismo la saqué del agua con varios hombres, y oficié el entierro, y eché ceniza sobre su tumba, y puse monedas sobre sus ojos, no, padre, mi madre está conmigo, mi madre me habla, mi madre me guía, en la Cueva de la Diabla, cada noche de luna nueva, mi madre me susurra, me perdona y me quiere, Jacinto, qué vas a hacer.

Y entonces, Jacinto le sujetó los brazos contra la silla, como dos argollas sobre un reo al que van a dar garrote.

Y entonces, la sombra puso la palma de su mano en la frente de Honorio,

igual que una madre que le mide la fiebre a sus retoños, y con gran dulzura pasó por la garganta del cura la hoja del cuchillo inconfundible de mi padre, el cuchillo que perdí en algún lugar de la Cueva de las Maravillas, como si lo hiciera sobre el pétalo de una rosa, llenándolo todo de veneno rojo y justicia divina.

Y entonces, me dispuse a escapar de allí, pero antes, entre sombras de velas, palpitaciones de fuego, relámpago y noche, vi a mi padre entrar en el arco de luz, y mirarme con el aliento perdido antes de respirarlo y caer de rodillas junto al cuerpo del padre Honorio que bombeaba sangre sobre su rostro.

Y entonces, cerré la puerta tras de mí, y corrí de nuevo hasta la gruta de la Diabla, y desde allí salí por otro de sus apéndices de arácnido, crucé nuevas galerías, y nuevos dédalos hasta limpiar las imágenes de mi padre, de la sangre y de la muerte en el lago turquesa de la Cueva de las Maravillas y salir purificado de todo pecado, para regresar al mundo real sin mancha.

Y entonces, los perros dejaron de hablar y el cielo se abrió en tres partes por primera vez en muchos días, y yo seguí corriendo, monte abajo, hacia la plaza del pueblo, desoyendo los consejos de mi miedo, y me escondí en el camposanto, junto a la ermita, para escuchar lo que las gentes tenían que decir de nuestro destino.

Y entonces, escuché el murmullo de las mujeres lenguaraces silenciadas por el llanto, y vi a los hombres más cobardes volver a blasfemar con firmeza, hasta que alguien alzó la voz por encima del escándalo de juramentos: las han encontrado, muertas, ahogadas, retorcidas, a las dos niñas, en las tierras de Andrés Pajuelo, en la casa del altiplano, sobre la cama, maldito sea otra vez él y maldita sea siempre toda su estirpe, ningún daño más hará ese cabrón, gritaron todos aprovechando la enajenación colectiva, aquí lo tenemos preso por asesinar al padre Honorio, él mismo se hizo cargo de todo su mal, colguemos pues al malnacido de un madero.

Y entonces, a través de la puerta lateral que daba al cementerio, vi una figura que bailaba con el viento como una crisálida monumental, con la lengua gris de los ahorcados, con los ojos de besugo de los ahorcados, con los pantalones enfangados de los ahorcados, con los pies constreñidos de los ahorcados, a mi padre, al rey absoluto, al mortal del mando supremo, al mejor de los sementales, colgado de una soga en el centro de la ermita.

Y entonces, alguien puso sus manos en mis hombros, mi hermano Matías me agarró por la camisa y me llevó fuera de allí, sin un adiós para el recuerdo al que poder volver cuando todo esté perdido, y de nuevo escapamos, en un

silencio de personas anónimas que esperan su turno, de tal suerte que ya ni éramos hermanos sino custodios de un secreto que no debía decirse ni dentro de uno mismo.

Y entonces, mientras corría, el grito fue uno solo, pero dentro de mí, tan alto que aún hoy escucho el eco entre mis huesos: traición. En verdad, allí, en la antigua hacienda familiar, era donde dormía mi hermana con el gigante Ortega, aquel que conocía mis secretos y se hizo pasar por mi amigo para matar a las niñas. Por eso las perseguía cada noche con su respirar ansioso y sus brazos colmados de féretros, por eso no tenía prisa en regresar al pueblo, para que antes encontraran a Leonor y a Analía en aquella casa que era todo lo que quedaba de las tierras ganaderas de mi padre, para que todos le señalaran a él, al terrateniente, al que decidía todo por todos, a Andrés Pajuelo, por eso se quedó en el convento y montó toda aquella pantomima de fuga, por eso y por nada más hoy iba a ser un gran día.

Y entonces, comprendí lo que acababa de hacer mi padre con sus manos de desollador, porque había entendido la perfidia detrás de la conspiración, la realidad de que don Honorio había escondido la Virgen negra de la ermita y que Julio Ramón regresaba con la talla que les faltaba, y que aprovecharían el revuelo por la desaparición de las niñas para irse con todo y dejar a los Pajuelo ultrajados, condenados a la tortura de saberse burlados por aquellos en quienes confiaron.

# سَادِسَ عَشَرَ

## D

eambulamos varias horas por el monte, envueltos entre el escalofrío, el desaliento y los aullidos del lobo. Abandonados. La impotencia me mordía los ojos. Humillado por los asesinos de nuestra sangre presente y futura. Sin honores póstumos o visitas de pésame. La desgracia y el luto.

Fue entonces cuando recordé a mi madre, último miembro de una familia de proscritos. Teníamos que llevarla con nosotros. Si nos íbamos de la sierra, la condenaríamos para siempre a la soledad y a una vida miserable en aquella aldea de siembramierdas. ¿Qué sería de ella? Allí. Apretada. Rodeada de malos deseos. Era nuestra madre. A una madre no se le hace eso.

Escondidos entre los árboles, bordeamos todo el pueblo hasta llegar a nuestra casa. Encontramos las dos puertas atrancadas. Echados cortinajes y persianas. Dimos la vuelta y atravesamos el agujero de la alambrada por el que me escapaba para citarme con Leonor. Buscamos a mi madre por las habitaciones. En las tinieblas de mi casa no había duelo. Ni restos de disputas. Ni lamentos. Solo vida cotidiana y tiempo pasado. Era como regresar después de años de ociosidades y ver todo tal cual se dejó. Algo más triste. Más lejano. Tapizado por un manto de harina y fosforescencia vieja. Nada de aquello me pertenecía ya. Mi hermano y yo estábamos allí de prestado. De más.

Fui hasta el lavabo. Me limpié el barro de las manos y la cara tratando en vano de ponerle una mordaza a la congoja que sentía. Entré en mi habitación. Metí ropa limpia en un saco. Dejé hueco para llevar también algo de pan, queso y embutido. Salí con la certeza de que jamás volvería a pisar ese pueblo. Y, por un momento, abrigué un insólito bienestar.

Una silueta en el patio nos puso en alerta. Había alguien allí. Alguien que tal vez nos buscaba para ajusticiar lo poco que quedaba de nuestra familia. Para amarrarnos al cuello la misma soga que le pusieron a nuestro padre. Matías y yo

nos escondimos en el cobertizo. Distinguimos una figura que acechaba junto al pozo y a otra persona que se acercaba a su espalda. No tardamos en poner caras a esas sombras. Entonces supe que, aunque me hubiera preparado toda la vida para el horror que allí moraba, nada habría conseguido apaciguar mi desconcierto.

Allí afuera estaba mi hermana Valeria. Se acercaba por detrás hacia nuestra madre. La misma que prohibió su amor, la que trituró hueso por hueso su almacén de mujer, la que cada mañana afilaba la cuchilla de su lengua ladina para llamarla indigna, desagradecida, puta. Estaba sentada allí, nuestra madre, junto al pozo. Donde cada noche brillantaba uno a uno los mechones de su pelambre. Hablaba. Pero no con Valeria. Ni con nadie que estuviera cerca. Se asomaba al ojo del pozo. El eco de su voz era tan familiar como aterrador. La Gran Madre Negra de la que todo el mundo hablaba, la Diabla, Melusina. Quise arrancarme la garganta para no gritar.

Madre, ¿tú?, preguntó mi hermana todavía sin querer admitir lo que no ofrecía más dudas que la esperanza de un necio.

Mi madre se irguió. No vi sorpresa en sus ojos, ni miedo, tampoco alegría. Solo un vacío gélido y empedrado. Extendió los brazos para que el cuerpo de Valeria rellenara el desierto abierto en su pecho. Valeria, ven aquí, todo ha terminado. Nos hemos librado del mal para siempre. Nos hemos librado de todos los males.

Mi hermana se dejó caer. De rodillas. Golpeada por un arrebató de certezas. Sobre el barro. Bajo el agua. Ya no eres mi madre, dijo, no eres la madre de ninguno de nosotros. Tú eres el mal. Y con el mal habrás de quedarte dentro de tus entrañas.

Mi madre se acercó hasta mi hermana. Se acodó frente a ella, cara a cara, y le soltó un guantazo.

Valeria no lloró, ni cambió su rictus de animal amenazado. Mi madre tampoco. Porque por mucho que hurgó en su alma mientras veía a su marido pendular en el aire de la iglesia como el compensador de un reloj de pared, no pudo encontrar ni una migaja de la pena que se le supone a una viuda. Tampoco debió llevarse sorpresa alguna al fondear en su amor para no encontrar ni los restos de un naufragio: ni un solo segundo de su existencia mi madre sintió amor por mi padre.

Si me casé fue por imposición, Valeria. Tu abuela no quería que sufriera el asedio de los bulos que recibían las solteras de cierta edad cuando rechazaban a algún pretendiente. Su miedo al qué dirán hizo que tu abuela aceptara casar a su

primogénita con el primer hombre que llamó a la puerta con un amaranto en el pecho. Y el primero en llegar fue el más rico de toda la comarca. Maldita suerte la mía. Yo era solo una niña, bonita y generosa de carnes, pero una niña, Valeria, hazte cargo. Me obligaron a casarme. Solo quería evitar que a ti te pasara lo mismo.

Por un momento sentí lástima por mi madre. Nadie la había enseñado nunca a amar. Así que, ella sola, con una constancia de hormiga obrera, aprendió a vivir sin amor. Y esas mismas razones que la empujaron a desposarse siendo una niña, la llevaron también a tener tres hijos a los que tampoco supo o quiso amar.

A mí nadie me obligaba, madre, yo amaba a Julio Ramón, iba a dejar el sacerdocio por mí. Te dejó embarazada, Valeria, ¿recuerdas?, eras todavía una niña y ese ser monstruoso te dejó embarazada. Madre, olvídalo ya, mi hijo murió antes de nacer, usted misma lo enterró y me obligó a guardar silencio, me obligó a olvidar a base de martirios aprovechándose de que padre no estaba. Ese hombre al que llamas padre llevaba el mal consigo, ese hombre ha pisoteado la honra de esta familia durante años, por eso hice que lo metieran en la cárcel cuando empezó a tener relaciones licenciosas con esa mujer descastada.

Mi hermana se llevó las dos manos a la boca y, golpeada por una fuerza intangible, agachó la cabeza a pocos centímetros del lodazal que ascendía bajo sus rodillas.

Ay, Valeria, hija mía, ¿crees que no oigo lo que todos susurran a mi paso?, ¿crees que las gentes no saben por qué regresó tu padre? Todo su amor era para esa ramera y no para su legítima mujer. Me repudiaba y buscaba el calor que yo no le daba en otras camas. Pero esa mujer que mancillaba mi matrimonio tenía el vientre estéril. Esa mujer que se abrazaba desnuda a tu padre cada noche no podía concebir hijos. Así que hace catorce años bajó a las cuevas a pedir ayuda a la Diabla. La muy sinvergüenza bajó a rezar, a suplicar que se le concediera la gracia de ser madre. Para apagar bocas y maldiciones. A través de este pozo escuché su voz. Aquí, sentada. Tal cual me ves. Escuché sus lágrimas y el eco de su vientre yermo. Me habló y yo respondí a sus plegarias. La Diabla le prometió un hijo. Sí. Le prometí el gran milagro de ser madre. Pero a cambio tendría que irse del pueblo para siempre y en su camino contar a la Guardia Civil que tu padre y el monstruo ese que te preñó tenían propósito de robar la Virgen de la iglesia. Así me libraría de todos. Así enmendaría mi calvario y mi deshonor. Todas estarían por fin al tanto de que tu padre era el mal y su familia sus víctimas.

¿Pero qué está diciendo, madre? Usted ha perdido el poco raciocinio que le



quedaba.

Y para mayor escarnio pariste gemelas...

Mis tripas se disolvieron en un caldo hirviente y sucio. Busqué a mi hermano Matías. Se había sentado con la espalda apoyada en uno de los abrevaderos. Tenía las manos ensortijadas en el pelo y se protegía la cabeza entre las rodillas. Los ojos cerrados. Incapaz de tomar las riendas de su desbaratado porvenir.

¿Gemelas?, preguntó Valeria, ronca y aniquilada, me dijo que tuve un niño muerto y malformado, esas niñas, esas niñas que han aparecido muertas eran mías, mis hijas, usted me las robó, madre, dígame que todo eso es mentira, dígame que solo quiere hacerme daño a base de embustes. Dígame que es otra invención suya y yo la perdonaré.

Pero mi madre no se quebrantó.

Pensé que cuando encerraron a tu padre y nos quitamos de encima el pecado de tu vientre, tu honra quedaba limpia, Valeria. Todo había salido bien. Nadie sabría jamás en el pueblo que habías estado encintada. Hasta que hace dos semanas esa arpía regresó y empezó a hablar, a decir que las gemelas eran hijas de tu padre, con su hocico humeante, henchida de vanidad.

Ahora sí Valeria suplicaba que no siguiera, madre, cálese, no es necesario escuchar una verdad para armarla más verdad, calle, madre, se lo ruego. Pero mi madre ya tenía musgo en los labios de tanto callar, y nada ni nadie la silenciaría ahora:

Y para mayor burla el otro día se presenta en mi casa. Tú no la viste, Valeria. Sí, esa mujer endemoniada. Más joven. Como un lucero blanco. De la mano de esas niñas que son como dos gotas de veneno, con tus mismos ojos de marmita, hija. Vengo a por lo que es más mío que tuyo, me dijo, vengo a por el amor y la hacienda de Andrés Pajuelo, para que reconozca el pecado mortal de sus hijas y se haga cargo de su pábulo. Cómo decirle entonces que eso no era lo que ella había prometido en la cueva, que yo sabía que nada podía respirar en su vientre porque estaba seco, marchito, que esas dos no eran sus hijas sino mis nietas. Cómo explicarle que tenía un pacto de fuego con la Gran Madre. He tenido que castigarla por faltar a su palabra. Esa mujer tenía que recibir un escarmiento, para que nunca volviera a dudar de quién manda en esta sierra. Por eso he cumplido con todos los rituales de una buena viuda. Todos debían estar al tanto de quién era la legítima mujer de Andrés Pajuelo. He velado el cadáver de tu padre, he tratado de amortajarlo, he escupido sobre don Honorio y he calumniado a todos los que me lo impidieron.

Valeria, con los labios en el agua como el pico de una golondrina al caer sobre un estanque, hablaba sin que nadie pudiera escucharla.

Miré a Matías en busca de algún tipo de señal, de desmentido, de fraternidad. Mi hermano seguía allí, en cuclillas, acartonado dentro de sus empantanadas ropas de prócer. Solo quedaba la voz de nuestra madre:

No, hija, no equivoques mis impulsos, yo no le hice nada a las niñas. No, claro que no. No tuve el valor entonces y tampoco lo he tenido ahora. Solo soy una mujer apaleada por los hombres. Como tú. Como todas. El papamoscas de Jacinto lo hizo por mí. Coronel del ejército de aviación, decía el lelo. Desde este pozo le convencí también a él. Pensaba que mi voz era la voz de su difunta madre venida desde el más allá para guiarle en esta mala hora. Solo tuve que prometerle que, si entregaba en sacrificio a esas dos niñas, la Gran Madre se encargaría de eliminar los obstáculos para desposarte; que el espíritu de su madre le haría el caldo gordo para librarse del gigante que fornicaba cada noche con el amor de su alma. Mi voz, sí, mi voz le guió para raptar y esconder en una cueva a las niñas antes de que tu padre y los demás se fueran de viaje a por esos malditos tesoros que nos han arruinado, sin una mala perra. Mapas, haciendas, brújulas, viajes. Dejaron nuestra fortuna y patrimonio reducido a esta casa que se cae a pedazos y a ese secarral del altiplano. Si las encontraban allí, en la última propiedad que nos quedaba por vender, todo el mundo señalaría a tu padre. Le dije a Jacinto que llevara los cuerpos a esa casa. Eso le dije. Allí han pagado con el pecado de nacer. Bien merecido tiene todo el dolor que lleve ahora dentro la mujer que las crió. Por fin seremos una familia, hija. Por fin todos los hombres que nos han llenado el pecho de odio y vuelto nuestra sangre en un mazacote de flemas arderán en la pira de los condenados hasta convertirse en una pelota de grasa sobre esta tierra abominable.

Mi hermana Valeria se puso en pie. Ya con la tranquilidad que trae siempre todo final. Desde hoy viviré sin madre, dijo agarrándose el aliento roto al pecho. Soy tu madre, Valeria, tu madre, nunca podrás cambiar eso. Adiós, pues, madre, le deseo una vida larga y llena de tormentos. Más de cuarenta años lidiando para daros de comer para que ahora me dejéis aquí como un cesto pavelo, vete, lárgate pues con esos miserables que llamas hermanos. No me cargue a mí las desgracias que le ha traído su mala sangre, y solo su mala sangre, madre, eran solo unas niñas, mis hijas, me las arrancó del alma, ahí se queda con su sombra.

Mi madre se irguió, dispuesta a soltar otro bofetón a su hija que la trajera de vuelta a su corral de tormentos. De súbito, arrastrada por un rejuvenecido ímpetu, se giró hacia la alberca y agarró las tijeras de destripar gorrinos como si

empuñara un cuchillo. Quise salir de mi escondite, correr para impedir lo que parecía inevitable, pero las piernas no me respondieron. Supliqué a Matías que se levantara, que pusiera fin a aquella demencia colectiva, que tomara de una vez el mando de nuestra estirpe. Pero mi hermano ya estaba sordo a cualquier clemencia.

Valeria, muy quieta, aguantó la mirada de mi madre. Parecía que no la veía. Lo mismo que si fuera transparente. Mi madre levantó las tijeras por encima del hombro, agachó la cerviz y se cortó los dos metros de trenza que llevaba toda una vida dejándose crecer.

Avíate y corre a la aldea vecina, dijo entonces, por dos kilos de pelo como este deberían darte unos cuantos cientos de duros. Llevo toda una vida sacándole brillo. Con eso tendrás suficiente para irte lejos de esta tierra perversa.

Valeria no perdió el tiempo en hacer más preguntas o en asombrarse de lo acontecido. Asió el manajo de pelo de nuestra madre y se dispuso a marcharse justo cuando una fuerza sobrenatural agarraba el otro extremo de la guedeja haciéndole entender que la maldición iría con ella:

Una cosa te digo, Valeria, todo lo he hecho por vosotros, por la familia. ¿Qué habrías hecho tú con dos niñas sin padre? ¿Qué habríamos hecho todos con dos bocas más que alimentar, con un cabeza de familia adúltero? Vayas donde vayas no habrá nada para ti, señaló mi madre como última sentencia.

Algo habrá.

A pocos metros de casa, en el caminito del collado, alcancé la sombra derrotada de mi hermana Valeria. Nos miramos. Los ojos cansados de tantas dudas. Al cabo, se acercó hasta mí. Me dio un beso en la mejilla cuyo significado no requería de palabras. Quise preguntarle si todo era cierto, incapaz ya de hablar sin que se me quebrara la voz.

No vayas a casa, Cirilo, me dijo. Márchate de aquí y no regreses jamás. El apellido Pajuelo nunca más será bienvenido en esta sierra. Y con su mano en mi mejilla remató: Todo irá bien.

Mi hermana me miró con la intención de ver al niño pequeño con el que jugaba a las casitas, a vestir muñecas y a cazar ranas. Sonrió con la pena de saber que jamás encontraría la puerta para escapar de aquel recuerdo. Antes de que se le llenara el recuerdo de lágrimas, esquivó mi figura y continuó cuesta arriba, por la senda que yo tomaba para espiar a los lobos.

Todo había sido una mentira. Un mal ejercicio de ventriloquia. Una cruzada en busca de algo que nunca existió. Jacinto, el Mulas, había matado a las

gemelas. La voz de mi madre, a través del pozo, le había hecho creer que su madre le hablaba desde más allá de la muerte, que el asesinato de Leonor y Analía era el sacrificio que se le pedía para poder casarse con Valeria. Todo para vengarse de una mujer que le robó el amor de su marido. No solo eso, con la maniobra de llevar los cadáveres a la antigua casa del altiplano también había hecho creer a todo el pueblo que mi padre era el responsable de aquellos crímenes. Mi madre. Aquella que me sacó de sus propias vísceras para traerme a la vida era la voz que guiaba desde hacía años los destinos de todo el pueblo. La que dictaba lo bueno y lo malo. La que decidía quién moría y quién vivía. Nada podía hacer contra ella.

Pero el Mulas, aún vivía.

# سَابِعَ عَشَرَ

## L

a decisión estaba tomada. Regresé al cobertizo a por mi hermano. Teníamos que encontrar a Jacinto antes de que escapara y hacerle pagar por lo que nos había hecho. Después nos marcharíamos para siempre. Como Matías siempre había querido, eh, hermano, nos iremos juntos, a Argentina, ¿qué me dices?, todavía nos tenemos el uno al otro, juntos encontraremos una manera para salir de aquí.

Matías continuaba en su posición de jilguero enfermo, acurrucado entre el forraje, las cucarachas y los excrementos de golondrina. Allí sentado parecía no más que otra de las esculturas de Julio Ramón.

Le puse una mano en el hombro. Me miró sin reconocermme del todo. Más solo que nunca. Imposibilitado ya para el olvido. Fue en ese momento cuando un golpe de viento cerró el portón. O tal vez no. Porque el viento, aunque pueda ser portador de criaturas extrañas y de malos deseos, no sabe cerrar tranqueras, ni postigos, ni mucho menos bajar maderos para barbotear puertas o cerrar armellas.

Comenzó a oírse la canción. Una melodía infantil ya conocida. Sin letra. Solo un zumbido. Una nana gutural. No más que un tarareo. Matías al fin se puso en pie con el rostro lívido de los condenados. Los dos sabíamos quién estaba allí afuera con su terca letanía.

Todo era mentira madre, ya ves, te fuiste y me dejaste solo, sin yo saber que se podía estar más solo de lo solo que ya estaba, soñaba que eras tú quien me hablaba, madre, y me silbaba al oído los secretos de la vida real, de la vida que nunca entendí porque nadie me la explicó, desde entonces todos se han reído de mí, madre, mientras me ahogo en el estanque pervertido de mi vergüenza.

Y otra vez a cantar. Despacio. Casi con pereza. Un cauce sereno que perturbaba más por su templanza que por su propio mensaje. Jacinto daba vueltas a la tonadilla caminando alrededor del cobertizo. Al momento se

cerraron las contraventanas y se pasaron las trampillas. Se acabó la luz.

En esta fábrica de suplicios, madre, en esta retahíla de insomnios y de rostros fugitivos, los creímos, madre, confiamos en ellos, pero solo querían utilizarme, al triste, ridiculicemos al sansirolé, y yo gimiendo de desesperación, madre, solo, qué solo se está cuando se está solo, qué perpetuo parece hasta lo más breve, he vivido enloquecido de rabia, madre, con estos truenos desalmados que me parten los huesos de la cabeza, pero, mírelos ahora, madre, ¿dónde está el forzado?, ¿dónde el sumo pontífice de la familia?, cayeron, los colgaron del pescuezo como hacía usted con los gazapos, ¿y dónde están los hermanos, esos chocarreros que decían ser mis compadres?, ¿qué pretendían, madre, que llevara en silencio la cruz de tanta humillación?, yo nunca tuve amigos, ¿qué dice, madre?, claro, la purgación, la expiación, necesaria es la hora, librémoslos de todo pecado, amén.

Jacinto al fin silenció su agónica cantinela. Por un momento creí que se había marchado y comencé a palpar el suelo en busca de algo que nos ayudara a salir del cobertizo. De repente oímos un golpe sobre los tablones del altillo. Luego un fulgor. Una tenue llamarada entre las fendas de la madera. Y por fin el humo. Y el crepitar de la paja seca que confirmaba la sencillez del juramento del Mulas.

Los maderos que hacían de suelo en la pequeña buhardilla no tardaron en comenzar a gemir. Cardeñas de ceniza incandescente volaban sobre nosotros aureolándose de fuego al posarse. Pronto toda la estructura cedería. No había otra forma de escapar que derribando la puerta principal.

Le pedí a mi hermano que buscásemos la talla de la Virgen. Matías, ayúdame, tenemos que poner a salvo a la Virgen, se lo debemos a padre.

La-vír-gen, tosió Matías las tres sílabas, Cirilo, la Virgen ya no sirve ni para hacer cisco, no te hagas más el héroe, hermano.

Levantamos uno de los troncos que el gigante tenía destinado para tallar y usándolo a modo de ariete tratamos de echar abajo el portón. La idea no resultó como esperábamos. Embestimos una, dos, cinco veces con todas nuestras fuerzas, otra vez, y otra más, sin ningún resultado. La estructura tembló. Una de las jácenas se quebró y se vino abajo sobre nosotros. Escuché un grito. Todo se llenó de una niebla negra e impenetrable.

Matías estaba en el suelo. Tenía la ropa hecha jirones, la cara tiznada de arañazos y salpicaduras de sangre. La viga que se había venido abajo le había roto las piernas y parecía que estas ya no correspondieran a su cuerpo. Una marioneta desmembrada. Traté de llegar hasta él, de ponerlo a salvo, pero solo

conseguí encerrarme en la misma jaula de fuego.

Supliqué a Jacinto que nos dejara salir. Yo hablaré con Valeria, Jacinto, le gritaba. No puedes dejarnos aquí. Eres un buen chico y no quieres que más gente sufra, verdad. Solo hubo silencio. Y con el silencio la escalofriante certeza de que no hay hombre más amenazador que el hombre derrotado. Nadie más ciego que aquel que busca víctimas para justificar sus cruzadas.

Déjalo, hermano, esa rata se ha ido. Decía que la única manera de que Valeria volviera a quererle era confesando. Que jamás podría perdonarse lo que había hecho. Iba a delatarnos a todos.

Miré a Matías lleno de incredulidad. ¿Qué has dicho?, repítelo.

El iluso del Mulas me adoraba. Hacía cuanto yo le decía. Ya me entiendes. Me pedía consejos y favores para que intercediera por él con nuestro padre y así conseguir la mano de Valeria. Tan solo tuve que llevarlo hasta aquella casa del monte para que viera cómo se las gastaba el gigantón con nuestra hermana. Se le partió el corazón al pobre estúpido cuando los vio juntos en la cama. Creo que estaba convencido de que Valeria le quería de verdad y también creo que le había cogido cariño a Julio Ramón por todo lo que le había enseñado. Nunca ha dejado de sorprenderme la capacidad que tiene la gente para engañarse a sí misma.

Matías se había tumbado, abandonando ya toda posibilidad de escapar; rendido ante la evidencia de que sus piernas habían quedado malogradas para siempre. Solo quedaba esperar que el humo acabara con él antes que el fuego.

De aquella manera logré que Jacinto fuera juntando odio, hasta el punto de que comenzó a desear la muerte de la bestia esa. Se pasaba los días hablando él solo. Ya sabes, Cirilo, hablaba de maneras de envenenarlo, de clavarle un cincel en el cuello, de atacar con una maza mientras dormía. La locura. Fue una suerte. Me permitió pensar que tal vez podía utilizar al Mulas para despachar a Julio Ramón. Así que la otra noche en el monasterio, cuando Julio Ramón y el majadero ese se quedaron allí retenidos, tú decidiste esperar con la furgoneta y yo regresé al pueblo con padre. Al día siguiente, al ver que no aparecíais, padre me pidió que condujera de nuevo hasta el monasterio para comprobar qué ocurría. Ese fue el momento en que decidí hablar con la Guardia Civil. Era la oportunidad perfecta. Yo les ponía en bandeja a unos de los mayores ladrones de arte sacro del país y ellos me entregarían a cambio la última Virgen negra. Todos salíamos ganando. No me mires así, Cirilo, a ti te dejarían en libertad, eres mi hermano. Tú también eres una víctima en todo esto. En cuanto a Jacinto me daba igual su destino.

No podía ser verdad. Aquello carecía de sentido. Dejé de sacudir inútilmente la puerta y me senté a escuchar el final de la conspiración.

Escondimos los coches para daros caza. Fue entonces cuando vimos escapar al Mulas por la pared del monasterio. Después de tranquilizarlo le dije que si colaboraba con nosotros podríamos librarnos del gigante y él podría ser feliz para siempre con Valeria. Solo tenía que decirme cuándo y cómo iba a escapar Julio Ramón. Pero el imbécil se asustó al ver a los guardias. Me dijo que el gigante le había ayudado a huir, que eso ya era más de lo que cualquier Pajuelo había hecho por él nunca. El Mulas empezó a correr. No podía escabullirse. Salimos tras él. Imagínate qué hubiera pasado si llega al pueblo y se lo hubiera contado a padre.

El calor me abrasaba las retinas. El aire sabía a ceniza y me calcinaba los pulmones. Sentía como si mi piel fuera un traje de hierro candente para marcar reses. No tenía por donde escapar y lo único que había a mi alrededor era el infierno y la voz de Matías:

Joder, Cirilo, entonces comenzó a llover tan fuerte que se nos hizo imposible seguir su rastro. En verdad parecía el fin del mundo. Cuando regresamos a los coches, las ruedas estaban atrapadas en el barro. Hicimos todo lo posible pero cada vez se hundían más. Llovía tanto y había tanto lodo que pensé que la tierra iba a tragarnos. Para cuando quisimos sacar los vehículos del fango, hacía más de media hora que os habíamos visto pasar en la furgoneta. Os perseguimos toda la noche sin éxito.

Así que esas eran las luces que vimos, pensé, Matías iba en el coche de la Guardia Civil que nos perseguía. Las pavesas continuaban cayendo del techo como mariposas de luz. El fuego nos estaba rodeando y el humo hacía que fuera imposible ya ponerse en pie. Me senté junto a mi hermano. Después de toda una vida impoluto, peripuesto y vestido como un marqués, no dejaba de ser una catástrofe y una ironía del peor gusto que tuviera que morir de aquel modo tan desaliñado. Lloraba. Conocía el final de su camino. El abismo que se abría ante él. Casi sin voz, continuó con su historia:

Sin posibilidad de daros caza, todo se reducía a encontrar a Jacinto antes de que llegara al pueblo y hablara con alguno de vosotros. Al amanecer lo encontramos en una aldea cercana. En cuanto me bajé del coche, le metí en la boca la pistola de uno de mis amigos. Agarré al Mulas por el pescuezo. Así. Le dije que, si se le ocurría irse de la lengua, que, si alguna vez le contaba al gigante o a nuestro padre lo que había pasado la noche anterior, mis amigos le encerrarían para siempre y jamás volvería a ver a Valeria. Así es, dijo uno de los



guardias, por colaborar con ladrones de arte te puede caer media vida a la sombra, chaval, y no quieres saber lo que hacen con un pipiolo como tú en el penal. Pobre infeliz. Jacinto se puso de rodillas e imploró que le perdonara. Cómo lloraba el bobalicón. Nos suplicó que le lleváramos de vuelta al pueblo, que haría todo lo que yo le dijese, que a partir de entonces me obedecería sin protestar, como siempre había hecho. Lo dejamos allí tirado para que escarmentara.

Volvimos pues al pueblo como si nada hubiera pasado. Una vez allí, mi justificación sería que cuando llegué al monasterio vuestra furgoneta ya no estaba. Cuál fue mi sorpresa al comprobar que vosotros aún no habíais regresado. Un magnífico giro de la fortuna. Así fue que decidimos montar un control a la entrada del pueblo. Si el gigante oponía resistencia, dispararían. Con Julio Ramón fuera de la partida todo resultaría mucho más sencillo.

No entendía nada. Matías, pero ¿por qué?, más sencillo, ¿el qué?

Matías se giró. Presa de los preámbulos de la muerte, lanzó un gruñido áspero y desgarrador. Nuestra única posibilidad pasaba porque desde el pueblo vieran el fuego o que nuestra madre hubiera ido por ayuda. De lo contrario ninguno de los dos saldríamos nunca de allí.

Tú nunca te has enterado de nada, hermanito, con tus lobos, tus fantasías y tus idioteces. Te lo explicaré de una vez. Ahora ya todo da igual. La Guardia Civil os dio el alto. Julio Ramón trató de escapar y se cayó por la ladera. Hasta ahí lo que sabes. Cuando buscaron en la furgoneta en la que veníais, él ya no estaba. Tampoco encontraron ninguna Virgen negra, solo un puñado de muebles viejos y tallas podridas. Aún no sé cómo Julio Ramón tuvo tiempo de escapar con la estatua. Al parecer nuestro amigo el gigante también es un traidor. De todos modos, no creo que llegue muy lejos por la sangre que encontraron.

Aquello no podía ser cierto. Después de haber inculpado injustamente al gigantón por llevarse la vida de las gemelas, me suponía un pavoroso esfuerzo tener que condenarlo de nuevo. Pero ¿y si era verdad que tenía un pacto con don Honorio para irse con las tres Vírgenes? ¿Y si pensaban largarse los dos con todo y dejar a los Pajuelo en la miseria? Motivos seguro que no les faltaban. No, Julio Ramón jamás nos traicionaría.

Mi hermano tosió en busca de un aire que ya no existía. La ira. El dolor. Su fin llegaría antes que el mío.

Y para colmo el mamonazo de don Honorio... Ay, Cirilo, ¿cómo no lo vi venir? Estaba obsesionado con ser obispo. Quería el dinero para sobornar a la curia. Ha hecho creer a todo el pueblo que la iglesia ha sufrido un robo cuando

en realidad ha sido él quien ha desmantelado la ermita. Lo planeó todo con padre. Lo hizo mientras estábamos en el monasterio. Para que nadie sospechara de los Pajuelo. Lina coartada perfecta. Nuestro padre, qué gran estratega. Qué ingenuo malnacido. Siempre tenía que ser el más valiente, el de los cojones más grandes. Los demás no valíamos para nada, condenados a seguir en la miseria por culpa de la fortuna que dilapidó ese al que llamamos padre. Fue Jacinto el que para recuperar mi simpatía me confesó que don Honorio guardaba todo en una cámara secreta bajo el altar que comunicaba con esas cuevas por las que siempre andaba merodeando. No me quedó más remedio que improvisar. Y solo había una solución.

Arrinconados ya por las llamas, Matías comenzó a intercalar risas, expectoraciones y alaridos de dolor.

Lo que pasa es que no has querido verlo, Cirilo. No podía dejar que el cura siguiera con vida. Le corté el cuello. No hay nada peor que la traición, ¿verdad, hermano?

Me tumbé en el suelo. Con la respiración acelerada y la angustia ante lo inevitable en los ojos. Las revelaciones de mi hermano habían consumido la poca determinación que me quedaba. Matías continuó hablando. Sus palabras se transformaron en imágenes, retratos pretéritos, certezas: mi padre, don Honorio envuelto en sangre, mi padre de rodillas, Jacinto, mi padre junto a ellos, Matías, mi padre, sudoroso, fuera de sí, mi padre, mirándome mientras yo escapaba escaleras abajo.

Nuestro padre entró corriendo para tratar de evitar que le rajara el cuello a ese bastardo. Pero qué habéis hecho, hijos, empezó a reclamar con las manos en la cabeza, pero qué mal se os ha metido dentro, Matías, carne de mi carne, os ahorcarán por esto, os descuartizarán a machetazos en más de veinte trozos para escarnio del mal que habéis causado, os quitarán toda la vida que os queda. Eso decía el macho de tu padre.

Y entonces, comprendí lo que Matías trataba de decirme. Recordé voces y coloqué escenas que hasta ese momento carecían de actores en mi memoria. Lo vi todo: mi padre continuó su letanía de lamentos hasta que se le fueron las ambiciones, hasta que por fin agachó la cabeza, cayó de rodillas y, aquel cuyo gobierno todo lo dominaba, aceptó que había perdido las llaves de su secreto imperio.

Mi padre metió las manos en el charco de sangre del cura, y se revolcó en ella como hacen los marranos en los lodazales, y se manchó las ropas, la cara, y le quitó a mi hermano Matías su cuchillo de cazador. Marchaos de aquí, seguro

que dijo, lavaos y corred todo lo que podáis, cambiad de nombre, de pasado, de identidad, Matías, ve en busca de tu hermano e id a casa de la señora Engracia que ella os dará cobijo hasta que todo pase y podáis empezar a olvidar, eso es, olvidad, hijos, olvidad si alguna vez podéis, marchaos, que vuestro padre lo arreglará todo como es su deber.

Ha dado la vida por salvarnos, dije sin emitir sonido alguno, buscando dudas donde solo quedaban evidencias, aceptó el crimen cuando fue culpa tuya, Matías, solo tuya, y no moviste un dedo por evitarlo.

¿Hiciste tú algo, acaso?, ladró mi hermano con las pocas fuerzas que le quedaban.

De haberlo sabido puedes estar seguro de que...

Matías me agarró del pecho y acercó su aliento hasta mi cara con sus últimas fuerzas:

De haberlo sabido, qué, hermano, qué habrías hecho. Se olvidó de su familia, Cirilo. Nos dejó sin sustento ni manera de conseguirlo. Vendió toda nuestra herencia por una obsesión. Yo lo veneraba. Lo amaba más que a nada. Mi mundo empezaba y terminaba con él. Tú eras demasiado pequeño, solo un recién nacido, para que te rompiera el alma como hizo conmigo. Se marchó. Huérfanos. De la noche a la mañana me quedé como el cabeza de familia, con una madre loca de atar y dos hermanos pequeños. Yo también tenía mis sueños. Pero a él no le importó. Nos sacrificó a todos por irse en busca de sus tesoros con aquel gigante melancólico. Se creía que podía enmendar tantos años de abandono con un abrazo. Se creía que podía aparecer un día con aquellas ínfulas de general sin ejército, después de tantos años. Dar órdenes como si nunca se hubiera marchado. Como si aquella fuera su casa y nosotros su familia. Debí matarlo el primer día que lo vi sentado a la mesa donde yo comía, en la silla donde yo descansaba, en la casa donde yo mandaba.

Mi padre, como yo, había sido un títere de las confabulaciones. Matías, mi madre, Jacinto, todos buscaban su venganza. Todos la alcanzaron. En ese momento sentí más pena por mí mismo que por mi padre. Al menos él había muerto en la ignorancia de saber que aquellos a quienes más quería habían sido los responsables de su caída.

Le pregunté a Matías si él también sabía lo que nuestra madre había hecho a las gemelas. El pozo, la voz de Diabla, las reuniones en la cueva.

Yo nunca participé de aquello.

Pero lo consentiste. Y consentiste que pagaran dos niñas inocentes.

A mí solo me interesaba el tesoro y castigar a nuestro padre. Robarle en sus propias narices. Vencerle. Las niñas no eran asunto mío. Nuestra madre nunca superó la deshonra de que su marido disfrutara de una concubina. Que quisiera a otra mujer. Que durmiera bajo otro techo. Ella quería su justicia y yo la mía.

Matías gruñó a causa del dolor que tenía que provocarle aquel tarugo sobre las rodillas. Finalmente, yo también me rendí. Me tumbé por completo en el suelo. Y esperé. El calor nos ahogaba ya más que el humo. Pesado, tupido, oscuro. No me importaba morir. Había perdido la capacidad de sentir miedo. Matías tosió y escupió algo de sangre.

Nadie en el pueblo sospechaba que la voz que les hablaba en la cueva, la voz a la que rezaban, no era la Virgen, sino nuestra madre. El pueblo cumplía su voluntad. Y ella cumplía la mía. Siempre me quiso más a mí que a vosotros. Pasamos muchos años de penurias... Tú solo eras un crío que no se enteraba de nada. ¿Viste alguna vez a nuestra madre llorar? ¿Te faltó alguna vez comida en el plato? Fuimos los más ricos de la sierra y por culpa de él, de su egoísmo, llegué a estar días enteros sin probar más bocado que castañas llenas de gusanos, a beber leche de burra entre arcadas, a seducir a viudas y a mujeres casadas para comer caliente. Yo solo quería el tesoro del moro, hacerme rico, y humillar a nuestro padre. Lo demás, lo que le pasara a este maldito pueblo y a los que aquí viven me traía sin cuidado.

El calor era ya un hormigueo abrasador sobre la piel. La vista se me nublaba. Cada vez me costaba más respirar y mantenerme despierto. Me ahogaba. Los ojos me ardían y con cada parpadeo se me arañaban las pupilas. Entonces tuve un pensamiento extraño. Supe que jamás llegaríamos a ver la plaza de Mayo. Ni a parlamentar en la esquina de la Hispanidad con franquistas y republicanos para que olvidaran su ascendencia gallega y unieran sus fuerzas por la causa peronista. Ni a oler la azucena de Buenos Aires que, según me decía Matías en sus historias, podía llevarte de vuelta a la infancia. Ni a cantar, ja-já, borrachos y muertos de risa, las coplas de Juanito Valderrama. Mi hermano y yo ni siquiera podríamos contemplar años después a las tropas de adolescentes trémulos y entumecidos caminar hacia la aniquilación contra la Dama de Hierro.

O cantar aquella venganza de la Mano de Dios en forma de goles cósmicos. Y, en consecuencia, jamás seríamos capaces de cumplir el sueño adolescente de llegar a la tierra prometida y convertirnos en peronistas de bien.

Ni siquiera sabías llegar a la cueva del moro, Matías, ni descifraste las inscripciones o los mapas. ¿De qué te ha servido entonces todo esto?

Sigues sin entender nada, siguió Matías con la misma risa de lunático.

Déjame terminar. Esta noche, con el cadáver de Honorio borboteando a sus pies, nuestro padre se ha acercado a la Virgen negra. Supongo que quería despedirse también de aquella figura fea y mal hecha que había provocado su desdicha. Ha tratado de tirarla al suelo, pero no ha podido levantarla. La ha empujado con todas sus fuerzas, dudando incluso de que una maldición la sujetara al carrito en que el cura la había bajado. Entonces la ha golpeado, a la Virgen. Con una vara de hierro. No sabría decir por qué, pero la ha golpeado con saña. Hasta que aquella escultura se ha partido y nos ha enseñado lo que tenía dentro. Nos ha enseñado las preguntas a todas las respuestas y el nombre de todos los culpables. La Virgen nos ha hablado, Cirilo. La Virgen nos ha hablado. Nos ha mostrado sus secretos y nos ha dicho: Aquí está vuestro tesoro.

Pero hacían falta las tres Vírgenes, los mapas, las pistas, todo...

Entre toses y estertores de muerte, Matías reveló el misterio que mi padre buscó en la locura de sus fantasías:

La cueva está en la Virgen y la Virgen está en la cueva, eso decía padre a todas horas. Y tenía razón, joder si la tenía. Estuvo siempre delante de nosotros. Son huchas, maldito patán. ¿Te enteras?, las tres Vírgenes negras son huchas de niño, están llenas de monedas de latón, cantos pintados, rocas talladas, soldaditos de estaño, astrágalos de reses pequeñas, perinolas de barro cocido, cascabeles, silbatos de tierra, mierda endurecida por los siglos. Ese es su gran secreto. La cueva, los enigmas, todo era una ficción. Los juguetes de un niño que escondió allí sus ahorros, sus juguetes y sus miserias. La cueva son las entrañas de la Virgen negra, negra, negra como la cueva más negra.

Allí, con los proemios de la muerte dulce acechándome, la voz de mi hermano se convirtió en la voz del gigante Ortega. Dentro de aquella pesadilla, de aquel sueño lento y placentero, recordé las historias de caballeros templarios y cistercienses, de cultos paganos desde Asia Menor hasta Europa, de adoraciones prohibidas a la diosa negra, a Isis, a la deidad de la tierra, a la madre de la fertilidad, a la fuente de la vida y de la riqueza:

*Negra soy, pero hermosa, hija de Jerusalén, de ahí que el rey me amó, me introdujo en su cámara y me dijo: «Levántate, amiga mía, y ven. Ya pasó el invierno, la tormenta se alejó completamente, han aparecido las flores en nuestra tierra, llegó el tiempo de la poda. Levántate, amiga mía, y ven».*

Levántate, ¿puedes levantarte?

# ثَامِنَ عَشَرَ

## A

dvierto humedad, algo de luz. De la negrura al blanco. El aire de los montes enjuaga mi encarnada garganta. Reposo en una cama de musgo. Recuerdo la sonrisa de un niño que se baña en el río, los modales con los que se debe tratar a los más ancianos, el rostro indiano de los pastores trashumantes, el caldero de sopa juliana arreglada con aceite crudo, migajones de pan sobrante, una casona roja, mapas antediluvianos en la mesa del maestro, un destierro a una aldea sin nombre, la fiesta mayor con petardos y griterío, unas muchachas que se arreglan para dejarse ver en la plaza al terminar la misa, su cháchara insustancial, la yedra que crece y crece y no hay forma de arrancar y que poco a poco absorbe y se come las entrañas de la sierra. La yedra. Solo queda la yedra.

Todo cambia de color. Las margaritas se mueren. La realidad se desvanece otra vez por el vendaval de una nueva presencia. Leonor. Regresan las ganas primarias y primitivas. La maraña de ternuras y tristezas. Vísceras esparcidas. La tez oscura. Sus manos indígenas, sucias. Una sonrisa bajo la lluvia. Ahora ya no queda nada.

Un augurio.

Siento que el muro cinerario de la vista se levanta. Vuelve a haber trinos. Un sol en lo alto. Olor a jabón, a tomates. Coloquios de lagartijas y erizos sigilosos. Albahaca en los oteros. Antepasados bajo mi tierra.

Ya no hay fuego. Ya no hay fuego.

Queda un amanecer tibio y hermoso de montaña. Me duele la cabeza. Mi mano toca una cicatriz supurante, infectada. La luz podría vaciarme los ojos. No necesito abrirlos para intuir que reposo junto a un castaño milenario. Lo palpo. Tiene mensajes grabados para un ciego. Hay lilas que crecen a mi lado y un follaje abarquillado por la humedad de la aurora. Me incorporo. Aún no tengo fuerzas para ponerme en pie. Descanso junto a una pista forestal. Sin necesidad

de mapas sé a dónde dirige.

Alguien me ha puesto en ese camino y debo seguirlo.

El paso es lento y lleno de recuerdos. El recuerdo todavía es una llama prendida. Me cuesta regresar al presente. El presente solo es fisiología. Sed, hambre, dolor. No hay más. La sangre no encuentra la manera de volver a canalizarse, de encontrar su ritmo, su palpito, su sentido. Todavía hay preguntas prendidas en este milagro invernal, pero nadie hay ni habrá para responderlas. Se terminaron los catecismos. El rigor, las sotanas. Deshidratado, con síntomas de hipotermia y exhausto, llego a la casa de ilusión floral. Estoy a salvo. A salvo y con el corazón equivocado.

En la casona de la alcahueta descansaré, sabiendo como sé que no existe el descanso.

# أنخير

## L

a señora Engracia entró en mi habitación. Me guardó un sobre con dinero en el bolsillo de la chaqueta y me dijo que nunca se me ocurriera devolvérselo. Esto es por todo lo que quería a tu padre, siempre fue un buen hombre, declaró con el ánimo subiéndole a los ojos. Ha llegado el verano, Cirilo, es hora de que te vayas. Márchate lejos. Busca a este hombre, dile que vas de mi parte, se llama René, aunque todos le llaman Erik, te ayudará. Cambia de nombre y olvida.

Me dio un beso en la frente y sacó su cuerpo pulposo del cuarto. Solo una cosa más, Cirilo, no lo busques. No castigues tu alma. Él ya no puede llevar más condenación que la de seguir con vida. Soy más vieja que estas montañas y sé lo que me digo. Olvida, muchacho. Ahora adiós.

Jamás volvería a verla. Tampoco he podido descansar, olvidar. Porque el olvido no se elige. El olvido cambia de reglas cuando crees haber aprendido a burlarte de él. Lo mismo que el tiempo. Las reglas del tiempo son inquebrantables. Y hay quemaduras que siempre se llevan en carne viva y nunca dejan de doler. Es así.

Con una dirección apuntada en un papel y la maleta bajo el brazo, deshice el camino hasta el castaño donde desperté meses atrás. Pasé allí un buen rato, reviviendo momentos que nunca debieron siquiera imaginarse. Nunca supe quién me arrancó de las llamas y cargó conmigo hasta aquel lugar, pero solo hubo en la tierra una persona con fuerza para ello. Sonreí por primera vez en muchas semanas. Tal vez...

Fue entonces cuando desde algún lugar entre la arboleda llegó la canción. Un lamento continuado y engañoso. Ese conocido murmullo falto de armonía. Pero esta vez no era uno sino decenas de cantos pausados los que subían por la ladera hacia mí. No tardaron en llegar hasta donde yo me encontraba. Era una romería encabezada por un cura joven con un estandarte en las manos. Junto a él



iban dos niños con cara de paloma atónita y detrás toda una comitiva de fieles: ancianos, campesinos, terratenientes y damas con sus vestidos de domingo y sus toquillas blancas.

Me puse al final de la compañía y caminé con ellos hasta una explanada donde los colores verdes y marrones dieron paso a tonos lánguidos y cenicientos. Al norte se veía todo el valle y la carretera con el perfil de un sacacorchos que terminaba por perderse entre las casas de un pueblo. Sabía muy bien dónde me encontraba: aquel era el camino de tierra que daba entrada al coto de caza donde meses atrás el gigante y yo tuvimos que dormir dentro de la furgoneta al sospechar que la Guardia Civil nos perseguía.

Anaranjaba ya el cielo cuando la procesión se detuvo en torno a un esqueleto de árbol con la indudable forma de un tirachinas gigante. Los parroquianos se dispusieron en fila. Uno a uno comenzaron a depositar junto al tronco ramos de flores, exvotos, ofrendas, limosnas, fotografías viejas, trozos de papel.

Le pregunté a una anciana que tenía a mi lado la razón de todo aquello.

Hoy hace ya tres meses que llamó a esos niños, me respondió mientras se levantaba su gregorillo. Ella, bajó de los cielos y se apareció con unos ojos amarillos como la miel caliente para indicarles el lugar donde estaba enterrada. Los niños cavaron y allí estaba, tal y como les había dicho.

¿Qué? ¿Quién?

Pues la Virgen, muchacho. ¿Quién si no? La Virgen María en cuerpo y alma. Les pidió a los niños que sacaran su imagen de la tierra. Que la lleváramos de vuelta a la ermita para...

Salí corriendo ladera abajo en dirección al pueblo encajado en el valle. Sudoroso y con el aliento perdido, llegué hasta la ermita. Sabía dónde tenía que buscar. Un nicho en el espesor del muro. Allí estaba. Tal y como había dicho la anciana. En el mismo lugar que Julio Ramón un día me mostró vacío, ahora reposaba la talla de madera de una mujer coronada, la representación de la vida, de la tierra y del ser. El tesoro del moro Hajjâj. La Virgen negra sacada de los mares de Mauritania y confinada durante siglos en la penumbra de la cripta de un monasterio.

Me senté en el suelo. Apoyé la cabeza contra el muro. Lloré de rabia. Un cadáver comido por una enfermedad sin nombre. Solo yo sabía lo que escondía aquella Virgen en su interior. Un féretro colmado de riquezas inservibles. Los tesoros de un niño. Nada máspreciado.

Quise sentir de nuevo la avaricia. El deseo de regresar al pueblo para que mi padre, a viva voz, henchido de orgullo, me palmeara el hombro. Sentirme otra vez parte de aquel grupo de bandidos románticos. Embarcarme con ellos en otra aventura, y que un gigante apenado y sonriente me contara sus historias de religión y de aparecidos.

Julio Ramón. Recordé de nuevo la noche que pasé con él en aquel bosque, dentro de la furgoneta. Repasé la conversación que tuvimos sobre las ilusiones de cada uno. Hoy va a ser un gran día, había dicho en repetidas ocasiones.

Ahora lo entendía todo.

Mi amigo completaba su servicio. Por fin quedaba libre de deudas y lealtades para con mi padre. Podría escapar con mi hermana. Julio Ramón nunca codició el tesoro, fuera el que fuese. Solo deseaba cumplir la promesa que un día les hizo a Valeria y a mi padre. Aquella noche en el coto de caza, el gigante supo que nos darían el alto en cuanto llegásemos al pueblo. Intuía la traición. Por eso no tenía prisa. Quería despedirse de todo lo que amó de joven.

Tenía tierra en las cejas, en las uñas, en la sonrisa. Había enterrado a la Virgen. Mientras yo dormía. Por eso nunca la encontraron.

Nada más salir de la ermita, me llegó un pensamiento alentador: mi hermana vestida con hábitos blancos señala a unos niños que juegan en el monte a las escondidas el lugar donde deben excavar; el gigante, oculto tras un castaño, sonrío mientras los niños corren a llevar la buena nueva al pueblo. Están juntos. Julio y Valeria. Lo han conseguido.

Todo irá bien, me había dicho mi hermana Valeria antes de irse.

Ellos también tenían un plan.

Han pasado los años. Seguí el consejo de Engracia. Me fui lejos. Mucho tiempo. Ahora ya no queda nada de lo que fue mi casa. Solo ruinas, piedras ulceradas, voces sin ninguna resonancia. Un reencuentro imposible. El pozo está seco. Nadie recuerda las palabras que surgían de él. Nadie me recuerda a mí ni a la banda de ladrones.

Sin embargo, todavía anida una advertencia en los corazones. Una obra de teatro vieja que se representa en las noches sin luna. Dicen que un espíritu duerme en los castaños de la sierra. Un espectro cantarín que secuestra niños traviesos y los encierra en una cueva llena de túneles y cascadas.

Pero eso, como todo el mundo confiesa cuando les pides más detalles, no son más que historias de viejas para asustar a los niños que se portan mal.

**Fin**

*Escaneo y corrección del doc original:*

PEABODY & LTC



*Maquetación ePub: El ratón librero (tereftalico)*



## **ADVERTENCIA**

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso.

Además, realizamos la siguiente...

## **RECOMENDACIÓN**

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

## **AGRADECIMIENTO A ESCRITORES**

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento

sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

## **PETICIÓN**

Libros digitales a precios razonables.





**ePUB**

**БНВ**



# **Table of Contents**

PRIMERA PARTE

MANERAS DE VOLVER A CASA

SEGUNDA PARTE

LA MALDICIÓN DE LA DIABLA

TERCERA PARTE

LA VOZ QUE NOS GUÍA